CARLOS PEÑARANDA

ARTÍCULOS VARIOS

DISCURSOS

MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20
1885

© Biblioteca Nacional de España

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

PRESENTIMIENTOS, ensayos poéticos.
NOTAS DE UNA LIRA, poesías.
INDECISIONES, poesías y cantares.
BRISAS DE OTOÑO, rimas.
CANTOS DEL PUEBLO.
ODAS, POESÍAS VARIAS.
EL OBRERO DE MAGUNCIA, drama en tres actos y en verso.
CARTAS PUERTO-RIQUEÑAS.
ARTÍCULOS VARIOS.—DISCURSOS.
NUEVAS POESÍAS.
EL TIRANO DE SÍ MISMO, drama en tres actos y en verso.

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL

PRÓLOGO.

Aunque algunos de los trabajos que se incluyen en el presente volumen han logrado inmerecido favor, siendo publicados y reproducidos numerosas veces en diferentes periódicos de España y de América, y otros han obtenido premios en certámenes, tal vez no me hubiera resuelto á coleccionarlos, considerándolos como ensayos ó estudios de bien escaso mérito, sin el estímulo poderoso que, hace algun tiempo, despertara en mí la circunstancia de estar muchos de ellos ligados íntimamente con personas, cosas y sucesos de nuestra historia literaria contemporánea.

El debatido asunto de la decadencia de

© Biblioteca Nacional de España

nuestro teatro, que hace algunos años preocupó hondamente la atención pública, y que, en mi sentir, debiera hoy, más que ayer, preocuparla; la fundación de centros literarios, siempre oportunos é importantes; la propagación del culto, jamás exagerado, que hoy se tributa al más grande de los escritores clásicos españoles, en país donde nunca se habia festejado su memoria, y el reconocimiento de singulares méritos de autores que, desgraciadamente, han desaparecido de entre nosotros, cosas son que no me pertenecen, antes bien atañen al interés general, y que motivan la publicación de este libro.

Es verdad que al lado de esos estudios y artículos — elegidos de entre muchos, ya de asuntos literarios escritos para la prensa periódica, ya de conferencias dadas en Ateneos y corporaciones, y condenados al olvido, bien por poco meditados, ó por no creer prudente tratar de autores vivos— figuran varios puramente de fantasía, de crítica amarga, de sátira de costumbres; que cierto número pertenece á las primeras tentativas de mi juventud, y que en todos campea tal variedad de géneros y estilo que acaso pudieran parecer de escritores diversos; pero, de una parte, he querido

© Biblioteca Nacional de España

conservar una muestra de mis ensayos en la prosa, no los más desfavorecidos en el concepto público, aunque reformándolos y vistiéndoles traje más adecuado y propio del respeto que merecen los que me honren leyéndolos; y, de otra, entiendo que los seis interminables años de mi vida trascurridos lejos de España, si, bajo algun punto de vista, han podido menoscabar mis cortas condiciones de escritor, falto como me he hallado de periódicos, apartado de centros instructivos y de buenas bibliotecas, y aun sin los más indispensables libros de consulta, quizá, bajo otro aspecto, hayan podido robustecer y fijar mis opiniones con esa difícil independencia y esa claridad de juicio que suele engendrar la distancia de los acontecimientos más ruidosos.

En todo caso, al dar á luz estos ensayos, me encomiendo á la benevolencia del público, ya sometida á prueba con varios libros de la índole del presente; y como tengo sobradísimos motivos para considerarme olvidado en mi patria, cosa harto fácil de suceder á quien nunca fué muy conocido y se alejó de España víctima de una mal llamada y persistente crítica, tan mezquina como violenta, bueno será recordar aquí que no

© Biblioteca Nacional de España

soy soldado novel en las, si nobles, penosas luchas del pensamiento.

¡Haga mi buena estrella que esta obra humildísima, juntamente con otras mias que aparecerán poco antes ó después, pueda contribuir á lo que me es dable llamar, sin alarde inmodesto, mi resurrección literaria!

C. Peñaranda.

Madrid, 15 de febrero de 1885.

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL

LA EDUCACIÓN OFICIAL

Y EL TEATRO POR DENTRO.

I.

Aunque hace algunos años (y en buena hora lo diga) que no concurro á las oficinas del Estado, si no es en clase de maltrecho y dolorido contribuyente, conservo todavía algo de mis antiguas aficiones de *covachuelista*, y este amor al oficio me aconseja ocuparme hoy en un asuntillo nuevo, si bien lo único nuevo que hay en él es la ocupación por mi parte, sin esperanzas de que me lo agradezcan los que hemos dado en llamar ahora *funcionarios públicos*, que, como funcionan regularmente tan escaso tiempo — no quiero decir que mal — en el actual desconcierto administrativo, los infelices no suelen lograr las más veces espacio de agradecer.

Ya se comprende por lo dicho que no me refiero á los empleados caídos cuando el eclipse parcial del gran monstruo de los tiempos modernos (respeto

© Biblioteca Nacional de España

mucho á los neos, y no aludo á Menendez Pelayo), ni á los favorecidos por el vivificante astro, al rededor de cuyo centro rechina y se mueve hoy la pesada y mohosa máquina gubernamental, que aquéllos y éstos duraron y duran en el ministerial Olimpo tan largamente casi como la deuda nacional.

Y aquí debiera de hacer punto en este exordio, que no tiene otra recomendación fuera de estar escrito en castellana lengua, cosa no tan frecuente hoy en el día, en que, pongo por caso, las revistas llamadas ilustradas suelen hacer, siguiendo la moda, todo lo contrario, excepción hecha de la sección poética, vamos al decir, en la que, para gloria de las musas y regocijo de las letras, se dan á luz necios sonetos, insípidas letrillas é insulsas y largas tiradas de inarmónicos versos libres, malos, sí, pero como dice un mi amigo, de los portentos de casa. Siendo oportuno recordar, aplicándolos al idioma de Calderón (que no siempre ha de decirse de Cervantes), aquellos propios y sabios versos de Lista, que así corren:

«..... ¡Llorad, humanos,
Todos en él pusisteis vuestras manos!»

Y como es posible, generalmente hablando, que alguien extrañe mi entremetimiento en cosa que, á decir verdad, ni me va ni me viene, declararé sin rebozo que lo hago porque quiero, siendo con esto excusadas otras razones, si bien tengo una de peso, y es que, perteneciendo yo á la arruinadísima clase de casados y al sufridísimo gremio de padres, y siendo, como son, mis hijos españoles, lógico y natural parece que lleguen á ser empleados, y muy discreto y prudente que yo me ocupe desde ahora en sus futuros destinos.

Digresiones á un lado, he debido sentar que algunos, malas lenguas y desacreditadores de oficio, de

© Biblioteca Nacional de España

esos que son acólitos de la capilla de la verdad y obispos de la iglesia maldiciente, andan propalando por ahí que la sociedad española tiene un cáncer que la corroe, y sospecho para mí que esto no es cierto, pues sábese, por averiguaciones recientes, que son varios; pero admitido uno solo, añadíré que dieron en la flor de llamarle *empleomanía*, ó lo que es lo mismo, afan de ser empleado; mas como éste es el medio, y el fin, honestísimo, es vivir del presupuesto, yo derivaría otra palabreja, por ejemplo, *presupuestítis*, más en razón con los términos que reza la ciencia médica en asuntos de patología. Y caten ustedes aquí que han tomado el rábano por las hojas (este refran debe de estar desfigurado, porque así lo tomo yo y conviene tomarlo), ó lo que es igual, el efecto como causa. Propóngome analizar uno de los aspectos de este asunto, y como, á guisa de explicación, quiero descubrir el fondo de la llaga, por repugnante que sea, voy para ello á adoptar un procedimiento de mi invención, que consiste en dejarse caer en una ramita de un árbol, como llovido del cielo, examinar las hojas una por una, y descender después rápidamente al tronco, como chicuelo que ha hurtado una fruta y se descuelga ligero, temeroso de que lo vean.

Manos, pues, á la obra, y héteme de hoz y coz metido, única manera de hacerlo, en lo que llamaré la *educación oficial*, como pudiera apellidarlo la irrupción de los bárbaros.

Hay en todas las sociedades, así antiguas como modernas, un fondo de sencilla y sana doctrina que determina la forma de todos los actos exteriores, que es base primera del comercio de los hombres y pie-

© Biblioteca Nacional de España

dra angular de la familia, de las ciudades y de los pueblos, y en lenguaje liso y corriente se llama educación. Y parece claro, siendo la educación lo que digo, que debiera de acrisolarse, aquilatarse y depurarse en los hombres que, á título de ilustración y méritos, se empinan y pavonean en las cumbres del llamado mundo oficial. Quiero decir, que en ciertas alturas la educación debiera de ser como el caballero sin tacha y sin miedo, y es precisamente lo contrario, con las excepciones del caso—¡por Dios que no son muchas!—y de ahí y de otras cosas, el floreciente estado de nuestra Hacienda, que nos envidian las demás atrasadas naciones de Europa.

Aunque los efectos materiales de tal defecto trasuden al pacífico y dulce contribuyente, la verdad es que los morales se quedan dentro de casa; y como no hay peor cuña que la del mismo palo, en el ejercicio de cada cargo público se dan y reciben las amargas pruebas de aquella notoria falta de cortesía, y dignas y adecuadas formas que imprime carácter á la grotesca literatura barberil, circulante en las oficinas del Estado. Es una especie de ¡corra! que mentalmente se dice el empleado cuando recibe una de las caricias de que hablo, de las que sólo se ven libres los extremos de arriba, y sin circulación los de abajo, de la desigual y mal eslabonada cadena oficial.

Consta de archivos y otras antiguallas que allá en los tiempos de Fernando VII y del famoso Calomarde, cuando los empleos públicos *pasaban de padres á hijos*, según la gráfica expresión de nuestros abuelos, cuando estaba en boga el *trágala* y otras más duras sinfonías entre *negros y blancos*, é imperaba la fórmula suprema de *ordeno y mando*, no se usaba la mitad de las espeluznantes frases con que hoy regala el oído de los míseros hijos del presupuesto la democracia militante, descocada moza del Avapiés,

© Biblioteca Nacional de España

que en crudo traje de *chula* pisa la alfombra suave de los Ministerios y los modestos ladrillos de las *subalternas* de Rentas.

Cuando yo fuí favorecido con la primera credencial, que, gracias á mis poderosas influencias, era de escribiente (y aquí no está de más, lector amigo, decirte que al cabo de quince años, y siendo oficial de la clase de quintos, me retiré á la vida privada), dirigíme palpitante al jefe que había de abrirme las puertas del paraíso, quiero decir, darme la posesión; el cual jefe, sabedor de mis talentos, púsome al frente de un *negociado*, asignándome de escribiente á un oficial con 8.000 realejos; grande extrañeza produjome esto, hasta advertir que el sandio del oficial decía *trempano* y escribía ojos con *h*. No obstante, tomé la cosa por lo serio, y era de ver mi apuro cuando llegaban á mis manos comunicaciones de los centros superiores, en que, á vueltas de párrafos vacíos, bárbaros ó sin sentido, leía aquello de *Remita V. S. inmediatamente..... En el improrogable término de tercero dia, sin excusa ni pretexto alguno..... Prevengo á V. S. que en lo sucesivo se abstenga..... La negligencia y falta de celo de V. S..... Daré parte á quien corresponda..... Me veré en la imprescindible necesidad..... Si á vuelta de correo no remite V. S.....* y otros groseros términos por este estilo. Admirábame yo de que á todo un empleado que tenía usía se le tratase como á desvergonzada verdulera, cuando en personas de educación mediana es corriente pedir por favor hasta un vaso con agua á los más humildes criados, y más aún me maravillaba de la sangre fría y calma con que el buen señor tomaba tan burdos insultos, amenazas y prevenciones, máxime cuando el estado de la oficina, no debido al huero del jefe, que, sofocándose y renegando, ni para mal firmar disposiciones tenía, no daba lugar á tanto; y creí entonces que la habitual exactitud en la marcha de los servicios determinaba

© Biblioteca Nacional de España

aquella violenta explosión cuando acontecía lo contrario.

Pero esta segunda ilusión duró bien poco, menos aún que

> «..... el heno, á la mañana verde,
> seco á la tarde..... »

Grande fué, lo confieso, mi desencanto, y como alguno de los asuntos de que aquellas comunicaciones tratasen, atañése á los esquilmados municipios de la provincia, en los descuidados alcaldes descargué, con firma ajena — que tal es el procedimiento de infinitas bajas pasiones y venganzas ruínes, fáciles por la ignorancia y apatía de los jefes — el enorme peso de mi mal humor y mi enojo.

¡Bienaventurada administración ésta, exclamaba yo para mi sotana, en que el más imbécil y cacoquimio personaje, en el mero hecho de gozar ¡sabe Dios cómo! de una jerarquía superior, júzgase autorizado para ultrajar y atropellar al inferior misérrimo, y para dudar de su capacidad, de su aplicación y hasta de su honradez! Consolábame de todo esto con la idea y esperanza de ocupar algun día uno de esos puestos de relumbrón y farsa, y juro que pensaba hacer mejor uso de mi problemática autoridad futura, por lo cual tal vez, y por mis pecados, quedé siempre de tales destinejos á respetuosa distancia.

Dígote, pues, lector amigo, que yo también perdí la poca educación que tenía y me hice holgazán, dado lo cual extrañarás que no haya subido como la espuma; pero quedáronme otras cualidades de que no quise despojarme: que fuí sumiso con *los de arriba* é insolente con *los de abajo*, y que (este pecadillo es el que más me avergüenza) traté al asendereado contribuyente como hoy, por ley de compensación sin duda, soy tratado.

© Biblioteca Nacional de España

Añado que entonces todo lo comprendí: la completa desorganización de los servicios públicos, los apuros del Erario, el odio tradicional entre empleados y contribuyentes, el rencor de nuestra raza á quien se encarama sobre nosotros y nos pisotea los hombros, la parda y silenciosa filosofía del bueno del jefe (y le llamo bueno porque ya no existe), cimentada tal vez en la juiciosa persuasión de que ciertos escritos, si ofenden algo á quien los recibe, honran poco á quien los firma..... Todo lo comprendí, y convencíme de que ese continuo ir y venir de traslados, copias y comunicaciones; esa exuberancia de lugares comunes, de exigencias ridículas, de injuriosas palabras, no son más que el abultado sudario en que se envuelve un cadáver; que, en razón y justicia, despojada nuestra pseudo-administración de todo ello, ¿qué le queda?

Y á probarlo voy, lector cachazudo, en la parte siguiente, que háme parecido poder titular *el teatro por dentro*. Pero antes someto á tu juicio y á tu influencia, si la tuvieres, los siguientes artículos y proposición de ley que debieran de presentarse á nuestras flamantes Córtes:

«Los diputados que suscriben, atentos ante todo al bien del país y á la conservación de sus cargos, pero hostigados por algunos juiciosos contribuyentes, tienen el honor de someter á la consideración del Congreso el siguiente proyecto de ley:

»Art. 1.º Los nombramientos para todos las cargos de la administración pública se harán, como hasta aquí, libremente por los señores Ministros.

»Art. 2.º Se prohibe, no obstante, á estos altos funcionarios la provisión de empleos en personas que, si bien carezcan de sentido común, no tengan al menos la educación necesaria.»

© Biblioteca Nacional de España

II.

Figúrate ahora, lector pacientísimo y bueno, que estamos en un teatro y en noche de estreno de uno de esos dramas de almazarrón y albayalde, con lo cual quiero decirte que es del género realista puro, lo que te adelanto para que no te llames á engaño y me tildes luego de bribón ó solapado.

Ante tus ojos se descorre la pintarrajeada y discreta cortina encubridora de esta mi verídica historia, y aparece un elegante salón-despacho de algún Ministerio, ó cosa así, situado en alguna de estas calles de Madrid, *de cuyo nombre no quiero acordarme;* dicho se está que este rico despacho pertenece á un dios del Olimpo, es decir, á lo que, en jerga corriente, se denomina un alto personaje. Hay al lado otro despacho más modesto; como que es de un, relativamente, personaje pequeño, el *secretario particular* del primero, muchacho un si es no es listo, del género de los pólipos, ó si se quiere, molusco crustáceo, de la familia de *impertérritos*, que descubrió uno de los falsos dioses que se fueron.

Fácilmente se adivina, á pesar del abigarrado lujo y comodidades de ambos despachos, que en aquellas mudas perchas han descansado, en su turno, el monumental morrión de tiempos de Espartero, el casco de Vicálvaro, el *ros* de Alcolea, el gorro, no sé si frigio, del año de maldita la gracia de 1873 y el hongo aristocrático de la Restauración..... Y ¡quién sabe la clase de blusa que de ellas se colgará mañana!

Está sentado á la mesa del mejor despacho, don Zoilo Cualquiera, ruín hombrecillo incapaz de nada bueno, lo que en nuestra bendita España significa aptitud para todo. Llegó á la corte hace algunos años desde un rincón de Extremadura; disparató en

© Biblioteca Nacional de España

la gacetilla del periódico *La Etapa*: bulló, agitóse, aduló, retorcióse como culebra, se inscribió en el Ateneo, en cuyas sabias disquisiciones hizo como que tomaba parte, y encaramado después sobre los hombros del general Berlina, voceó, conspiró, sublevóse, tembló mucho y comió en París el pan de la emigración, pagado por sus amigos. Tantos servicios notorios (y los prestados privadamente á una dama distinguida), hallaron, al fin, débil recompensa en un puesto elevado, desde el que, con el cargo de diputado anexo, saborea las delicias de una posición tan efímera como falsa.

Pero como no todo son confites y bombones en las turbulentas alturas oficiales, desencadena en su pecho furiosa tormenta el amor propio, ofendido y herido á mansalva, desde las anónimas columnas de un diario, por un envidiosillo de su estofa.

—¡Hola! — exclama dulcificando su semblante don Zoilo al ver entrar á un obeso personaje, rubio, patilludo y de acuchillados ojos, que se apresura á saludarlo.

—Vengo, señor don Zoilo, á disculparme con usted por no haber despachado el expediente de indemnización que interesa á su amigo el señor Camueso..... pero..... las atenciones periodísticas.....

—Bien, bien..... tiempo habrá. Y ¿qué falta?

—Muy poco ya: después de mi informe y el acuerdo de V., pasará al Ministerio, y en cuanto se despache por Secretaría, previo dictamen de la Intervención general y de la Dirección del Tesoro, volverá aquí, y en el caso de que hubiese crédito, que lo dudo, volverá.....

—¡Uf!

—El oficial esto me ha dicho.....

—Ya..... ya.....

—¿Ha leído V., señor don Zoilo, el injusto ataque dirigido á V. por *El Sin-rival?*..... ¡Injusto..... injus-

© Biblioteca Nacional de España

tísimo! Aseguro á V. que todos estamos indignados.

—¡Psth!..... Enemigos son ésos que se encargan de hacerle á uno la carrera..... No vale la pena.....

—Justo, justo; lo mismo digo yo..... no vale la..... Pero merecía que se le dijera.....

—No es necesario..... pero si V. se empeña en..... digo, si V. cree.....

—¿Cómo que si creo?..... Ya verá V. mañana el artículo de *El Equilibrio*..... ¡Lo confundiré!.....

—No estaría de más hacerlo, y descubrir el móvil secreto..... Ya sabe usted..... la envidia..... la.....

—Sí, señor, sí..... la..... justo, la envidia..... ¡Ya verá usted qué *fondo!*

—Puesto que se empeña, yo le agradezco.....

—¡Qué disparate! ¡Si es obligación! Es volver por los fueros de la verdad..... Y, á propósito, señor don Zoilo, ahí traje, para presentárselo á V., al bribonzuelo de mi muchacho..... Yo lo que deseo es sujetarlo, habituarlo al trabajo, así que con cuatro ó cinco mil reales.....

—Bien..... bien..... luego..... Ya sabe V. que los compromisos..... pero buscarémos medios de complacer á V.

—Señor don Zoilo, no olvidaré nunca.....

—¡Vaya! Lo dicho, adiós y..... buen acierto.

Y con esto sale el grotesco y ramplon periodista, que se cruza en la puerta con el cancerbero mayor, mofletudo licenciado de ejército, de ojos pillos, áspero bigote entrecano y nariz de remolacha, incendiada por los vapores del vino.

—¿Qué hay?—le pregunta don Zoilo sin mirarle.

—El cesante de consumos del otro dia.....

—¡Al infierno con ese majadero!

—Manda á su hermana, para ver.....

—¡Ah!..... ¿Una hermana?..... ¡Qué pase, que pase!

Y en el punto la tosca mano del portero levanta

© Biblioteca Nacional de España

la pesada cortina, que ha ido á Francia en busca de nombre, dando así paso á una gentil y agraciada hembra, no tan fresca como las flores al amanecer, pero en la fuerza de una juventud y de una belleza expansivas y apetitosas.

Diremos, pues, tú y yo, lector benévolo, ya que nos hallamos por fuera, que trascurrido un rato, y después de una llamada del eléctrico timbre y una entrada, salida y vuelta de un empleado con ciertos papeles debajo del brazo; y después de salir éste nuevamente y trascurrir otro intervalo más largo que el primero, un ligerísimo crujir de faldas nos anuncia la presencia de la hermosa hermana del cesante, que reaparece en la puerta, encendida y sonriente, con un papel doblado en la mano misma con que se recoge el airoso vestido, miéntras con la otra se arregla, al salir, en gracioso ademán, las flores y el cabello.

—¡Calleja!—exclama en tanto D. Zoilo, mientras se cepilla ante el espejo la levita, y entra por la antes cerrada puerta de comunicación el flaco y macilento secretario particular—¿está listo el correo?

A una respuesta afirmativa de Calleja siéntase á su mesa el triunfador D. Zoilo, y va sucesivamente leyendo, no diré que enterándose, pero sí que firmando diversas cartas que dicen de esta manera:

«*Excmo. Sr. D. José Arriba.*

»Mi distinguido amigo: Le entregará la presente D. Fructuoso Camaleón, oficial de la clase de terceceros, auxiliar de esa Secretaría, cuyas aspiraciones son lograr el ascenso inmediato. Lleva ya porción de meses en su actual categoría, y es hombre de acción, según demostró en las últimas reñidísimas elecciones de mi nuevo distrito; y fundado en esto, ruego á V. que haga un esfuerzo por complacerme.

© Biblioteca Nacional de España

»No tuve el gusto de verlo á V. ayer en el Congreso: sé que hoy se discutirá por la comisión el presupuesto de ese departamento, y de más está asegurar á V. que desde luego cuenta con la adhesión y voto de su apasionado amigo..... etc.»

«*Sr. D. Lorenzo Abajo.*

»Mi antiguo amigo: Con el alma siento manifestarle que no he encontrado términos hábiles para sostener más tiempo á su recomendado D. Santos Paciente en el destino que venía desempeñando de aspirante á oficial en este Centro; y crea V. que tanto por las buenas dotes del interesado y sus largos servicios, como por asegurar á V. de que no se debilita la buena amistad que siempre le profesé, tendré muy presente á dicho empleado, deseando una oportunidad para reponerlo. Soy, etc.»

«*Sra. Condesa del Campo-Moro.*

»Mi distinguida amiga: Como ofrecí á V. ayer, tengo el gusto de enviarle la adjunta credencial de 5.000 reales, á favor de su protegido D. Roque Cabeza-Hueca, que así podrá ayudarse mientras sigue sus estudios de Medicina; y aunque es corto el servicio que logro prestar á V., crea que es mucho mayor la voluntad de complacerla de su amigo..... etc.»

«*Excma. Sra. doña Leonor Suero de Quiñones, Marquesa del Paso-Honroso.*

»Mi buena amiga: Ayer dí el ataque al Ministro..... acerca de su recomendado de V., D. Teodoro Amores, y si bien al principio repugnó hacer nada, fundado en el ruidoso expediente y causa del interesado la última vez que estuvo en Cuba, logré con-

© Biblioteca Nacional de España

vencerlo de la posible falsedad de aquellas imputaciones, y accedió al fin, quedando acordado el nombramiento del protegido de V. para una de las Aduanas que V. designaba en su nota, pero sin poderse determinar cuál todavía.

» No faltaré mañana á su *soirée*, en que de antemano puede decirse que V. y su bellísima hermana serán las reinas de la fiesta. Suyo devoto amigo..... etcétera. »

— ¿No hay nada más? — pregunta D. Zoilo al firmar esta última epístola.

— Sí, señor — responde Calleja. — Un besa la mano del Ministro..... preguntando si á las órdenes de usted sirve algun empleado que recomiende el señor Chinchorro.

— No entiendo.....

— El diputado que ayer hizo inesperadamente oposición al Gobierno.

— ¡Ah, sí!..... Mejor..... así como así tengo varios compromisos ineludibles..... ¿Cuántos hay?

— Aquí traigo el libro del personal para verlo.

— A ver..... lea sólo la columna de *recomendantes* y así es más fácil.

— Uno hay solo : D. Bernardo La Calle.

— Pues mañana mismo lo pondremos de patitas en su apellido..... Ahora tengo prisa. ¿Arregló usted, Calleja, los apuntes de mi discurso? Supongo que habrá V. desarrollado á maravilla mi idea..... Veamos.

— Y reclinándose D. Zoilo en su sillón, empieza á leer entre dientes unas cuartillas que así mienten :

« Señores diputados : Es un hecho innegable — y en vano la pasión política pretenderá oscurecerlo — que la situación actual ha conseguido moralizar la administración pública, y ha encauzado..... »

Mas al llegar aquí ábrese con rapidez la puerta,

© Biblioteca Nacional de España

y atropellando casi miramientos y respetos, entra alborotado el portero con una tarjeta en la mano y la entrega presuroso á D. Zoilo, diciendo :

—¡Muy urgente! Un portero del Congreso.

Don Zoilo lee, se inmuta, y por lanzarse sin espera en busca de su bastón y sombrero, deja la tarjeta sobre la mesa. Mírala allí, lector curioso, y léela también..... «Crísis probable..... votación dudosa..... venga en coche.....»

III.

Paréceme conveniente dejar ahora que caiga el telón aquel que alzamos hace rato el mal aconsejado lector y mi mano pecadora, y hasta justo creo ir ya pensando en dar fin y término á estas desaliñadas y maldicientes líneas que dictan, y cuenta que lo dice mi propia modestia, un corazón recto y un espíritu honrado; porque alguna vez recuerda uno aquellos celebrados versos del eximio Quevedo, cuando exclama :

«¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

los cuyos versos y las cuyas disolventes ideas han caldeado mi mollera y dado fuerza á mi brazo para acometer esta hoy poco frecuentada empresa de decir la verdad, sin turbación en la mente ni miedo en el pecho.

Y en mi alma te juro, lector mio, que, si te pareciere feo el retrato, no des en la desatinada manía y loca tentación de culpar al pintor, que ha procurado embellecer el original. Y júrote asimismo no volver

© Biblioteca Nacional de España

á usar nunca de los pinceles de que héme valido en la ocasión presente, lo cual, así como así, no me produce pérdida, por haber quedado inservibles, con tal mezcla y manejo de colores impuros, para reproducir cosas más serenas, trasparentes y altas.

Y ahora déjote un momento entregado á tus meditaciones, y he de dirigirme á los ministros pasados y futuros (no á los presentes, que ya un sabio aconsejó no hablar de los vivos), aunque los unos prestarán á mis voces oídos de muerto y los otros de mercader; mas no puedo menos.

¡Válame Dios, señores ministros! ¿De qué sirve la elevación de quien no la merece, si no es de corrupción, mofa y descrédito? ¿De qué le sirve al mismo favorecido? ¿De qué al asno que le pongais freno y cabezada de oro, si no lograréis achicarle las orejas?

¿De qué sirve que convirtais á un ganso en *delegado* ó *intendente*, pongo por caso, si al abrir la boca brotará de dentro, en forma de necios disparates, el retoño del alcornoque?

Ciertamente, lo que más debe de preocuparnos es la mísera idea que de nosotros formarán nuestros hijos y nietos, cuando allá en el siglo xx se informen de esta nuestra manera de ser, como se dice ahora; y pienso que si algún calificativo pueden aplicarnos con propiedad, será el de bárbaros é inciviles, que no cohonestan tantos defectos las modernas invenciones de caminos ferreos, eléctrica telegrafía y tantos otros singulares portentos como nos cantan todos los dias los mermados poetas de los presentes.

Creo dejar probado que en esta sufrida España la carrera administrativa maldito lo que tiene de administración ni de carrera, pues que en ella la influencia y el padrinazgo hacen las veces de la aptitud y los merecimientos; y como un vicio engendra otros, véome también en el caso de añadirte, amable lector, que aun dentro de aquellas influencias haylas ya de

© Biblioteca Nacional de España

diversas categorías, y unas legítimas, hasta cierto punto, y espúreas otras. Dos pertenecen á la primera clase, y ordenadamente son: la que protege á hombres de talento y porvenir, por sólo el respeto involuntario que todo talento inspira; la que da mano á ciegas á los innúmeros parientes de los personajes políticos; ésta surte á la administración de muchos tontos y algunos imbéciles. Otras dos son bastardas de nacimiento; la que obedece á gratitudes electorales, y la que proviene de..... no sé cómo decirlo, vamos, lector, acuérdate de la hermana del cesante. Una y otra suelen reclutar su gente de los oficios más humildes; son patrimonio de la osadía y la desvergüenza, y ya ostentan como escudo de armas el yelmo de Mambrino, ya el sable de miliciano ó el bastón de borlas del ex-tambor mayor del ejército.

Y como de tal confusión nace un angustioso desorden, y en el desorden reina la casualidad, madre fecundísima de todo lo malo, de aquí que yo sustente que nuestra pésima administración es hija del acaso, hermana del nepotismo y nieta de nuestras malas costumbres; de aquí la escasez de educación oficial de que he hablado, porque haberla no puede donde la cultura falta, y de aquí que se pregone y hable tanto de *moralizar*, *reformar*, *reorganizar*, *encauzar*..... etc., y otra porción de palabrejas bien sonantes que han dejado de ser verbos, porque en nuestra bendita tierra maldita la acción que envuelven. Y si esto es tratar de aquí, de las puertas adentro, de nuestras provincias todas cercanas y quisquillosas, ¿qué será en Ultramar, donde cada Fernandito que obtiene un mandito se dará aire y humos de virey y señor feudal de cuchillo y horca?

Hasta se me imagina que he perdido esto que llaman tiempo, y sobre todo el mio, que no volverá, en descubrir tales faltas y sobras, adornándolas con esta

© Biblioteca Nacional de España

prosa que ya no se estila. Y si me equivoco, contésteme quien pueda, sucesivamente, á estas mis presentes dudas, contenidas en el interrogatorio que sigue:

¿Seré leido? En tal caso, ¿seré entendido? Demos de barato que sí, pero..... ¿seré atendido?

Hé aquí el sitio oportuno de la conclusión, más no sé cómo terminar: no sé si eche mano de una autoridad cualquiera, como suelen los pedantes en análogos casos, y aun, si me resolviese, ¿dónde encontrar la cita?

¡Ah, sí que la he hallado, y nada menos que del ilustre Marqués de Valdegamas!.....

«¡Apartemos la vista con horror y el estómago con asco!»

¡Loado sea Dios! Esta es la frase.

1883.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

UN ENCUENTRO.

Entre los grandes hombres que dieron al pasado siglo la aurora de su génio, envolviendo al presente en la oscuridad de su desaparición sentida, hay dos escritores que siempre vivirán, rodeados de justa admiración, en la conciencia de las generaciones.

Uno y otro pertenecían á aquella raza de gigantes que, en esa época turbulenta y fecunda, llenaron el universo con sus nombres; uno y otro abrieron su espíritu al más sublime rayo de la divinidad, pero en ellos manifestábase el génio de muy diversa manera. La poesía, como sentimiento, envolvía igualmente sus corazones: como idea artística, llenaba de igual modo sus soñadoras frentes; pero en el alma de uno de ellos representábase de manera sensible la poesía como una virgen de azules ojos, trenzas de oro y melancólica mirada, cual la Margarita de Fausto; y en el corazón del otro tomaba apariencia

© Biblioteca Nacional de España

y cuerpo, al modo de una hurí del Corán, de mirar de fuego, abultada cabellera negra y arrogantes formas, ó de una hermosura veneciana, de redondo seno, pardos ojos, caldeados por los incendios del sol de Italia, y cutis ligeramente bronceado por las cálidas brisas del Adriático.

Un día encontráronse aquellos dos hombres extraordinarios.

Arrojado el uno de su patria, en medio de profundas convulsiones políticas, como rendido cuerpo que arrojan sobre la arena las amargas olas de los mares; alejado el otro de su nación ingrata, como la luz, en el mero hecho de serlo, se ve siempre lejos de las sombras, eran, si decirse puede, dos astros que convergían á un mismo punto, dos almas que extinguían un común destierro, dos soles uno enfrente de otro; pero aquél, pálido y triste como las dudosas estrellas de la noche: éste, esplendoroso y ardiente como el del mediodía: uno, cayendo con toda la majestad de la tarde; otro, elevándose con todo el fulgor de la mañana.

Con inimitable pincel nos describe M. de Lamartine aquel encuentro.

La noche descendía sobre el mundo como desciende la losa de un oscuro sepulcro que se cierra: cuando las sombras se acercan, la naturaleza parece una hermosa virgen reclinada en un lecho de flores que rodea misterioso velo.

Á orillas de un lago, que acaso recordaba al poeta francés pasadas escenas de amor perdido, paseábase meditabundo.

Un viento sutil y penetrante silbaba entre los juncos que se elevaban en las márgenes de las entonces turbulentas aguas, y, de vez en cuando oíase el áspero són de algunas gotas de lluvia al caer con violencia sobre el sediento suelo. Desprendíanse, de las azotadas plantas y sacudidos árboles, abrasa-

© Biblioteca Nacional de España

dos vapores ; el cielo se iba lentamente cubriendo de pardas nubes, y multitud de aves cruzaban temerosas el espacio, como anunciando próxima tempestad.

Á lo lejos, la dudosa luz crepuscular, cada vez más apagada, extendía anchas franjas rojizas, cortadas por nubes de extraña forma, y comunicaba á las aguas del lago como el resplandor de un singular incendio; y en varios puntos del horizonte, el blanco caserío de algunos pueblos parecía reclinarse tranquilamente junto á las olas, como los cisnes y las palomas, contrastando su aparente calma silenciosa con la turbulencia del lago.

Á poco pudo presenciarse una escena extraordinaria. Un hombre lanzóse á todo remo, en un débil esquife, hácia la plenitud de las agitadas olas. Una inexplicable atracción hácia aquel loco apoderóse del alma generosa del creador sublime de *Jocelyn*, quien, costeando el lago, se afanaba por seguir á distancia la barquilla.

La tempestad, entre tanto, desatábase sobre los dos con insólita grandeza. No era ya rápido viento el que gemía entre las débiles cañas, sino desatado huracán el que furiosamente se revolvía en el espacio; no eran ya silenciosas nubes las que salpicaban de violenta lluvia la tierra, sino preñados senos de los que se desprendía el rayo cárdeno y deslumbrador; no eran las aguas revuelto lago que con espumantes olas besaba la orilla, sino airado mar que, en profundas sacudidas, pugnaba ronco por inundar la llanura.

Aquel hombre era lord Byron.

Inmóvil y de pié en su frágil embarcación, cruzados sobre el pecho los brazos y alta la frente, como retando á la tempestad, veíasele en lo más removido de las olas, mientras su barquilla giraba aquí y allá, impelida por las aguas, al abrasado soplo del vendabal sombrío.

© Biblioteca Nacional de España

¿Qué misteriosa mano reunía allí á los dos? ¿Qué poderoso destino juntaba allí aquellas tres grandezas: lo sublime del hombre, lo inmenso del génio, y lo infinito de la tempestad?

La naturaleza, absorta, parecía desplegar sus más poderosos atributos en aquel instante, desarrollando ante los dos el más amplio panorama de su majestad salvaje. Deslumbrada ante la grandeza de aquellos dos hombres, diríase que los roncos himnos de las olas y el fuerte acento del huracán eran, no más, el eco de su asombro, que aquellos dos génios escuchaban sin pavor como si fueran los acordes de una solemne música. Y el hombre de la barca continuaba de pié sobre ella, sombrío, inmóvil, como el dios de los mares, como una estatua en medio de las olas, y hendía el rayo las altas regiones, y los relámpagos que se cruzaban, como contestándose, parecían ser las miradas de aquellos dos poetas, rápidas como el pensamiento, encendidas como la luz del fuego de Prometeo, breves como la existencia.

Pero aquellos dos hombres estaban agitados por sentimientos opuestos. Si les hubieran preguntado entonces qué sagrada antorcha era la que ardía en sus cerebros, hubieran contestado sin vacilar que la poesía es un ¡ay! de muerte que lanza la humanidad por boca de sus génios: cierto. Pero el sonido quejumbroso de los mimbres en las orillas del lago vibraba como doloroso gemido para el ilustre tribuno de las agitaciones populares francesas: como grito de desesperada agonía para el egregio predestinado, aunque malogrado libertador de Grecia.

Cierto que allí los arrojaba un común destino. La vida del poeta no es la vida del hombre vulgar. Los relámpagos que estallaban y se extinguían pudieran considerarse como reflejos de su existencia luminosa y breve; el salvaje desorden de la naturaleza tenía algún parecido con el aparente desorden, vario den-

© Biblioteca Nacional de España

tro de una superior armonía, que reina en el organismo de los génios; y la calma que debía suceder á aquellos grandes esfuerzos, la fría quietud del sepulcro después de las fatigosas luchas de la vida.

Más aún: la reunion allí mismo de dos seres tan extraordinarios, en un extraordinario instante de la vida del mundo, encierra una página elocuente para el observador. Allí los encontrados elementos, con roncos gritos, saludaban la majestad del hombre; los dos génios, desde el fondo de sus conmovidas almas, saludaban la majestad de la creacion inmensa, y una y otros la majestad eterna y soberana de Dios.

¡Quién se hubiera encontrado allí! El huracán volaba á otras regiones penetrado de armonías sublimes; cantos de gloria palpitaban sobre las encrespadas olas; resonaban ardientes himnos en el ancho cielo..... todo aspiraba allí auras de inmortalidad y grandeza..... ¡Pero aquella escena pasaba desapercibida para el mundo, sepultado en hondo letargo, y aquellos rayos furtivos iluminaban sólo frentes de génios, de inmortales laureles coronadas!

Aquellos dos hombres tenían una misma historia. El corazón humano siempre es el mismo..... pero ¿es humano el corazón del poeta?

Ambos amaron, con ese amor, patrimonio, castigo y premio de los privilegiados seres. Ved la seductora imagen de Graziella, pura como un suspiro, deslumbradora como el sol meridional, y en cuyos párpados de nieve y rosa duermen sosegadamente, aprisionados entre largas pestañas, los alegres sueños de la primera juventud. Ved la de Julia, ardiente como el deseo, arrebatadora como las estrellas del cielo sevillano en las calurosas noches del estío, y en cuyos encendidos labios tiemblan escondidos besos de pasión y ternura. Los ojos de aquélla son trasparentes y azules como un cielo de primavera: los de ésta, negros, profundos y sombríos como la noche.

© Biblioteca Nacional de España

Cierto que allí los arrojaba un común destino: el mismo del Dante al lanzarse tras las divinas huellas de Beatriz; de Petrarca, persiguiendo una imagen cuya real manifestación creyó encontrar en Laura; como el gran Herrera, en la condesa de Gelves; de Goethe, por último, eterno enamorado de la tres veces criminal, pero ideal y pura Margarita.

Para mayor semejanza, hallábanse en Italia, la cuna dulcísima del arte, la tierna Erato de la Europa, el santuario del amor y la armonía..... Desde allí ¿á dónde irán?..... ¡Ah, quién sabe! ¡Nadie podía adivinar entonces aquel porvenir impenetrable y dudoso, que hoy constituye sólo un brillante pasado!

El vendaval, en tanto, cada vez más débil, como el gemido de un moribundo, alejábase por los sombríos términos del horizonte. Con él envueltas, como ante la realidad huyen las febriles imágenes de un agitado sueño, desvanecíanse las negras nubes que antes coronaran con su oscura techumbre aquella grandiosa decoración de la naturaleza. Las soberbias olas del lago adormecíanse poco á poco, entonando apagados funerales por la vencida tempestad.

Entonces, á lo léjos, brilló el último y mudo relámpago, y sorprendió una lágrima en los ojos de Lamartine y una amarga sonrisa en los sarcásticos labios de lord Byron.

1873.

© Biblioteca Nacional de España

ESTUDIO

SOBRE LA NECESIDAD DE UNA NUEVA ESCUELA FILOSÓFICA.

«No puede haber en el mundo más que una sola y única verdad, y esta verdad entera y absoluta, que el hombre persigue con tanto ardor, no será nada más que el resultado de una penetración recíproca y de un acuerdo definitivo de todas las ciencias.»

C. BERNARD. — *Discurso de ingreso en la Academia francesa.*

I.

Como la duda, más que el error, es innegable patrimonio del espíritu humano, mil veces me he preguntado á mí mismo: ¿toda teoría filosófica que se proponga por objeto el conocimiento racional de lo supra-sensible, ó bien los fenómenos de la realidad exterior, ó sólo el estudio del hombre, considerado ontológicamente, ha de vacilar, por modo necesario, entre la verdad y el error? ¿Es acaso ley eterna del mundo moral, en cuanto tiene de finito, mecerse entre ambos términos, como en el orden físico la luz y las tinieblas, que no existen por sí y únicamente

© Biblioteca Nacional de España

son la ausencia de la primera, se disputan sucesivamente el dominio de nuestro planeta? ¿Puede esperarse el advenimiento de una escuela filosófica, armónica y depurada, en cuyos principios y conceptos fundamentales y trascendentales se refundan las existentes, quedando, sin embargo, á cada ramo especial del saber su campo de exploración propio y determinado?

Me parece que las tres anteriores preguntas pueden ser contestadas con una sola afirmación, é invito al lector benévolo á que me acompañe en las indagaciones que es preciso practicar, entrando en cierto orden de estudios, calificado de árido por los espíritus frívolos ó vulgares, y donde únicamente podremos encontrarla.

II.

Empiezo por afirmar desde luego que si el error ciegamente abrazado puede considerarse como una noche continuada, la duda exploradora y activa no es otra cosa que el crepúsculo de la verdad: á ella sólo puede conducirnos la razón, única antorcha capaz de ahuyentar las tinieblas que aun cercan al espíritu, y de su exclusivo auxilio he de servirme, cuidando de no caer en exageraciones noocráticas; pero rechazando desde ahora la afirmación absurda de que *entre la razón humana y el error hay vínculo estrechísimo* (1), así como haré mias estas apreciaciones de San Atanasio: *La prueba verdadera de la existencia de Dios reside en la razón*..... que es, habla aquel varón doctísimo, *potencia soberana* (2). Entre la opi-

(1) Donoso Cortés, *Ensayo sobre el catolicismo, etc.*
(2) *Oratio contra gentiles.*

© Biblioteca Nacional de España

nión de este ardiente propagandista del Cristianismo y la de un fanático sectario político, la elección por sí misma se impone.

La necesidad de una nueva escuela filosófica *se deja sentir*, segun la vulgar pero gráfica expresión; escuela filosófica que no ha de nacer para compartir con las actuales la luz y el campo del dudoso combate; palabra sintética y suprema, que no ha de ser uno de tantos malogrados eclectismos, ni una vana ó infecunda sinopsis, formada laboriosa y artificiosamente de los elementos que existen. A primera vista parece empresa muy difícil, y aunque no me atrevo á calificarla de fácil, afortunadamente para el linaje humano dista mucho de ser imposible.

Frecuentemente se oye decir que vivimos en un siglo caracterizado por la transición y la duda, y añadir que caminamos hacia el abismo de la disolucion y la anarquía; esto es un error: transición ha sido y es la vida humana, porque, para dicha nuestra, jamás en el trascurso de los siglos se ha interrumpido el penoso tránsito del error á la verdad, y yendo hacia la conquista de la verdad por la ciencia, mal puede sostenerse que la humanidad camine hacia ningún abismo, á no ser por aquellos á quienes apostrofa Descartes porque, siendo ciegos, invitan al dotado del precioso sentido de la vista á bajar á una oscura caverna, para que las sombras igualen las condiciones de la lucha.

Que no existe decadencia social, ni más transición que la natural de que he hablado, lo prueba la incesante labor de cada escuela filosófica, que á mí se me figura como el separado esfuerzo que tiende á una obra común; lo prueban, asimismo, las constantes trasformaciones de esas mismas escuelas y la desaparición innegable de algunas. La misma acalorada discusión y lucha que suscita toda nueva teoría me dispensa de llamarlas apasionadas. ¿Quién sostie-

© Biblioteca Nacional de España

ne hoy que el darwinismo puede compararse con el antiguo materialismo de Thales y Anaximandro, ó con el moderno de Locke y Condillac (1), ni siquiera con el olvidado naturalismo de Schelling? ¿Qué es el insigne Darwín, pese á sus dos leyes fundamentales admitidas hoy por casi todas las grandes escuelas filosóficas, sino un naturalista eminentísimo, especialmente en el sentido entomalógico de la palabra? (2). ¿Quién negará que el materialismo se ha, por decirlo así, refundido en el positivismo, dando un paso gigantesco hácia el espiritualismo racionalista? ¿En qué menoscaban el idealismo abortado de Fichte, ni la reacción pseudo-materialista de Moleschott y Büchner, el mérito incontestable, las positivas conquistas de la *Crítica de la razón pura*, *la Filosofía del espíritu* y la *Armonía universal*? ¿Qué importa para la indagación de la verdad absoluta, ni para la prosecución de los estudios metafísicos y psicológicos, que hayan ó no estado las islas del Atlántico enlazadas con Europa ó Africa, segun Forbes y el compilador Snider; qué la creación única ó simultánea del hombre, ni la forma de dispersión de éste y los animales por el planeta? Doquiera hallaremos en estos hombres ilustres que he citado, sentidos apóstrofes á la impotencia humana ante ciertos límites por hoy vedados á la ciencia; doquiera el hombre, átomo orgánico de la materia cósmica y espíritu que siente nostalgia de la suprema luz, buscando la solución de este problema eterno: Dios, libertad, inmortalidad.

---

(1) Aunque Condillac pertenece al sensualismo, dió origen á una agrupación materialista. Véase su *Tratado de las sensaciones*.

(2) Sería injusto, al tratar de las leyes de selección y lucha por la existencia, olvidar á otros dos pensadores insignes: Herbert Spencer y Bagehot.

© Biblioteca Nacional de España

III.

Cuando alguno dice que no cree en Dios, forzoso es no creerlo asimismo, ó concebir desde luego sospechas de la integridad de sus facultades psíquicas: el ateismo no existe ante la razón; existe, sí, el escepticismo, que no tiene realidad en sí, puesto que sólo es la indiferencia ó duda sistemáticas, ó sea la ausencia, bien de intuición, ya de concepto ó, más frecuentemente, de actividad. No puede negarse que estos hombres indiferentes son la rémora del espíritu humano, y de ellos sin duda dijo Heine que son como los desiertos, que jamás producen. Por excepción pueden ser causa ocasional de lo contrario, y lo comprueba el insigne Balmes (1), águila que, ante ciertos respetos y por desgracia de la humanidad, se vió precisada á abatir su vuelo.

Se me han ocurrido las anteriores reflexiones al recorrer la historia de la filosofía y recordar su no interrumpida gama universal y constante. No bien el humano espíritu, despues de vagas tentativas, halló sitio propio en que fabricar su nido, apareció en Grecia, y apareció con todo el esplendor de la unidad en Dios y la unidad personal subjetiva, en sus tres más grandes filósofos, Sócrates, Platón y Aristóteles, de los que el más notable es el famoso fundador de la Academia, que más tarde, y en parte, informó la filosofía del espíritu cristiano (2). Hija de aquel gran movimiento helénico fué la célebre escuela de Alejandría, que puede decirse terminó en

(1) *Cartas á un escéptico.*

(2) «San Justino consideraba la filosofía de Platón como única que podia conducir á la fe.» Vacherot, *Histoire critique de l'école d'Alexandrie*, l. II, t. I.

© Biblioteca Nacional de España

Juan de Damasco y Casiodoro, filósofos neo-platónicos del Bajo Imperio.

Grecia, pues, el pueblo de la belleza plástica universal, cuna de la fatalidad gentílica y del politeismo pagano, del centro mismo del dualismo sensualista esotérico y del idealismo convencional de la escuela metafísica de Elea, hace surgir la unidad de Dios y del alma inmortal. Es, por lo tanto, Grecia el primer pueblo científico (1) que proclama ambos principios, combatiendo para ello las teorías de la sensación y de la negación del movimiento y del fenómeno, de las escuelas antes mencionadas (2). Y aunque el concepto de Dios difiera entre el sublime filósofo de Egina y Aristóteles (3), no puede negarse que ambos enunciaron los primeros esta idea fundamental de la metafísica. La influencia de los dos, no ya en el judaismo, sino en la filosofía moderna, es tal, que en la escuela alemana algunas de las investigaciones de uno y otro se proclaman como principios. ¿Qué es, acaso, la condicion precisa y objetiva de la bondad, verdad y belleza, subjetivadas como elemento estético en las obras de arte (4), más que la proposición sobre lo bello, bueno y verdadero de la realidad con relación á la idea, de Platón? ¿Qué son los principios de alma vegetativa y sensitiva de la filosofía cartesiana (5), sino el concepto de entelequia de Aristóteles? ¿Qué son los tres procesos de la dialéctica de Platón, esto es, sensación, abstracción y razón, sino la

(1) Me expreso en esta forma, porque positivamente la India y el Egipto conocieron antes la primera de dichas unidades. Léase, no obstante, á Herodoto, l. II.; á Maspero, *Histoire des peuples de l'Orient*, y consúltese el *Ramayana*, de Valmiki.

(2) Platón, *Sofista*, p. 160 y 163, ed. Ficin., 1590, segun Vacherot.

(3) Véase Arist., *Metafísica*, c. VIII, Platón, *Repúb.*, l. VII.

(4) Hegel, *Estética*. Krause, *Id.*, s. II, § 34. Trad. Giner.

(5) Descartes, *Discurso sobre el método*, p. V.

© Biblioteca Nacional de España

base de la teoría, prescindiendo de las funciones intermedias de imagen y comparación, de la percepción, concepto y razón de las escuelas modernas? (1).

Pero, sin pretenderlo, me aparto del principal objeto de este estudio, que no es otro sino demostrar la compenetrabilidad, si me es permitida la palabra, de las grandes escuelas actuales; la unidad que observo en esa ciencia que llamó Leibntiz *perennis philosophia*, y Clemente de Alejandria *obra divina*. Y para ello claro es que debo tratar de sus más salientes generalidades, empezando por el análisis de las ideas.

Aunque Littré, eliminando toda voluntad sobrenatural, opina que todo obedece á las propiedades inmanentes de las cosas, no conozco obra suya en que niegue abiertamente el innatismo (2), si bien sería aventurado suponer que haya clasificado las ideas como el principio del sér, atributos esenciales de la divinidad reflejados en la mente humana (3). Sea de esto lo que quiera, y haciendo constar de pasada que Darwín se encuentra en el mismo caso, es un hecho innegable que ninguna de las grandes escuelas espiritualistas é idealistas deja hoy de conocer la realidad ontológica de las ideas, es decir, que no sólo éstas existen en el sér por cuanto es, sino que son *per se*, no *per accidens*, lo que equivale á proclamar la intuición inmanente intelectiva, ó intuición pura *à priori*, y á conceder la preexistencia de las ideas, sin negar por eso la coexistencia del concepto, ó sea el medio de relatividad entre la realidad sensible y la razón, mediante la percepción y la función de orden del entendimiento. Admitido, de esta manera, el fenómeno como positivo y como origen de la sensa-

(1) Kant, *Crítica de la razón pura. Estética trascendental.*

(2) En el sentido de facultad activa preexistente. Así debe entenderse cuando hablo de la preexistencia de las ideas.

(3) *Concepto platónico de las ideas.*

© Biblioteca Nacional de España

ción, es decir, el acto previo motor de la potencia, y la facultad intuitiva como agente de lo supra-sensible, es decir, la potencia anterior al acto—separando ahora las ideas llamadas abstractas, hijas de representaciones y combinaciones razonadas de imágenes, por memoria, comparación y juicio;—ó sea, admitidos arquetipo y prototipo, idea y concepto, como funciones independientes unas veces, síncronas otras y dinámicas siempre, las antinomias, entre las escuelas que he citado, dejan de ser fundamentales.

Y omito pruebas en pro de la realidad ontológica de las ideas, primero, porque consigno un hecho sobrado reconocido, y porque nadie niega la existencia de verdades apodícticas indemostrables, que, si nacen de la contemplación del objeto ó del fenómeno de la realidad sensible, tienen su comprobación simultánea en la razón. Del proceso de la idea, que tan ligeramente he enunciado, se deduce, de acuerdo con el innatismo, que deberían aquéllas distinguirse, llamando propiamente ideas á las que preexisten en el sér, y conceptos á los formados en el laboratorio del entendimiento. Aunque Kant no hace esta diferenciación de idea y concepto, habla de los conceptos puros del entendimiento, y de síntesis de la intuición pura, expresándose de esta manera: «Entiendo por analítica de los conceptos, no su análisis ó el método seguido comunmente en las disquisiciones filosóficas, consistente en descomponer, para aclararlos, los conceptos que se exponen, sino esta descomposición misma, poco usada aún, de la facultad del entendimiento, *para reconocer la posibilidad de los conceptos* à priori, *buscándolos sólo en el entendimiento como en su suelo natal*» (1). Cito á Kant, porque entiendo que es el iniciador del gran movimiento espiritualista aleman, no obstante lo calumniado que ha sido

(1) Kant, *Lógica trascendental*, l. I.

© Biblioteca Nacional de España

por la pasión y por la ignorancia. Después del examen de esos conceptos puros, los divide y clasifica en categorías, siguiendo á Aristóteles.

Verdaderamente, la prueba del concepto puro sintético *à priori*, no hay que ir muy lejos á buscarla. Existe incontestable en este postulado célebre : *pienso, luego soy* (1), adivinado por Aristóteles como tipo del sér perfecto al calificar el acto de pensar como el más puro y noble de la vida humana, añadiendo que ese acto no es una finalidad en sí, aunque la tiene propia (2).

Y este concepto puro, inmanente, desligado en absoluto de lo supra-sensible, y fuera de la percepción de los fenómenos de la realidad exterior, epítasis viviente y origen puro del subjetivismo, síntesis de la unidad ontológica y punto el más íntimo de relatividad y causalidad con la unidad suprema absoluta—Dios—socava por su base toda escuela materialista ó sensualista, y aisla la limitada acción experimental del positivismo.

Y véase cómo hemos llegado, desde ese concepto puro del sér racional, que no puede ser á un tiempo causa y efecto de sí mismo, sino efecto finito y relativo de una causa primera y suprema, al concepto absoluto de divinidad, en el que es forzoso ser explícito, rechazando todo panteismo, como tal embriológico, é igualmente el teorismo de monadología de Leibnitz, y proclamando desde luego, de acuerdo con la intuición y con la lógica, la existencia de un Dios esencial, personal, principio y fin, eterno, inmóvil é inmutable, enlazado sólo con el espíritu humano y el mundo cosmológico por la relación de causalidad.

Como al rededor de este principio se agrupan, sin

(1) Dercartes, *Discurso sobre el método*, p. VI.
(2) Met., l. IX, c. II.

© Biblioteca Nacional de España

excepción, las escuelas idealistas y espiritualistas, es decir, *todas* las escuelas filosóficas, no insisto en otras pruebas, que sobran, ni ese es mi intento.

Poco importa, en verdad, para demostrar la posibilidad y necesidad de una nueva y gran escuela filosófica, que, en otros conceptos generales y disquisiciones puramente noológicas difieran los más eminentes pensadores, sobre todo cuando, penoso es decirlo, son conceptos indefinibles. Tomaré, como ejemplo, los de materia, tiempo y espacio. Relativamente á ellos, ¿quién conoce alguna definición precisa que le satisfaga? Por mi parte confieso que todas me parecen ectipos con relación á ideas anteriores. Aristóteles considera la materia como una mera posibilidad de sér, lo absolutamente indeterminado, lo infinito; y sobre la determinación ó indeterminacion de las cosas, las relaciona con los principios del sér y no sér (lo que ha dado orígen á otra definición moderna), y de dedución en deducción, sienta que toda obra supone facultad; toda forma, capacidad; y todo acto, potencia (1). Prescindiendo de sus exactas investigaciones sobre la materia (inmanente) y la forma (cambio, trasformación), y la privación, no la materia, como término opuesto á la forma (2), enunciaré rápidamente los conceptos de tiempo y espacio del célebre filósofo de Kœnigsberg, haciendo constar que sus discípulos y sucesores los han aceptado, alterándolos y hasta oscureciéndolos á veces, como Krause el de tiempo. *El espacio* —dice— *es la forma de los fenómenos exteriores* (3). *El tiempo es la forma de la intuición interna* (4). Es decir, que ni el tiempo ni el espacio son una realidad en sí, aunque

(1) Metf., l. IV, c. V.
(2) Id., l. VIII, c. I.
(3) Kant, *Estética trascendental*, § III.
(4) Kant, *Estética trascendental*, § VI.

© Biblioteca Nacional de España

son realmente : que el concepto del primero es una relación de lo subjetivo á lo objetivo, y al contrario el del segundo. Pero tan vagas permanecen ambas ideas, que sólo podemos asegurar que en la infinita ausencia de forma objetiva se determina el espacio por los fenómenos de la realidad sensible, y en la infinita ausencia de forma subjetiva se determina el tiempo por la sucesión y el cambio (movimiento).

Acerca de este último concepto, ya el célebre filósofo de Estagira sentó la definición, limitada á uno de sus aspectos, que contienen las palabras siguientes: *Numerus, motus, secundum prius et posterius.* Balmes lo define aún de manera más incompleta, diciendo que es, *el orden entre el sér y el no sér* (1) y sólo San Agustin, con una intuición maravillosa, se anticipó, por medio de una figura, al génio de Kœnigsberg; hé aquí sus palabras: *Si me lo preguntas, lo ignoro; si no me lo preguntas, lo conozco perfectamente.*

Estos conceptos no es aventurado suponer que siempre caerán bajo la jurisdicción de lo dudoso y opinable. La materia cósmica será siempre lo indefinido: el tiempo, como á la manera de un lienzo sin límites en que, sirviéndose de los cambios y sucesos correlativos cual si fuesen guarismos, pretende el hombre escribir cantidades arbitrarias, y el espacio, el libro inmenso en que el espíritu absoluto—Dios—escribe las cantidades de sus glorias con los guarismos infinitos de los astros.

---

(1) *Filosofía elemental. Ideología pura*, c. XII, y *Filosofía fundamental*, l. VII.

© Biblioteca Nacional de España

IV.

Tiempo es de resumir y terminar. De las escuelas filosóficas de la antigüedad han llegado á nosotros las espiritualistas é idealistas, siendo el fundador de la Academia el lazo de unión entre el génio oriental y el helénico primero, y más tarde entre éste y el judaismo. Véase, si no, á Grecia, ataviada con la belleza idealizada por Fidias, símbolo de la juventud del mundo antiguo, con la severidad de Esquilo en sus ojos, y en sus labios la sonrisa de Aristófanes, llena la mente de las puras ideas platónicas y el corazón de todas las vibraciones y repercusiones del arte, unirse al austero Egipto, como su antigua prometida, y nacer de esta unión el neo-platonismo alejandrino, en cierto modo nuncio del génio cristiano. Del génio cristiano, cuya palabra bíblica constituye y encierra la escuela más sublime de la moral, la ley del bien y la filosofía del amor, préviamente anunciadas en un libro singular, el *Eclesiástico* (1).

Dejando á un lado, porque no hace á mi propósito, el examen de los libros judáicos, así como los extravíos místicos y el peripatetismo de la Edad media, diré que el génio filosófico reaparece más tarde en dos hombres superiores: Bacón (2) y Descartes, de los cuales el último es innegablemente el padre de la filosofía racionalista, como Kant el de la espiritualista alemana. Si puede decirse con un célebre crítico francés *que la Judea fué el corazón de la hu-*

(1) Atribúyese á Jesus de Sirach, judío que floreció unos 250 años antes de Jesucristo. Véanse los c. VII, v. 37 á 40; c. X, v. 6; XIII, 19; XV, 14 á 22, y XX, 11, especialmente.

(2) Bacón puede considerarse como padre del positivismo moderno.

© Biblioteca Nacional de España

manidad y Grecia el pensamiento (1), no menos cierto es que Francia es el corazón y Alemania el cerebro de la Europa moderna.

De la mera exposición de las anteriores doctrinas y hechos creo se desprende, haciendo omisión de las que debemos llamar rapsodias de la filosofía, la fundamental homogeneidad de las principales escuelas espiritualistas, y la insignificancia de las materialista y sensualista. Otro es, por lo tanto, el porvenir de las ciencias filosóficas, que necesitan moldes más anchos aún que los del moderno positivismo, sin que se deba negar á éste su gran importancia, sobre todo en tres estudios especiales: la fisiología, la biología y la sociología (2).

No perteneciendo á exclusivismo alguno, he dado paso á las teorías científicas filosóficas más generales y puras, y claro es que no desconozco los merecimientos de las demás escuelas; como al afirmar que hallo la síntesis de la moral en el antiguo y nuevo Testamento, no niego tampoco la existencia aislada de grandes moralistas, que pueden encontrar personificación real, no ya en Confucio y Zoroastro, sino en el más oscuro gimnosofista de la India.

Puede, no obstante, asegurarse que es lástima que el positivismo, donde alientan muchos hombres ilustres, no remonte más su vuelo; puede apreciarse la casi total extinción del materialismo, y respecto de la militante escuela ó secta socialista, no es equivocado afirmar que es la libertad de la materia y la esclavitud del espíritu.

---

(1) Vacherot, *Histoire critique de l'école d'Alexandrie*, p. 180, t. I.

(2) Comprueban esta observación Claudio Bernard, Compte y Herbert Spencer. Léanse señaladamente la *Fisiología* y la *Ciencia experimental* del primero, y la *Sociología* del último.

© Biblioteca Nacional de España

V.

Dejo probada, en mi sentir, la posibilidad de una gran agrupación de las escuelas espiritualistas; sobre su conveniencia, á más de lo dicho, basta convertir los ojos al estado de las sociedades modernas; pero su aparición, la fórmula de su credo, no debe ni puede precipitarse. Será en el momento necesario.

Todo tiende á la sencillez, á la unidad y á la armonía. Es axiomático para los espíritus superiores que la verdad es una, universal é indivisible, según la hermosa frase de Plotino (1), confirmada por C. Bernard de modo explícito y brillante. Una es, pues, dentro de la variedad científica, la verdadera ciencia y la verdadera filosofía, y á su posesión, no al error protáico, hemos de suponer que la humanidad camina.

Desde la flor bella y humilde, que, entreabierta, espera el dorado insectillo que ha de recoger el polen escondido en sus diminutas anteras, para depositarlo en el abierto estigma de otra florecilla que aguarda la fecundación, hasta los astros que cruzan á través del espacio sus miradas y sus besos de luz y de fuego, como alimentando muy lejanos pero eternos amores, y cambian quizás sus átomos supérfluos, que tal vez son combustión en la atmósfera solar y gérmenes fecundantes en las masas planetarias, mientras se suceden los fenómenos de destrucción y reproducción, todo obedece á la ley, una y armónica, de la vida universal, y esa ley no puede, en el orden moral, quedar incumplida.

En esta esperanza, debe contestarse á cuantas teo-

(1) Eneades.

© Biblioteca Nacional de España

rías tiendan á rebajar la dignidad humana, con las siguientes palabras: *Nadie puede señalar el punto en que deba la humanidad detener su marcha, ni predecir, por lo tanto, cuál sea la distancia que ha de mediar necesariamente entre el ideal y su realización, porque la libertad puede ir más allá de todo límite que se le asigne* (1).

No hay, pues, motivo para desesperar de que algún dia, más ó ménos cercano, obtenga el humano espíritu sus dos conquistas definitivas y supremas: la unidad en la verdad, que es el fin de toda ciencia; la unidad humana en Dios, que debe ser el fin de las religiones positivas y reveladas, por cuanto son representaciones sensibles de la verdad religiosa absoluta, y como consecuencia de ambas, la unión fraternal entre los hombres.

---

(1) Kant, *Crítica de la razon pura.*

1883.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

DISCURSO

LEÍDO EN

LA SESIÓN INAUGURAL DEL LICEO SEVILLANO

LA NOCHE DEL 27 DE SETIEMBRE DE 1874.

Señores:

Al elevar mi voz, humilde por desconocida, débil por desautorizada, ante las respetables personas que me escuchan y en este recinto que aun repite los ecos de elocuentes discursos, sabias disertaciones é inspiradas poesías (1), justa y profunda turbación de mí se apodera. Paréceme que los ilustres ingenios de mi suelo natal cariñosamente me alientan; pero la voz de mi propia conciencia y el convencimiento de mi escaso valer me acusan de mi temeridad de una manera inapelable.

Elevado inmerecidamente por el voto de compañeros y amigos á la presidencia de este Liceo, cuya solemne inauguración verificamos hoy, siento desfa-

(1) La inauguración del Liceo se verificó en el salón de sesiones de la Academia Sevillana de Buenas Letras.

© Biblioteca Nacional de España

llecer mis fuerzas ante lo grave de la misión que se me confía. Más acertado hubiera sido, á no dudarlo, haber designado para tan difícil cargo á aquél en cuya frente reverdecieran laureles de Reinoso ó de Lista. El que tiene la honra de dirigiros la palabra sólo puede aparecer ante vosotros como oscura representación de malogradas glorias, muertas aspiraciones y perdidas esperanzas.

Debo, no obstante, obligado á acatar las resoluciones de la corporación, exponeros brevemente los motivos de su nacimiento, los medios y elementos con que cuenta, y los fines que se propone, reclamándoos de antemano ilimitada indulgencia y benévola atención.

Hace pocos años, cuando los inspirados cantos de nuestros esclarecidos maestros comenzaban tal vez á extinguirse como la vibración de un gran sonido que el viento aleja, algunos jóvenes escritores, poblado el cerebro de nobles y fecundas ideas y el corazón de generosos intentos, tuvieron la fortuna de iniciar en Sevilla el advenimiento de la nueva generación literaria, á la que, el último en fecha y meritos, pertenezco.

Al rumor de los merecidísimos aplausos que su talento alcanzara, comenzó también á germinar en el seno de la juventud y en las diferentes esferas de la actividad y el arte, algo parecido á una aurora, aurora meridional, llena de luces, exuberante de poesía. La aurora en breve fué sol, aunque pálido y naciente, y sus tibios rayos, los blandos ecos de aquel despertar dulcísimo, los mil reflejos de la alegre mañana, fueron resplandor de gloria y promesa de triunfo en las letras, notas y cadencias en la lira, armonía en el sonido, y luz y colores en el lienzo.

Públicas son las glorias en breves años conquistadas por ese grupo de jóvenes artistas y escritores, hoy honra de Sevilla y esperanza legítima de Espa-

© Biblioteca Nacional de España

ña; no entiendo aventurado suponer que en no lejano día más ámplias empresas y más dilatados triunfos fatigarán con sus nombres los ecos de la fama.

Pero la senda, que al principio aparecía como alfombrada de flores, ocultaba también punzadoras espinas. Terrible desaliento se apoderó de algunos; otros, desgraciadamente, trocaron el fogoso entusiasmo de Píndaro por el frío y descontentadizo exámen de Aristarco, cual si pudieran en un mismo sér aunarse el brazo destructor de Caín y el espíritu sublime de Abel..... Y la muerte, en su eterno afán de nobles víctimas, apagaba con helado y sacrílego soplo el divino fuego que animaba el cerebro de hombres como nuestro inolvidable amigo y hermano Alvarez Surga.

La juventud se dispersaba ó enmudecía; los generosos esfuerzos de algunos años iban á ser estériles; perdidos tanta gallarda muestra, tanto nobilísimo deseo, tanto aplaudido ensayo. Estas palabras pueden servir de descripción de lo acaecido á los apasionados de la declamación, después de várias tentativas para organizar diversas sociedades que corrieron igual suerte.

Pensóse muchas veces, como medio eficaz de amparar colectivamente la aislada acción individual, y como voz de aliento y manera de público estímulo, en la instalación de este Liceo; pero sin éxito favorable hasta hoy, que, con mejor fortuna ó mayor constancia, logra ver coronados sus esfuerzos el distinguido poeta Sr. Sanchez Arjona, dignísimo vicepresidente de la corporación, y su iniciador y fundador.

Hoy, por fin, señores, se congrega la juventud sevillana; no pretende, por cierto, fundar una Academia, que á tanto no llegan, no deben ni pueden llegar sus aspiraciones: sólo tiende á coadyuvar mo-

© Biblioteca Nacional de España

destamente, y dentro de la humilde esfera que le trazan sus inexpertas fuerzas, á la común obra de regeneración que por fortuna se observa en nuestra literatura. Lacónico es el lema de nuestro Liceo: *Unión y estímulo.*

Desde la canción popular, breve poema hecho con un suspiro, hasta el drama, síntesis suprema del arte; desde la lectura de composiciones en prosa y en verso, escuela de la buena recitación, hasta las representaciones de comedias y dramas, que constituyen la gimnasia de la difícil declamación; desde la modesta presentación al público del lienzo en que sólo brille como promesa el sentimiento del colorido, hasta la exposición general de obras pictóricas notables, se extiende el dilatado camino que la Sociedad se propone recorrer. En sus sesiones públicas semanales se dará, por lo tanto, lectura de aquellos trabajos literarios que, á juicio de la Junta directiva, puedan ser acogidos con aplauso; en sus representaciones tendrán cabida aquellas obras que la misma Junta considere dignas de la ilustración de la Sociedad y de Sevilla, y un jurado especial, en su caso, examinará las producciones pictóricas y musicales.

Impulsados por nuestro amor al arte, admiradores de las excelencias de nuestro siglo, poseidos de profundo respeto hácia nuestras anteriores glorias y tradiciones, pretendemos ensalzar el pasado, defender el presente y saludar el porvenir, impenetrable nube de hermosos principios que llegan y han de propender necesariamente á esta obra universal, constante y progresiva del perfeccionamiento humano.

Para ello contamos en nuestro seno cuantos artistas notables encierra la tercera capital de España, aunque no pensamos ciertamente reducirnos á tal límite. Para el que tiene la honra de hablaros, hace tiempo que insignes nombres sevillanos lograron trasponer el Betis. Díganlo, entre otros muchos,

© Biblioteca Nacional de España

Becquer, el Heine de nuestra patria; Tassara, el Quintana contemporáneo; Campillo, el venturoso sucesor de Nicasio Gallego.

En estos tiempos de sucesivas calamidades, continuas guerras y trastornos desastrosos, sería raro que España se mantuviera á su anterior altura: ni el arte es ave que anida en lugares en que riñen continuas batallas tanta espúria ambición, tanto odio criminal, tanta y tan torpe granjería, ni la atención pública, harto preocupada ya con más árduos problemas, puede fijarse en tal cual destello del recóndito fuego de la inspiración y del génio. Trabajemos, pues, y sembremos en silencio la sagrada semilla, aunque hayan de recoger ajenas manos el espigado fruto. No quiero decir con esto que la gran literatura española agonice, pero descansa ó duerme. Que no muere, Campoamor, Aguilera, Nuñez de Arce, García Gutierrez, Ayala, Tamayo y otros cien lo atestiguan. ¡No puede morir una literatura que brilla en tan gloriosos nombres!

Sin pretenderlo, señores, me he desviado completamente de mi principal objeto. Expuestos los fines de nuestra Sociedad, creo de mi deber, lo primero, dirigir en su nombre un saludo á cuantos sienten en su frente el soplo divino de la inspiración; á los demas centros de instrucción, á nuestros compañeros en la prensa, á Sevilla, en fin, egregia cuna de Herreras y Riojas.

Por lo que respecta á los señores socios, ¿qué les podré decir? Todos venimos animados de los mismos nobles sentimientos, todos abrigamos los mismos firmes propósitos; mucho y bueno puede esperar Sevilla de este nuevo palenque literario si la juventud, como es de suponer, depone ciertas leves rencillas, algunas pequeñas diferencias, en aras del bien de todos.

Así lo espera el que os habla. Confía en lo que

© Biblioteca Nacional de España

debeis á esos nombres que habeis sabido ilustrar; á vosotros está encomendada la vida, la gloria de este Liceo, que podrá ser, en tiempo no lejano, honra de Sevilla y cuna de numerosos ingenios, ya que por favor de la suerte brotan en esta privilegiada tierra, como los átomos de fuego brotan de los senos del sol.

Venid: agrupémonos al rededor de nuestra bandera; el mundo entero puede reposar á su augusta sombra, porque es la bandera del arte.

Que un mismo sentimiento anime todos los corazones, que una sola voz se confunda en el espacio, saliendo espontánea de nuestros pechos. La gloriosa enseña que levantamos debe conducirnos á las victorias de la inteligencia si á todo cuanto se oponga en derredor respondemos con esta palabra mágica: ¡Adelante!

Ella condujo á Homero y á Milton á regiones de luz que no penetraban sus muertas pupilas; ella elevó á Quintana á aquella altura, desde donde, de igual á igual, contempla á Píndaro y á Tirteo; ella inmortalizó á Goethe y Cervantes, á Velazquez y Rubens, á Mozart y Schumann; y en este momento en que solemnemente realizamos un acto, inesperado por serio, impropio de nuestra juventud por grande, creo ver con los ojos del alma las sombras de nuestros pasados génios mostrándonos el camino de la gloria. Sí, no lo dudeis: el fluido de sus nobles espíritus se confunde con nosotros; con indefinible placer nos bendicen, y extienden sobre nuestra humildad y pequeñez las alas protectoras de su grandeza.

© Biblioteca Nacional de España

ALGUNAS OBSERVACIONES

SOBRE LA DECADENCIA DEL TEATRO ESPAÑOL

CONTEMPORÁNEO.

I.

Que el génio dramático español duerme sobre los lauros de su reciente y, doloroso es decirlo, no continuada grandeza; que los esfuerzos, pocos y más generosos que felices, de algunos insignes escritores no han logrado reanimar el fuego aun oculto y existente en las muertas cenizas de lo que ha sido nuestro teatro, ni han bastado á levantarlo de su postración presente; que es necesario á toda costa atajar los progresos de esta decadencia invasora que extravía el gusto, corrompe y mata á los ingénios nacientes y se sobrepone á todo sentido moral y artístico, son cosas harto reconocidas y que embargan el ánimo de los hombres que algo se preocupan de nuestra vida nacional y de nuestra importancia intelectual en Europa.

Recuerdo que hace dos años, cuando una parte de

© Biblioteca Nacional de España

la prensa y del público, deslumbrada ante el oropel de hoy casi olvidadas obras, aplaudía con exageración á los que consideraba como regeneradores de nuestra escena, algunos críticos de ojos más indagadores y perspicaces, de más profundo y alto análisis, clamaban desatendidos, no ya contra la decadencia de nuestro glorioso teatro, sino, lo que aun era peor, contra su iniciada total ruina.

Á la voz de alarma, dada, para nueva honra suya, por la primera corporación científica y literaria de España, varios hombres, algunos ilustres en la escena y en el periodismo, respondieron sin vacilar, ansiosos de un eficaz remedio que evitara, que atenuara al menos, si otra cosa no era posible, el decaimiento cada vez más pronunciado de nuestra dramática, al que no sólo han contribuido las vicisitudes de los tiempos, sino que, más principalmente, ese monopolio histriónico, ese abandono criminal, esa organización absurda de nuestro teatro.

El conocido crítico don Manuel de la Revilla; algun autor eminente bajo el pseudómino de don Alberto Sanabria; el antiguo empresario del teatro Español Sr. Roca, y el profundo observador D. Demetrio Araujo, discutieron el asunto en el folleto y en la prensa periódica, y conviniendo, como no podia menos de suceder, en el hecho de la decadencia momentánea, buscaron planes, idearon proyectos é iniciaron asociaciones encaminadas á evitar aquel mal creciente y á facilitar por todos los medios el advenimiento de nuestra regeneracion dramática.

Esto acontecía hácia mediados del año último, y desde entonces acá nada indica que se llegara á común acuerdo, á resultado alguno práctico. Y yo pregunto: ¿es que aquellos laudables impulsos y propósitos quedaron sofocados al nacer; es que se esterilizaron ante invencibles obstáculos, ó es que, como españoles al fin, sabemos acometer con ardor las más

© Biblioteca Nacional de España

difíciles empresas, pero no acertamos á conducirlas á término?

El deseo, pues, de renovar, de suscitar otra vez, campaña, quizá no infecunda; de concurrir, aunque son débiles mis fuerzas, á tan laudable obra, y de protestar, si no con el escaso prestigio de mi nombre, con el incontestable de la razón y de lo justo, de esa fatal incuria que nos lleva á ruina cierta, mueve hoy mi pluma para el debatido asunto de nuestra decadencia dramática y para hacer á los planes de los mencionados escritores algunas observaciones, por si, llegado el caso, merecen que de ellas se haga cuenta.

II.

Tres elementos concurren en cualquiera época á la vida exuberante del teatro de un pueblo: el predominio de un autor ó varios autores de primer orden; actores eminentes ó, á lo menos, notables; el gusto general convenientemente encaminado; esto es muy difícil, y de ahí, y de la ausencia de original carácter, que tan pocas naciones tengan teatro propio.

Cuando un pueblo como el griego, primero ó el más admirable ejemplo de la historia, se entusiasma ante sus dioses y sus héroes, siéntese aguijoneado por el deseo de ver constantemente la imagen artística de su grandeza nacional y de su origen. Pagano, aunque espiritualista, el heleno se enamora de la belleza plástica, agiganta las proporciones de aquellos héroes, hacerles hablar robusto lenguaje representativo de la fuerza, imprime en sus facciones la inmovilidad escultural de seres que juzga sobrehumanos ó extraordinarios, y presenta ese conjunto ante una multitud, como el mar imponente y tumultuosa; y así, desde Atenas primero, y desde los ám-

© Biblioteca Nacional de España

bitos del *Tauromenium* después, rodeado del grandioso aparato de la Naturaleza, como templado al calor del Etna, menos hervidor que el volcán de las pasiones y sentimientos populares, se extiende el arte helénico, grave y sencillo, fatal y espontáneo, inimitable en los sucesivos tiempos, pero fuente de las artes y del gusto, y casi me atreveré á decir que de la civilización europea.

Desde los Prometeos, Choéphoras, Euménides y Edipos hasta las tragedias de Séneca, hay ya la misma distancia que desde la *Iliada* á la *Eneida*, y generalizando, que de Platón á Lucrecio, de Anacreonte á Ovidio, de Aristófanes á Terencio y del arte poética de Aristóteles, para concluir, á la epístola á los Pisones, de Horacio. Á todos los órdenes alcanza la infranqueable distancia que media entre el pueblo de Marathón y Salamina, vencedor por la sublimidad de la idea, esto es, dos veces triunfante, y el pueblo de los Césares, triunfador por la cohesion de una fuerza que fácilmente nos explica la historia; pero con frecuencia vencido por los mismos países que sojuzgaba, en cuya cultura hállase algo que pudiera ingerirse, robusteciéndose, en el asimilador espíritu romano.

Por esto Grecia tuvo, y no así Roma, poder bastante para levantar el arte á la síntesis, es decir, al drama y al drama popular; por esto Inglaterra, independiente y pensadora, y España, religiosa y caballeresca, alcanzaron igual suerte, y la primera, después de los tanteos precursores de los grandes movimientos artísticos, produjo aquel hombre extraordinario que, ejerciendo absoluta soberanía en el alma humana, creó las sombrías Crésides y ladíes Macbeth; las ideales figuras de Ofelias, Julietas y Desdémonas; el terrible símbolo de morales extravíos, en Hamlet, y los grandes caracteres de los Enriques de Inglaterra, que elevaron al trono de la dramáti-

© Biblioteca Nacional de España

ca, sin precursor, rivales ni sucesores, al antiguo comediante del *Globe;* y la segunda inicia esa gloriosa era, preparada por Enzina y Lope de Rueda, proseguida é ilustrada por Cervantes y coronada por el dos veces grande Calderón, que tuvo por inmediatos predecesores, rivales y herederos á Lope de Vega, Guillén de Castro y Tellez, á Alarcón y á Moreto, todos insignes poetas, todos autores dramáticos de primer orden. El autor de los *autos sacramentales*, tan fecundo como Lope, pues pasan de ciento y tantas sus comedias, sin incluir aquellas piezas religiosas; más grave y sentencioso que el egregio autor de *Las mocedades del Cid* y tanto como el admirable creador de *La verdad sospechosa* (ambos imitados con bastante inferioridad por Corneille); mil veces más original que el autor de *El desdén con el desdén*, y poeta de más alto vuelo que Tellez, empuñó el cetro de la escena, *que aun dura en sus manos vigorosas*, según la bella frase de Quintana, y dando prodigiosa vida y admirable forma á las blandas Malehas, las infortunadas Mariemnes y las purísimas Justinas, creando con enérgicas pinceladas los enérgicos caracteres de los alentados Crespos y los vengadores Almeidas, ó el humano símbolo del insensato y cuerdo príncipe de Polonia, realzó y esculpió de indeleble modo los sentimientos y creencias de la tierra española, *Dios*, *honor*, *patria*, fecuncundos ideales que, á través de tres siglos, han llegado latentes hasta nosotros.

Conocida es la suerte que, después de aquella época gloriosa, cupo á nuestro teatro: vergonzosa decadencia cuando los últimos reinados de la casa de Austria, delirios conceptuosos destituidos de todo génio, copias incoloras de los clasicismos griego y latino más tarde (1). Tal fué el legado de aquellos

(1) Claro es que se hace excepción del egregio Moratin.

© Biblioteca Nacional de España

tiempos, y no obstante los esfuerzos de Cienfuegos, Quintana, Jovellanos, García de la Huerta y algún otro, por resucitar la para siempre muerta tragedia y el drama original español (1), es lo cierto que hasta el año de 1830 no se observó el más leve síntoma de renacimiento.

Éste llegó al fin, y los nombres de García Gutierrez, Bretón, Ventura de la Vega, Duque de Rivas y Hartzenbusch, con otros de menor importancia, se recordarán con júbilo mientras viva el idioma patrio; pero, en mi concepto, este movimiento romántico, tan exuberante como en cierto modo desordenado, hasta el punto de estar algunas, no todas, las obras de aquellos célebres autores proscriptas en la actualidad de la escena, no fué sino el tanteo, la preparación necesaria para ese gran momento dramático en que habian de aparecer creaciones más psicológicas y racionales, de más profundo y permanente sentido artístico, como lo son *El tanto por ciento*, *El hombre de mundo*, *El arte de conspirar*, *Don Francisco de Quevedo* y *Un drama nuevo*, coronación el último de esta verdadera y trascendental explosión artística.

¿Podrá decirse que existen hoy menos elementos dramáticos que hace quince ó veinte años? ¿No se desarrollan las obras que acabo de citar dentro de las aspiraciones y del sér moral modernos? ¿Qué causa, pues, ha detenido ese hermoso florecimiento, reemplazando á verdaderas obras de arte con ese infecundo catálogo de sosas imitaciones, de dramas convencionales sin importancia propia ó de espeluznantes obras, en que el estrecho espíritu de secta limita los vastos horizontes artísticos, donde lo estrafalario y cacoquimio hace las veces de lo original y nuevo, la

(1) Véase *El delincuente honrado*.

© Biblioteca Nacional de España

sensación brutal y grosera ahuyenta la emoción purísima, lo repugnante toma plaza de trágico, los vicios actúan como pasiones, las prostitutas de plazuela y los desechos del lodo pasan á caracteres, lo inverosímil se disfraza de realidad, y hasta lo falso del lenguaje, preñado del oropel de la hinchazón y el dislate, se antepone á la natural majestad, á la gravedad sencilla de nuestra hermosa lengua; obras desmedradas, monstruosos engendros, no menos absurdos y disparatados porque obtengan el irreflexivo y pasajero favor del público?

Nadie podrá afirmar, más que apoyándose en el estado general de los teatros europeos, y no es fundamento bastante, que nuestra época sea menos apta para la dramática que las antes enumeradas. Efectivamente, Inglaterra, después de Shakspeare, nada ha producido de extraordinario, y en nuestros tiempos Knowles, Bulwer y Ferrol, con algun otro, no han sido parte á que aquella escena haya siquiera obtenido el momentáneo brillo de la nuestra (1); lo mismo puede decirse de Italia, aunque Carcano y Ferrari hayan logrado más ruidosos triunfos; así es que, dejando á un lado el teatro alemán, cuyo estado, después de Schiller, que puede llamarse su padre, es de todos conocido, sólo al francés es dable enorgullecerse de un renacimiento romántico iniciador ó continuador (2) del nuestro, representado en primer término por Victor Hugo, cuyos esfuerzos habían de ser desgraciadamente seguidos por las frívolas comedias de Octavio Feuillet (3) y otros aun de menor valía.

---

(1) Véase Odysse-Barrot, *Histoire de la litterature contemporaine en Angleterre.*

(2) No recuerdo dónde he leido la apreciación de que los primeros albores del romanticismo se encuentran en la célebre tragedia *Raquel*, de García de la Huerta.

(3) Al aparecer este artículo, hácia 1878, en la *Revista Contem-*

© Biblioteca Nacional de España

Que la causa principal de nuestra decadencia dramática es *que se escriben pocas comedias buenas*, me parece verdad axiomática, tanto, que si se escribiesen, aquélla no existiría; es preciso, conviene al menos indagar por qué no se escriben, ó, pues esto es muy difícil, qué aparentes motivos pueden estorbarlo.

El teatro en todos los tiempos ha vivido de los ideales permanentes de la humanidad, aunque modificados por los accidentes de época y medio social: fatalista y pagano en Sófocles; violento y apasionado en Shakspeare; caballeresco y filosófico en Calderón; profundamente psicológico en Schiller; observador en Dumas; avasallador en Hugo; real en nuestros dramaturgos contemporáneos; siempre es humano en el fondo, no obstante aquellos accidentes, y el olvido más profundo espera á cuantos desdeñan y desdeñen esta máxima fundamental. Así, pues, mientras la humanidad tenga aspiraciones que cumplir y destinos que realizar; mientras el corazón humano sienta el soplo mortal y vivificador de las pasiones; mientras los pueblos vivan—y vivirán siempre—la vida de los sentimientos más ó menos depurados y racionales, tiene el teatro elementos bastantes para su desarrollo y el dramaturgo ideales suficientes en qué inspirarse.

Creo, y lo consigno aquí de pasada, que lo llamado *realismo* en el arte, tal como se viene entendiendo ahora, es sólo la ausencia de génio, de talento creador: creo que en vez de falta de ideales, debemos decir que faltan hombres de suficiente aptitud y condiciones para sentirlos y comprenderlos, y que en la escena no cabe otro realismo que el que hermana el

---

poránea, áun no habia escrito Feuillet su magnífico drama *Le Roman parisien*, que lo coloca entre los mejores dramáticos del presente siglo.

© Biblioteca Nacional de España

arte con la vida, de quien aquél es reflejo, pero reflejo ideal, agrupación de seres y accidentes reales, ó que puedan serlo, artística, esto es, superiormente escogidos y combinados. Lo que hay es que el teatro no tiende sólo á realizar un fin estético, sino otros fines, aunque no docentes, trascendentales á lo menos.

Si, pues, aquellos ideales han coexistido con el paganismo en Grecia ; con el cristianismo caballeresco en Calderón (permítaseme la frase); con el libre pensamiento en Shakspeare: si han elevado el vuelo del génio dramático en pueblos, ya nacientes, ya formados, ya en decadencia moral ó política, hay que buscar otro origen á nuestro letargo presente, y acaso pueda encontrarse en el abandono en que se hallan nuestros teatros, dejados á sus propias fuerzas ; en el estado nada próspero del país, y en la funesta dirección que les imprimen autores sin talento ni conciencia, actores adocenados ó ignorantes, y empresarios impudentes ó sórdidos, para los que—hay excepciones honrosas, pero pocas—nuestra gloria nacional, nuestras costumbres públicas, nuestras letras y nuestra grandeza moral sólo constituyen vil objeto de explotación y de lucro.

III.

Conocida, como lo es sobradamente, la forma en que por punto general se verifican la admisión y estreno de las obras dramáticas, y el estrecho criterio, las influencias personales, las injustificadas causas, los bastardos medios á las veces que suelen preceder á uno y otro acto, puede deducirse que todo ello viene á ser una valla, infranqueable á menudo para el hombre digno, é interpuesta arbitrariamente

© Biblioteca Nacional de España

entre el autor novel, es decir, lo que aspira, tal vez con justicia, á ser, y la pública sanción, único estímulo del artista.

Todos sabemos, y esto lo comprueba, las prolongadas dificultades que encontraron para estrenar sus obras los escritores que mayor honra han dado más tarde á la escena que los rechazó primero: vencidas aquéllas y aclamados los vencedores, es inútil pedirles hoy una resurrección dramática imposible, como es inútil pedir más luz al sol cuando empieza á declinar sobre el horizonte. Las puertas del teatro español deben abrirse para el porvenir y entornarse para el pasado, como ha de ser nueva y distinta de las anteriores la era de renacimiento que anhelamos.

Reconocida la centralización literaria que nuestras leyes y costumbres mantienen; reconocida la impotencia de la acción individual en tamaño asunto, y el supremo deber del Estado, no de ejercer una general tutela, sino de favorecer con vigoroso impulso cuanto forma parte del engrandecimiento nacional, preciso es, sobre prudente, pedir sin tregua su protección para el teatro.

¿En qué forma? Héla aquí. Cesion gratuita del teatro Español — que debe considerarse como institución del Estado — á la empresa que presentase un cuadro de actores de primer orden; subvención, votada en Córtes, que pudiera consistir en el sueldo de aquéllos, asegurándoles, así como á sus familias, porvenir decoroso; dirección artística, de escena y repartos, encomendada á un autor que, á más de esclarecido, estuviera, por su edad ó condiciones, alejado de las pasiones del momento; jurado que decidiera, en pública sesión y votación verbal, después de la lectura por un actor, sobre la admisión y representación, por riguroso turno, de las obras que se sometiesen á su fallo, y con la cualidad de apelable; condición expresa de que sólo se representasen obras

© Biblioteca Nacional de España

nuevas y originales españolas. Tales son, condensados, los medios hasta ahora debatidos y propuestos, y con los cuales, en conjunto, no puede menos de estar conforme todo amante de las letras.

Hay, sin embargo, algunas observaciones que hacer, en tanto se alcanza para el nuestro organización análoga á la del teatro francés: son las siguientes. Las obras deberían presentarse anónimas, á la manera que en los certámenes; el jurado de admisión pudiera componerse de tres, cinco ó siete personas, elegidas por suerte al empezar el acto público de la lectura entre mayor número préviamente convocado; estos individuos, que podrían designarse entre autores dramáticos y críticos ajenos á la literatura militante, deberían ser prudentemente retribuidos por el Ministerio de Fomento, mediante nómina de asistencia: sobre este Jurado pudiera existir otro, ampliado y ejecutivo, de fallo inapelable y de formación análoga, convocado, pero no presidido, por el ministro del ramo.

Una vez admitidas algunas obras, deberían representarse sin alteración de turno, y sólo en casos de no existir dramas ó comedias originales que estrenar, se ejecutarían de los repertorios antiguo y moderno, previa designación del director artístico. En la admisión de obras—y esto como parecer particular—sería conveniente que existiese cierta amplitud, compatible con las exigencias de la moral y la decencia artísticas, pues está visto que la excesiva severidad no basta á evitar, antes bien atrae y precipita, frecuentes descalabros en la escena, sirviendo á veces de vergonzosa rémora á la consagración pública de obras notables, honra de sus autores y orgullo de la patria.

Respecto á los nombramientos, sobre todo el del jurado, pudiera mediar propuesta, formada en votación ó aclamación por una numerosa junta de

© Biblioteca Nacional de España

capacidades literarias, convocadas para ese objeto.

Creo que con esto, vencidas las dificultades de toda nueva organización, quedarían á salvo, y aun protegidos, los intereses de la empresa y garantidos las exigencias de los actores y los deseos del autor más descontentadizo.

IV.

Asunto espinoso es tratar de nuestros actuales actores. Algo sobre esto han dicho los escritores mencionados al comienzo de este artículo, que acaso de más cerca que yo podrán conocerlos. Basta á mi propósito consignar que el inolvidable Julián Romea no ha tenido entre nosotros digno sucesor y heredero (1) —ni siquiera imitadores—y que en este punto, no poco tenemos que envidiar á otras naciones, señaladamente á nuestros vecinos del lado allá de los Pirineos.

Tiene esto costoso, pero seguro remedio, instituyendo una verdadera *Academia de declamación*, dedicada únicamente á este objeto, dotada del necesario número de catedráticos, que diesen á los alumnos sólida instrucción en historia, en la general del teatro, nociones de literatura, indumentaria, etc., y de varias plazas de internos sostenidas por el establecimiento, para los que, por su aplicación y condiciones, sobresaliesen entre todos.

Realmente es injusto y depresivo—dado el olvido de otras cosas—que el Estado proteja toda suerte de esperanzas y propósitos artísticos, adquiriendo, y á las veces premiando, estatuas y cuadros de muy escaso mérito; que las Diputaciones provinciales favorezcan á presuntas notabilidades, pensionándolas en

(1) Exceptúase el ilustre actor D. José Valero.

© Biblioteca Nacional de España

extranjeros países, para que renieguen después de su patria, tal vez mal arañando un violín; para que refuercen, renunciando hasta el apellido español, las listas de las compañías de ópera italiana; ó para que regresen, como acontece con frecuencia, sabiendo pintar, con exactitud matemática, un mantel sobre cuya irreprochable blancura se ostenten algunas naranjas á medio mondar, y en que no falte el consabido y clásico racimo de trasparentes uvas.

Establecida aquella Academia, que podría formar parte integrante del mismo Teatro Español, y rodeaba de buenos elementos nuestra juventud, ésta se encargaría en breve de infundir á la decadente Talía la nueva sangre y vigor que necesita.

V.

Réstame analizar la parte en estas obras de reconstitución reservada al público, factor importante que han olvidado cuantos han querido terciar en este asunto.

Sería desconsolador, ante lo estragado del gusto general en estos momentos, recordar los célebres versos de Lope:

> El vulgo es necio, y, pues lo paga, es justo
> hablarle en necio para darle gusto,

ni creo que á las puertas del Teatro Español debamos esculpir la terrible inscripción del *Infierno* del Dante.

No puede negarse que el público ha venido y viene aplaudiendo esos espectáculos degradantes y envilecedores del llamado *género bufo*, ya las mezquinas y anti-artísticas representaciones de los teatros *al por menor*, ora la conversión de los templos del

© Biblioteca Nacional de España

arte en circos ecuestres ó salones en que exhiben sus plásticas formas notabilidades de ambos sexos, bien las ejecuciones y estrenos de comedias descabelladas ó tremebundos dramas de dudoso abolengo.

Pero, se ocurre preguntar: la decadencia que nos preocupa, ¿es sólo un fenómeno del orden literario, ó es funesta consecuencia de una terrible degradación social? ¿Es ajena la pomposamente llamada crítica á este bochornoso estado de confusión espantosa, abatimientos injustos y ruidosas usurpaciones? Si hay, según ella confiesa, decadencia dramática—y soy el primero en reconocerlo—¿cómo celebra uno y otro dia á esos escritores que ha convenido en llamar mónstruos de génio y portentos de sublimidad?

Sólo así se comprende que el público tolere y sancione tanto éxito espúrio y artificial, y secunde, sin conciencia de sí, los esfuerzos de la *claque;* sólo así se comprende que guste uno y otro dia el sabor empalagoso de un mismo plato; y de abdicación en abdicación, y como formulando una débil protesta, acepte las más inverosímiles innovaciones. ¿Qué otra cosa significa esa ridícula extravagancia de los *dias de moda?*

Es necesario despertar la afición del pueblo á los espectáculos buenos, morales y dignos: á la crítica y á los autores corresponde dar el ejemplo, y á los desatentados empresarios ponerlos al alcance de las modestas fortunas.

VI.

He concluido mi tarea, y dejo á más expertas plumas la completa dilucidación de tan complejo asunto.

© Biblioteca Nacional de España

Las razones en que se basa la necesidad de la reforma son tan evidentes, que nadie puede desconocerlas: ¿quién sabe si entre los jóvenes escritores rechazados del teatro, si entre las oscuras filas de esos heroicos soldados á quienes se niega puesto en la batalla, hierve el génio capaz de regenerar nuestra escena?

Eficaces son los medios propuestos, y confieso que no abrigo grandes esperanzas sobre su adopción: supuesto el convencimiento anterior, concluiré imitando la frase de un orador célebre:

«¡Dios salve al arte! ¡Dios salve al teatro español!»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

UNA CITA.

I.

No me gusta el monótono espectáculo que ofrece constantemente á nuestros ojos la vieja naturaleza: hojas secas movidas en otoño por un viento desapacible; pomposas galas y serenos dias en la primavera, tormentoso cielo, triste y frío, en el árido invierno; ardientes noches, coronadas de innúmeras estrellas, en estío..... Todo esto me cansa y me aburre.

Agrádame el tumultuoso ruído de las ciudades populosas; en los campos paréceme que se respira más cerca del cielo; en la ciudad créese el hombre hundido en los más recónditos abismos de la tierra, y yo amo vivamente el seno de esta mi cariñosa madre, que, con los brazos abiertos, me espera, ofreciéndome lecho en que dormir el último y sosegado sueño. En el campo, á la luz del día, reemplazan las tinieblas de la callada noche; en las ciudades, el gas sustituye al sol; allí todo es siempre lo mismo, y lo que vemos hoy, con pocas variaciones, es lo que vi-

© Biblioteca Nacional de España

mos ayer. Cuando se forma la tormenta, que es su más ruidoso y mejor espectáculo, siempre el trueno ruge de la misma fastidiosa manera; un cárdeno relámpago sucede á otro relámpago; pesadas nubes cruzan lentamente el alterado espacio, y siempre se escucha el rumor eterno y fragoroso de torrentes que se precipitan, de rios que se desbordan, de aves que, gritando, se guarecen de la tempestad, de árboles vigorosos que, al parecer, se quejan..... y á lo léjos, por complemento, la aguda llamada del pastor, ó el monótono cantar de un aburrido aldeano.

Á mí me agrada la soledad dentro de la multitud, lo que sólo se encuentra en las grandes ciudades: en ellas se vive la vida turbulenta del espíritu. Á menudo cruzan por nuestro lado almas borrascosas, que, como sombrías nubes, no saben á dónde se dirigen, ni dónde lanzarán el rayo de una tormenta más ronca y terrible que las de la naturaleza; hállanse frente á frente, con singular frecuencia, un hermoso rostro iluminado por todos los sueños, y un frío semblante, corroído y desfigurado por todos los desengaños; óyense aquí metálicos sonidos, denunciadores de conciencias que se venden, de honras vencidas que se entregan; mézclanse allá ayes de muerte con suspiros de ventura; los sollozos de la miseria con los acentos de la cercana fiesta; los acordes de alegre música con los secos golpes de los ataúdes, al caer en las ahogadas sepulturas; los primeros vagidos del naciente niño con los postreros gemidos del moribundo anciano. En las cruzadas calles y revueltas travesías codéanse la virgen de celestiales ojos y la impúdica ramera, alma enferma de pálido semblante, ajado como su corazón y sus ilusiones; el hombre-luz, honra y génio de la humanidad, y el hombre-sombra, cadáver que se mueve, blanqueado sepulcro que esconde la gangrena social. Es un choque perpétuo de todo lo que nace con todo

© Biblioteca Nacional de España

lo que muere; de todo lo que siente con todo lo que piensa; de todo lo que sufre con todo lo que rie; de lo pequeño con lo grande; de lo finito con lo imperecedero, del cuerpo animado montón de escoria, con el alma, llamarada eterna de Dios.

En medio de tanta corrupción, de tan vivos contrastes, vive el génio, confundido entre aquella multitud, como la gota de agua en los mares, como el grano de arena en las llanuras inmensas del desierto; su cerebro va inundado de luz, invisible para los torpes ojos del profano que con él se encuentra, mas no se pierde; forma y no forma parte de aquellas oleadas de humanas frentes, que bullen y se agitan, como las del Océano, impelidas por contrarios vientos; todo vive bajo el nivel de su mirada, porque el ancho mundo, con sus altísimas montañas, sus ciudades orgullosas, sus soberbias cúpulas y sus torres giganteas, no llega á la altura de su pensamiento; y en torno suyo, como agrupados átomos del bien, giran las virtudes, cuya modesta luz ven muy pocos, los elegidos de entre los llamados, porque toda llama se levanta hacia el cielo y todas las miradas suelen inclinarse hacia la tierra.

¡Ah, de seguro que si en mitad de la noche contempláramos nuestro opaco planeta desde un sitio lejano del espacio, veriamos brillar sobre la tierra luminosos puntos!

Otro de mis antiguos placeres ha sido, desde mi infancia, visitar los cementerios: al penetrar en su recinto he creido siempre atravesar las puertas de una extraña existencia, porque, indudablemente, algo vive en la muerte; mi alma, apasionada de todos los contrastes, ha encontrado en esas solitarias ciudades del no ser un cierto interior deseo de calma, por lo que me han parecido oásis de la vida, y al divisar sus macilentos muros, he creido llegar al término de un penoso viaje. Son ellos posesiones de

© Biblioteca Nacional de España

la nada, trozos de tierra arrebatados á la vida, fríos poemas de piedra escritos á la muerte.

II.

No sé si á mis lectores habrá sucedido lo que á mí. En la edad florida, cuando aun estaba mi frente libre de anticipadas arrugas, he soñado despierto con frecuencia, fingiendo en torno mio seres y objetos ideales, lo que no era otra cosa que dar sensible forma á mis juveniles deseos.

En esa edad dichosa en que el mundo rendía á mis plantas cuanto ambicionaba mi ya soberbio pensamiento; en que no necesitaba más que cerrar los ojos para verme con los del alma, ora arrancando brillantes triunfos en la tribuna parlamentaria, ya laureles inmortales para mi corona de nacional poeta, ora bélicas victorias en batallas libradas por la libertad de los pueblos; en que, al entregarme al sueño reparador, veía descender hasta mi lecho á la misteriosa virgen del amor primero, por medio de una escala luminosa, espíritu inmortal con suaves formas de mujer, bella sobre toda ponderación, con un dedo de nieve colocado entre sus labios de rosa, como imponiéndome silencio para aquel instante y respeto para aquel favor; en esa edad, repito, disputábanse el dominio de mi fantasía lo ideal y lo real, la verdad y los sueños.

Honda amargura, invencible melancolía me dominaban á las veces, sobre todo al volver en tales momentos al frío y positivo imperio de la realidad.

Buscaba otras veces los sitios más sombríos, las más extraviadas calles, pero esto no aquietaba mi espíritu; buscaba entonces los sitios más concurridos

© Biblioteca Nacional de España

y ruidosos, para exarcebar mi tristeza ante la general alegría.

Era el mes de Noviembre de 186..... Una tarde fría y desapacible pasaba yo por una de las más concurridas calles de la ciudad de C.....

De improviso, una mirada se fijó en mis ojos, y por ese inexplicable fluido que se comunica de sér á sér, alcé la vista para observar quién era.

Era una mujer, mejor dicho, una niña como de diez y ocho años, que, al pasar yo, salía de un comercio inmediato.

Era alta y esbelta, no sé si rubia ó morena; no puedo recordar cómo era el traje que aprisionaba tanta hermosura, porque no tuve tiempo de fijarme en ello; pero, eso sí, era bellísima: sólo reparé en sus ojos negros, extraordinariamente negros y muy grandes.

La impresión que me causó fué análoga á la que experimentamos al hallar frente á frente á una persona que creemos reconocer; me detuve como para saludarla, y ella tambien se detuvo, pero nos contuvimos simultáneamente: uno y otro conocimos al mismo tiempo nuestra equivocación. Volví á dejarla paso, y ella, velando sus ojos magníficos como en una nube de indiferencia, cruzó por mi lado, no sin fijar de soslayo en mí una nueva é inefable mirada.

No sé que sentí de extraordinario: sentí rodar ideas luminosas como astros por mi cabeza, y creí que oraba mi corazón en mi pecho. Cuando alcé los ojos había desaparecido.

Profundamente pensativo, y sin fija dirección, seguí andando á la ventura, no explicándome cómo me preocupaba de un accidente de todos los días, cuando me hallé, sin saber de qué manera, en el triste camino que conduce á la morada de los muertos.

Hondos y sombríos pensamientos me asaltaron

© Biblioteca Nacional de España

entonces, y díme á imaginar extrañas locuras, que siempre han tenido cabida en mi cerebro los más absurdos cuentos, si se han separado del vulgar orden de cosas que nos rodea desde la cuna al sepulcro.

Aquella mujer, presentada no sé cómo en mi camino, y, no bien hallada, desaparecida tal vez para siempre; mujer cuya historia desconocía, cuyo corazón acaso estaba anegado en llanto de imposibles amores, cuyo nombre no sabía, cuyo destino ignoraba, se habia quedado como fotografiada en mi memoria. Parecíame que conservaba un recuerdo anterior de aquel peregrino rostro, y sin embargo, era casi seguro que nunca lo había visto; no me había hablado, y yo tenía como reminiscencias de su voz; no había logrado fijarme en las líneas características de su semblante, y no obstante creía haber penetrado en lo íntimo de su conciencia y de su alma.

Púseme á pensar después si todo ello sería pasajera ilusión de mis sentidos, y hasta me creí soñando ó presa de alguna fatigosa pesadilla; pero el frío soplo del viento de la tarde azotó mi rostro, y adquirí la perfecta convicción y conocimiento distinto de mi sér y de la realidad exterior.

Pensé entonces en algunos cuentos de Hoffmann y Anderssen, y comencé á atribuir á aquella dulce joven sobrehumanos recursos, sospechando que pudiera ser una muerta que abandonaba su tumba, por divino mandato, para inspirarme un amor desesperado.

Asaltado por esta creencia, imaginábame que la veía marchar delante de mí, rápida como exhalación, airosa y gallarda como la blanca figura de Elvira en el *Estudiante* de Espronceda.

Veíala llegar á la verja del cementerio y atravesarla con seguro paso, sin que fueran un obstáculo las gruesas barras de bronce que la formaban; creía verla cruzando oscuras alamedas de enanos sauces,

© Biblioteca Nacional de España

marchando siempre con furtivo paso, pero notándose en sus movimientos cierta rigidez cadavérica, y que, por último, se aproximaba á una tumba, reclinábase sobre la fría losa y se sumergía en ella, como sombra, á través de granítica piedra.

En uno de estos instantes, y dentro del muro que cerca la mansión del olvido, oí de pronto una voz fuerte y varonil que entonaba esta cancion tristemente:

«Vén acá, sepulturero,
y levántame esta losa
de la niña de ojos negros.»
. . . . . .

Mis sospechas convirtiéronse en convicción, y, desde aquel momento me creí *enamorado de una muerta*.

III.

Apresuré el paso y me dirigí resueltamente al comercio en cuya puerta, una hora antes, había tenido tan extraño encuentro.

Un muchacho como de quince años hallábase cruzado de brazos detrás del lujoso mostrador; al verme entrar, obedeciendo á la eterna táctica, y sin notar lo descompuesto de mi semblante, dirigióseme amablemente con la sabida pregunta:

—¿Qué desea V., caballero?

Hícele lo mejor que pude mi respuesta, que era á la vez interrogación, exigiéndole nombre y señas de una mujer, casi una niña, que había estado allí no hacía una hora, á lo que el dependiente se encogió de hombros con frialdad, como queriendo decir: ¡Son tantas las que han venido!

© Biblioteca Nacional de España

— Bien—le dije; sus señas son..... yo no sé precisamente sus señas; pero es una mujer de arrogantes formas y rostro de angel, extremadamente hermosa y de ojos profundamente negros.

—¡Ah—bostezó mi interlocutor—debe ser la lindísima María..... Hace días estaba enferma y no he vuelto á saber..... Dicen que la consumía ignorada dolencia moral..... Yo no la he visto si ha estado aquí hoy, pero vive.....

No deseaba más; lancéme de allí, rápido como hoja que lleva un torbellino, y casa por casa aporreé la puerta de cuantas había en la calle que me indicaron; pero ninguna persona me daba razón del misterioso personaje: sólo una anciana, después de oir mis atropelladas preguntas y dudosas señas, exclamó:

—Aquí murió..... ¡Pobre María!

De nuevo emprendí camino á la ventura, más preocupado cada vez, causándome extraña turbación, si he de confesarlo, tantas coincidencias que encerraban para mí algo misterioso y desconocido.

Indudablemente aquella mujer me había dicho algo que yo no entendí, por efecto de mi conmoción extradinaria; yo también habia dirigido algunas palabras á la hermosa desconocida, palabras que no hicieron mover mis labios, pero que vibraron en el interior de mi sér.

Por otra parte, yo sentía las zozobras del que espera ó es esperado: no sé si la impresión que experimenté al ver á la doncella era debida al recuerdo de haberla visto antes, ó si indicaba que la vería otra vez.

¡Quién sabe ¡ah! quién sabe, de los infinitos seres que indiferentemente vemos cruzar á nuestro lado, quién sabe cuál mañana podrá influir de manera poderosa en nuestro destino! Regularmente, la mujer que amamos nació no muy léjos de nosotros, pasó después mil veces por nuestro lado sin ser vista y sin

© Biblioteca Nacional de España

vernos, y al fin realizóse lo que no debía ser antes ni después.

. . . . . .

Tristemente caía la tarde: las tardes de noviembre son tristes y melancólicas como los recuerdos que despiertan en el alma. Algunas luces, oscilando á distancia, indicáronme que ya se acercaba la noche. Maquinalmente había vuelto sobre mis anteriores pasos en el angosto camino del cementerio: sacóme de mi abstracción un ruido como de pisadas á lo léjos, y una voz, velada por una tristeza infinita, me dejó oir este cantar:

«Mira si te quiero bien,
que el cielo me dió permiso
para que te fuera á ver.»

Febril y trémulo abrí la pesada verja, que sonó como si fuese un gemido, penetré en aquel recinto, alcé la cara, y un profundo terror se apoderó de mis miembros..... Delante de mí se elevaba un sencillo sepulcro, el mismo en que antes vi sepultarse la hermosa y fugitiva imagen, y al rededor los enanos sauces de la larga alameda..... y allí, en la modesta tumba, blanca como la candidez de un alma, sombría al mismo tiempo como el interior de una conciencia culpable, alumbrado por dos faroles negros, y destacándose en letras de pálidos colores, este nombre sobre la extensa lápida. ¡MARÍA!

IV.

Han pasado algunos años, y aun está indeleblemente grabado en mi memoria el recuerdo de aquella tarde. Las almas de los muertos ¿visitan á los

© Biblioteca Nacional de España

vivos que amaron sobre la tierra? Las almas viudas, las que nunca en vida acercaron á sus labios la copa de la felicidad y no extinguieron su sed de amor; las que una vez vieron sin hablarle, ó no hallaron nunca en el tumulto humano, al adorado, al soñado sér para ellas nacido, ¿bajarán á confundirse con los espíritus que las hubieran completado? El mundo sensible, ¿no será á las veces mísero esclavo, con sus infinitos contrastes, coincidencias y formas, de esa fuerza invisible é inmaterial que lo mueve? ¿Dónde acaba la realidad? ¿Dónde empiezan las alucinaciones y los sueños? No lo sé, pero siento en mí la inquietud inexplicable del que espera ó es esperado. Vagamente zumban en mis oídos palabras misteriosas de un divino lenguaje, que entiendo tal vez y no puedo descifrar, y frecuentemente bajan y tiemblan en mis labios frases adivinadas, pero nunca aprendidas..... ¡¡Ah, sí; no ha sido un sueño! Aquella mujer me dijo algo que áun no me es dado penetrar, y yo le contesté algo, cuyo sentido ignoro; pero una voz me dice interiormente: «Espera.»

¿Quién sabe á qué mundo pertenecía aquella mujer misteriosa?

¡Quién sabe si nos habremos dado cita para la eternidad!.....

1874.

© Biblioteca Nacional de España

D. FRANCISCO ESCUDERO Y PEROSSO.

Dedicado á la Sra. Doña Luisa Perosso.

I.

Trascurría el mes de julio de 1871. De vuelta de Madrid, á donde me llevaran malhadados sucesos y juveniles ilusiones, encontrábame en Sevilla, tan rico de sueños, como pobre de realidades. Una sola idea me agitaba, una constante ambición me consumía: aun temblaban en mi mente las deslumbradoras y terribles imágenes que asaltaron mi imaginación á la vista del Mediterráneo, en la poética Valencia. Escritas de un modo imperfecto permanecían entre mis olvidados papeles, como grabadas de perfecta manera permanecen todavía en el fondo de mi alma.

Un nombre ilustre llegó por entonces á mis oidos. Educado yo en el más absoluto aislamiento y amante de la soledad, no sé si por inclinación ó por orgu-

© Biblioteca Nacional de España

llo, nunca habia tratado á aquel hombre extraordinario, por cuyas venas corría sangre que tambien hinchaba mis venas. Su nombre llegaba á mis oidos, como envuelto en una atmósfera de gloria, llegaba á mis oídos con la triple aureola del tribuno, del poeta y del pensador.

Le oculté mi nombre y le pedí por escrito su opinión sobre una de mis primeras poesías (1). Aun conservo, siempre la conservaré, su bondadosa respuesta, mudo testigo de una de las más inefables satisfacciones de mi vida : su tono es afectuoso, su crítica, indulgente; su vaticinio, tan lisonjero como irrealizable : «¿Quiere un consejo, mi desconocido amigo? —concluía.— Pues bien ; quien siente con tanto vigor y escribe con tanta lozanía, no debe cantar la naturaleza, sino el espíritu. Son muy bellos el mar, el cielo, las flores; pero son más hermosas la conciencia humana, la razón, la ciencia, la libertad. Quintana mismo, cantando el mar, es muy inferior á Quintana cantando la imprenta; porque el cerebro de Guttenberg vale más que el Océano.»

Quiso luego conocerme, y supo mi nombre : quiso conocerme, como busca en el espacio el sol al oscuro planeta que desde lejos ilumina.

¿Cómo olvidar aquella tarde en que estreché su mano por vez primera? ¿Cómo explicar la honda turbación de que me hallé poseido al medir la distancia que existía entre su talento y mi rudeza, su sabiduría y mi ignorancia, sus nunca bien premiados méritos y mi justa oscuridad?

Grabadas tengo en el santuario de mi alma las inolvidables palabras que oí vibrar en los más elocuentes labios, que dictó el más generoso de los corazones.

---

(1) Oda al mar. Hállase en las colecciones del autor, tituladas *Presentimientos* é *Indecisiones*.

© Biblioteca Nacional de España

¡Amigo, hermano! ¡Quién me dijera entonces que me estaba reservado ver apagada aquella frente, trono de soberanas ideas; inmóviles aquellos labios, todo benevolencia y amor; helado aquel corazón, fuente inagotable de nobilísimos sentimientos!

II.

Era de frente espaciosa, de expresiva mirada, que recogía en una viva y rápida percepción. Sus cabellos rubios empezaban á blanquear, cual si tratasen de cubrir con prematura nieve el fuego devastador que consumía su cerebro; su rizada barba contribuía á prestar á su semblante un aspecto majestuoso, lleno de franqueza, exuberante de vida intelectual. Todo en él revelaba á primera vista al hombre de génio y de bien puesto corazón.

Su sér moral y su aspecto se armonizaban completamente. Diríase que en él habia reencarnado el alma de Abel.

Como escritor correcto, como pensador insigne, como alentado carácter, como fogoso orador, reunía en un solo hombre la austeridad de Krause, la grandeza de Quintana, la elocuencia de Mirabeau y la pluma de Cervantes.

Buen hijo, buen esposo, ilustre ciudadano, en Grecia hubiera sido Temístocles; en Roma, Numa.

Estos nombres, reunidos, pueden formar su nombre.

Tal era el que en esta vida se llamó Francisco Escudero y Perosso.

© Biblioteca Nacional de España

III.

Describiré tres momentos de su existencia, tan ligados á mi propósito, que contribuyen á manifestarlo.

Una noche, en el Casino Democrático de Sevilla, escuché al orador por vez primera. En mis oidos palpitaban aún los acentos de Olózaga y Moret, los rasgos hábiles de Figueras, los enérgicos apóstrofes de Rios Rosas, los magníficos períodos de Castelar.

Un inmenso y abigarrado gentío, en el que descollaban los hombres más notables de la tercera capital de España, aguardaba la presencia del orador, con ese rumor dudoso, pero imponente, que nos recuerda el mar.

De improviso el orador apareció en la tribuna: empezó á hablar; su voz era reposada y grave, llena y varonil.

Á su acento, como brotan, pasan y huyen en tropel las indescriptibles imágenes de un sueño, brotaban y sucedíanse las ideas, engalanadas con la forma de una palabra sobria y poética, natural y profunda.

Era aquello el cumplido emplazamiento de cuanto ha sido, la exposición sencilla y breve de cuanto es, el feliz presentimiento de cuanto será. Las injusticias del pasado, los errores del presente, las esperanzas venturosas del porvenir, dóciles á su iniciativa poderosa, reproducíanse con vigorosa fuerza y vivo y propio colorido ante los ojos del trasportado auditorio, tomando vida y forma exuberante y rica, en el ademán, en la fantasía y en el verbo del orador. Tratábase del hombre y hacíale comparecer agobiado, más que al peso de insoportables trabajos, al estallante látigo de la esclavitud tendido sobre sus espaldas,

© Biblioteca Nacional de España

mientras sube lentamente el nivel de las pirámides de los Faraones; más cerca, y dividido en castas, empujado por el brazo de una fatalidad religiosa, cayendo al enemigo acero, heroicamente, pero en oscurecedor olvido, ya en las falanges helenas, ya en las romanas decurias, de las que salieron, ora el soldado egregio que, obtenido el triunfo de Marathón sobre los persas, lleva á los magistrados atenienses, al mismo tiempo que su postrer suspiro, el anuncio de la victoria, ora el heroico liberto, escalando á la vista de los bárbaros la escarpada roca, asiento del Capitolio, para infundir en el decaido Senado el inmortal espíritu romano que sustenta en el campo el decidido ardeota. Más cerca aún, el mismo hombre, convertido en siervo de mesnada, dócil á los feroces caprichos de su señor feudal, ya cediéndole las sagradas primicias de sus amores, ya sirviendo de espanto ó mofa colgado como rebelde de una negruzca almena. Y hoy, á nuestro lado, dividido en no bien deslindadas clases, en orden ficticio, debajo del cual rugen sordamente los más pavorosos problemas sociales, mientras en torno resuenan extraños ruidos de la imprenta multiplicando la luz intelectual, de la locomotora salvando distancias, del globo separándose de la tierra, algo apagados todavía por el fragor del cañon y los tormentosos gritos de la discordia y de la guerra. Tras de estos tremendos cuadros descorríase el velo del porvenir, en que nuevos pueblos, borradas las fronteras, comprendíanse, comunicábanse y realizaban una obra común de amor, paz y ventura, al no interrumpido rumor de los talleres, del trabajo ennoblecedor, de la fecunda idea.

¡Ah, que no se presumían entonces los desórdenes de la licencia, el despotismo de la democracia, las dictaduras de la libertad, ni la brutal imposición de los apetitos desencadenados! Pero un como presentimiento revelábase en mí, que me hacía prorumpir

© Biblioteca Nacional de España

en estas palabras: ¡Hé ahí un gran hombre que piensa con el corazón y siente con la cabeza!

Mas elevábase en torno mio, ensordecedor, el ruido de los entusiastas aplausos, imponentes como de absorta y maravillada muchedumbre.

Y era muy justo, sí. En aquellos momentos de suprema inspiración, en que su voz resonaba como el trueno y deslumbraba como el rayo; en que sus ojos se oscurecían ó se reanimaban, como nublado sol que rompe densos celajes; en que la multitud, apiñada á su al rededor, seguía el vuelo de su palabra, como el tardo peregrino sigue con la vista el rápido vuelo del ave, algo divino se agitaba en su oceánico cerebro; destellos de cielo bullían sin duda en su frente, porque nada hay tan grande como el poder de la palabra: una produjo el universo, las inmensidades y los seres, es decir, el movimiento, la vida en esos astros, que son piedras miliarias del infinito; una arrastró consigo la caída del hombre, otra lo libertó para siempre. Ella es luz, forma, espacio, tiempo, idea, vida y muerte, bien y mal. Crea á Jesús y redime el espíritu; produce á Guttenberg y redime la inteligencia; forma á Colón y redime el planeta; hunde imperios, levanta naciones y, partiendo de lo desconocido hacia un progreso ilimitado, es el hilo invisible que reune y hace converger en un hombre las infinitas aspiraciones del espíritu humano.

IV.

No valía menos que el orador el poeta.

Filósofo por sentimiento, tanto ó más que por convicción de determinada doctrina, sólo admitía en literatura y en las artes, en general, aquello que tu-

© Biblioteca Nacional de España

viese por exclusivo objeto la perfección del espíritu y el mejoramiento de la humanidad.

Analicemos sus poesías y encontrarémos donde quiera pruebas irrecusables de esta aseveración. Pero para conocerlas deberá el lector trasladarse conmigo á una fecha pasada.

Era una fría tarde de invierno. El sol, perseguido de espesas nubes, pálido y triste, se hundía en Occidente. En lo solemne de esta hora el hombre siente que algo se sepulta para siempre en su alma, porque algo renace en nosotros al nacer un sol y algo muere también en nuestro espíritu cuando un sol muere.

Sentados, uno enfrente de otro, contemplábamos en silencio aquel último adiós de un triste dia, parecido á la despedida de un moribundo, mientras un viento fuerte y ronco apiñaba las nubes sobre nuestra cabeza y estrellaba á intervalos con violencia, en los opacos vidrios de las ventanas, gruesas gotas de espesa lluvia.

Yo callaba poseido de un profundo respeto cuando callaba él. Sólo algunas veces traducía en frases mis ideas, arrebatado por su palabra de fuego, porque aquella alma gigante tenía el privilegio de engrandecer la mia.

En breve, cerrándose la tarde, cárdenos relámpagos se sucedieron, nuncios del rayo, imagen fiel del pensamiento de algunos hombres, que alumbra y mata. Hacía tiempo que una profunda tristeza devoraba su salud, tristeza que en vano trataban de disipar su familia y amigos. En su semblante se notaba disgusto de la vida, porque su alma había sufrido grandes martirios morales, inestimable precio á que se adquiere la perfección del espíritu. De repente, su mirada se fijó en la mia, y por decirlo así, nos adivinamos. «¿Has leído—me preguntó—un capítulo de Víctor Hugo, titulado *Una tempestad bajo un crá-*

© Biblioteca Nacional de España

neo. Algo más hubiera escrito el autor de *Los miserables* á haber leído en el fondo de mi cerebro. El mundo—añadió—no podría existir bajo la influencia de un eterno otoño. El hombre es noche sombría sin el amor de la infancia, aurora que nos rodea, y sin la mujer, hermosa primavera que va alfombrando de flores nuestro camino. Yo amé inútilmente. ¿Qué espero ya cuando una tumba encierra toda mi historia hasta el último ocaso?»

Un sordo trueno retumbó como eco de estas tristes palabras, comprimido dolor que rompía con un ¡ay! el frágil vaso de aquel extraordinario organismo.

Luego levantóse como movido de un resorte, volviendo en breve con un manuscrito cuidadosamente conservado. ¡Quién diría que un año más tarde aquel manuscrito llegaría á mi poder desde las manos de su madre desolada!

«Conocerás mi historia» — dijo.

Hoy, que con más detenimiento puedo admirar sus inspirados versos, comprendo harto bien cuanta verdad encerraban sus palabras. «Son mi alma escrita» —dice con una de esas grandes frases en él peculiares. ¡Ah, sí; son su alma misma! ¡Desde que ha muerto puedo decir que su espíritu está conmigo!

Á medida que con fácil entonación recitaba magníficos versos, fieles imágenes, sublimes estrofas, fuera la tempestad arreciaba; podía decirse que eran dos tempestades que se remedaban, que se respondían, y es que las grandes pasiones del hombre tienen alguna semejanza con lo incontrastable de los elementos; y él continuaba siempre leyendo, y la tormenta desde fuera continuaba siempre resonando, y era de ver á aquel genio completamente desprendido de cuanto de humano le rodeaba, de quien pudiera decirse en tal instante: ¡Hé ahí un poeta que lee sus versos á la luz del rayo, y los recita con el acento de la tempestad!

© Biblioteca Nacional de España

Y así escuché su poesía *El siglo* XVI, abierto á la humanidad por el génio de los mares, y cerrado más tarde con la última carcajada de Cervantes; y su soneto *Á Polonia*, que es un ¡ay! de muerte por Europa entera; su hermoso apólogo *El águila*, donde traza la historia del mundo con colores de Ticiano, y su profecía *Á Inglaterra*, cuya futura decadencia canta, como los profetas hebreos la caída de Jerusalen; su fantasía *La mujer*, poema digno de la pluma de oro de un Lope de Vega, y la improvisación *Al Faro de Chipiona*, noble saludo hecho en nombre de la humanidad ante uno de esos altares del Océano, cuyos piés besa el mar entonando melancólicos cantares.

Pero sobre todas, sus poesías *Á una nube* y la dirigida *A M**..... ¡qué inspiración, qué imágenes, qué lenguaje ostentan!

A la lectura de la primera contémplase al espíritu ya libre, que abandona la tierra, ó al angel que se torna al cielo, cubierto el rostro para no ver las miserias de la humanidad; el poeta ve en ella el sueño de un alma, la inspiración de un génio, la sonrisa primera de una mujer amada, el dolor último de un corazón, ventura que se aleja, bien que se pierde, eco de un suspiro, una lágrima, en fin, congelada en las regiones serenas..... ¡No puede verse más en una nube!

En la segunda hace la historia de su corazón. ¿Qué se puede decir de ella? Es la historia del corazón humano, sentida por un pecho de fuego y expresada por una inteligencia superior.

Sueña con un hijo que ama, aun antes de existir, y lo describe con estas sublimes pinceladas:

« Ya le contemplo en mi mente.....
¿Le ves, Matilde, le ves?
Se sonrie dulcemente.....
Mira qué boca, qué frente,
¡Qué hermoso, qué hermoso es!»
. . . . . .

© Biblioteca Nacional de España

Sus poesías no son ciertamente perecederas, que no puede morir lo que engrandece al hombre. Si quereis compararlas acertadamente, no leais *El intermezo*, de Heine; ni los *Lieds*, de Göethe ó Schiller; sus poesías no se alimentan del pasado, como las del insigne Zorrilla, ni van á la ventura, como las del malogrado Espronceda. Leed, sí, la *Leyenda de los siglos* de Víctor Hugo, las odas de Quintana y las modernas inspiraciones de Lopez García y Monroy.

Hay poesía en una flor y hay poesía en el huracán que la deshoja. Existe un límite entre lo bello que distrae el espíritu y lo bello que lo eleva; de lo que describe, á lo que observa y enseña; aquello hiere la fantasía, esto el corazón de las modernas generaciones.

El alba es bella en las llanuras, grande y majestuosa en las montañas.

V.

Desde hace un año su salud empezó á decaer para siempre, acometido de una terrible enfermedad, que poco á poco iba minando su existencia, ésta ha sido, desde entonces, un prolongado suspiro.

El 21 del pasado junio sus más leales amigos le esperábamos en la estación del ferro-carril de Córdoba á Sevilla, de vuelta de Madrid, á donde lo arrastrara quince dias antes el afán de recuperar la salud perdida. Yo sabía su estado: en una carta, escrita con resignado espíritu, me anunciaba su próxima muerte.

El tren aquel día depositó en nuestros brazos un cadáver: pálido, macilento y débil; extraviados los ojos por el justo espanto que la muerte inspira, aquél era un cuerpo reclamado por la tierra.

© Biblioteca Nacional de España

Yo recogí sus primeras palabras, mia fué su postrera despedida: «¡Estoy mejor..... ya falta menos!»

Otras fueron sus últimas frases, que están resonando en mis oídos.

¡Ah! Yo vi también la triste mirada que fijó en su infortunada madre al encontrarse en su presencia. Mirada indescriptible que encerraba un poema de dolor, largas horas de duda y sufrimiento; como la del náufrago moribundo que halla al fin tierra firme donde exhalar en calma el último suspiro; como la de Moisés, sin duda, espirando á la vista de la tierra prometida; mirada llena de doloroso consuelo, de sentimientos inexplicables, que parecía querer decir: «¡Al fin, madre mia, vengo á morir en tus brazos!»

¡Ah, pobre madre! Ella comprendió en aquel momento el suplicio de María viendo á su hijo espirar en el sagrado madero. Las lágrimas que cayeron de sus ojos también rodaron por un desierto Calvario. ¡También demandó piedad al Eterno para su dolor, aire regenerador á la atmósfera, vivificante calor á la luz..... y también el aire, la luz, y la naturaleza y Dios escucharon indiferentes sus plegarias!

¿Por qué esta ley inexorable que llamamos muerte? ¿Por qué somos lanzados al tránsito de amargura de la vida, si hemos de exhalar el último gemido en el Gólgota del sufrimiento, si apenas nacemos ya debemos ocuparnos en remover la tierra que nos ha de cubrir?

. . . . . .

Poco á poco el enfermo se helaba; sólo su frente, tibia, conservaba algo del calor de aquella inteligencia sublime. En breve dejaba de existir, y en aquel momento una feliz sonrisa parecía vagar en sus cárdenos labios.

Yo lo vi en tan amargo instante; mis cabellos se

© Biblioteca Nacional de España

erizaron, sentí frio mortal, y por vez primera en mi vida conocí que algo sagrado me rodeaba. Dudé un punto. Lo creí dormido; me parecía que aquel hombre no podía morir, y ¡ay! estaba muerto. Sus labios enmudecieron para siempre, y se extinguió en su pecho el último latido como la vibración de un reloj que una mano detiene.

. . . . . .

Así dejó de existir, á la una y media de la tarde, el 25 de junio de 1874. Habia nacido en Sevilla el 5 de febrero de 1828.

VI.

Al dejar sus despojos en la funeraria fosa, parecióme que España entera lloraba junto á su sepultura; que lloraba al ilustre patricio, al gran tribuno, al inspirado poeta. ¡Ah! ¡Mis lágrimas cayeron por el generoso protector, por el noble amigo, por el hermano del alma!

¡Sí, hermano mio! No temas, no, que olvide tus últimas palabras. Ellas son el faro que me guía en estos revueltos mares; inspírame la nobleza de tus sentimientos, las bondades de tu corazón. ¡Toda felicidad está dentro del sér humano, y en vano el hombre la busca acá y allá desatentado y loco!

¡Tú no podías vivir! Alma sublime, lanzada á un mundo mezquino y degradado, antes aun debiste romper tus ligaduras y volar á otra patria mejor.

Y si de este mundo, envuelto siempre en sombras de imperfecciones y errores, que divide, y no por igual, su admiración y sus dones entre el mérito y la audacia, la virtud y el vicio, la dignidad prudente y la adulación bullidora, el sacerdocio del talento y

© Biblioteca Nacional de España

la superficialidad insinuante, no obtuviste el éxito fanático ni la ruidosa fortuna, ¿qué importa? A despecho de todo, tu saber fué cierto, tu génio innegable, ejemplares tus virtudes de ciudadano, y estas altas cualidades sustentarán con firmeza tu ilustre nombre y tu memoria honrada.

Sevilla, 1874.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CERVANTES Y SUS OBRAS [1].

Al Excmo. Sr. D. José Julian Acosta.

Importa empero un ardite
que á *Cervantes* felicite
el apego quijotil
hoy, á los tantos de Abril,
ó en los meses dichos ya.
Fiesta es que al mérito paga;
cuandoquiera que se faga,
bien está.

Epístola de Don Quijote en rancio, raro é desigual lenguaje, al meritísimo público matritense, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

I.

Señoras y Señores:

Tienen las obras singulares del ingenio el privilegio raro de mover nuestra curiosidad, ya que no fuere nuestro cariño, hacia el conocimiento de los

(1) Discurso premiado en el certamen literario celebrado en San Juan de Puerto-Rico el 9 de Octubre de 1880, y leído por su autor en el teatro de dicha ciudad.

© Biblioteca Nacional de España

hombres que las han producido, y así como en nublados días el solo efecto de la luz nos asegura y avisa de la presencia del sol, y nos recuerda su no superada belleza, á la sola lectura del *Quijote*, luz de las letras españolas, se despierta en nosotros la memoria del manco de Lepanto, del aclamado *Príncibe de los Ingenios*, de MIGUEL DE CERVANTES, en fin, aunque de él nos separe la muerte, en cuyo frío seno, y lo que es peor, en ignorada sepultura, duerme ya há más de dos siglos.

En vano hoy nosotros, remota posteridad de escritor tan desgraciado como ilustre, removemos con afán la tierra en que yacen nuestros antepasados, ganosos de hallar aquellos queridos despojos; pero no en vano, al honrar al que nos honró tanto, hemos seguido las huellas de su feliz nacimiento, de su ingrata existencia, de sus admirables obras, y como no hay corazón español á quien uno y otras no interesen y conmuevan, intentaré en este orden recordarlos.

Seré breve en la primera parte de mi tarea. Nació MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA en Alcalá de Henares, la romana *Complutu*, el año de 1547, siendo bautizado en la iglesia de Santa María el 9 de octubre, y aunque se ignora el día de su nacimiento, segun la más que verosímil conjetura del sabio Hartzenbusch, recientemente arrebatado á las letras por la implacable muerte, debió ser el 29 de setiembre, dado que era entonces general costumbre cristianar á los niños con el nombre del santo que presidia á su nacimiento.

Aunque hoy no queda lugar á dudas acerca de esta noticia, hace ocho años fué objeto de controversia, y en conciencia conviene decir que un hombre no escaso de erudición y tal vez sin que lo impulsara otro móvil que su admiración á CERVANTES, propaló en la referida época los más absurdos errores, desva-

© Biblioteca Nacional de España

necidos, con gran copia de datos irrecusables, por el modesto cuanto ilustre cervantista sevillano señor don José María Asensio, en cuya autoridad y saber he de apoyarme con frecuencia.

Fué propagador, porque no inventor, de aquellos errores, D. Nicolas Diaz de Benjumea, y se titulan sus artículos y folletos, respectivamente, *Comentarios filosóficos del Quijote* (*La América*, 1859), *La estafeta de Urganda* (1861) y *El correo de Alquife* (1866).

En estos trabajos el Sr. Benjumea trata de probar, extraviando la opinión, que el autor del *Quijote* pudo ser otro Miguel de Cervantes, hijo de Blas Cervantes y Catalina Lopez, bautizado en la parroquial de Alcázar de San Juan el 9 de Noviembre de 1558; atribuye al inmortal autor de *Galatea* el bajo pensamiento de zaherir constantemente en sus obras al Dr. Juan Blanco de Paz, tambien cautivo en Argel y traidor y Judas de sus compañeros de cautiverio, y afirma, por último, que en *El Ingenioso Hidalgo*, á manera de oculto sentido, CERVANTES combate algunas instituciones de su tiempo, señaladamente el Tribunal de la Inquisición.

¡Ah, cuánto error, señores! Pues qué, ¿es posible que el Cervantes natural de Alcazar, á la edad de 13 años, como exclama con harta razón el señor Asensio, defendiese, al frente de doce soldados, el sitio del esquife en la galera *Marquesa* de Juan Andrea Doria, el dia de la famosa batalla de Lepanto? Pues qué, este homónimo del verdadero CERVANTES, ¿no tenía de segundo apellido el de Lopez y no el de *Saavedra*, que figuró desde un principio en los escritos de nuestro MIGUEL? ¿Se concibe que éste, que usó de tanta generosidad con Lope de Vega y con el mismo ignorante y envidioso Fray Luis de Aliaga, el Avellaneda de la contrahecha segunda parte del *Ingenioso manchego*, conservase rencor á

© Biblioteca Nacional de España

un sér tan insignificante como Juan Blanco de Paz, el delator de los cautivos valerosos de Argel? ¿Y es más creible, quizás, que CERVANTES, católico al modo de su tiempo, ridiculizase al Santo oficio? Los que conozcan *La Inquisición sin máscara*, del doctor D. Antonio Puigblanch, adivinarán cuál es la fuente de tales errores, que, por otra parte, son de tal bulto que no necesitan respuesta.

Del CERVANTES de Alcalá, del camarero en Roma del cardenal Julio Aquaviva, del soldado herido en Lepanto, del cautivo en Argel, del infortunado y noble protegido del Conde de Lemos, del glorioso autor de *Numancia*, *La Entretenida*, *Los baños de Argel*, *La carcel de Sevilla*, *El vizcaino fingido*, *Galatea*, *La española inglesa*, *Rinconete y Cortadillo*, *El viaje del Parnaso*, *Pérsiles y Segismunda*, y otras cien y otras cien discretas comedias y admirables novelas; del egregio y *jamás como se debe alabado* creador de la más egregia epopeya española, del libro más singular que ha podido producir el entendimiento humano, va á ocuparse, distrayendo vuestra atención, la más humilde pluma, y va á hacer elogio la voz más desautorizada y modesta.

II.

Aunque las comedias de CERVANTES y sus numerosos entremeses fueron escritos, representados ó publicados en época, ya anterior, ya posterior á la aparición de las novelas ejemplares, así llamadas porque encierran elocuentes ejemplos y enseñanzas de la vida, para dar orden y unidad al presente trabajo, forzoso es agrupar aquéllas en esta parte de mi discurso.

© Biblioteca Nacional de España

Muy contraria es la opinión mia de la común y general acerca de las comedias de CERVANTES, pues hay crítico que asegura que no merecen conocerse. Ya el mismo autor, en el erudito prólogo que antepuso á la edición de sus obras dramáticas, dice que un escritor de título (tal vez Lope de Vega) había asegurado á su librero *que de su prosa* (de CERVANTES) *se podía esperar mucho, pero que del verso nada.* Preciso es confesar que hay algo de violencia y flojedad en sus composiciones poéticas, y que, efectivamente, en su inimitable prosa es donde vuela, libre de toda traba, su brillante invención, y corre fácil y armonioso su purísimo y gallardo estilo.

Pero de esto á que sus comedias no deban ser conocidas, media exageración notoria. Porque en verdad pregunto: ¿qué constituía el teatro español antes de que el autor de *La batalla naval* escribiese sus numerosas comedias, de las cuales muy pocas han llegado hasta nosotros? Oigamos al mismo CERVANTES: «*Las comedias eran unos coloquios como églogas entre dos ó tres pastores y alguna pastora. Aderezábanlas y dilatábanlas con dos ó tres entremeses, ya de negra, ya de rufian, ya de bobo y ya de vizcaíno.*»

Las obras de teatro, cuya representacion pudo ver CERVANTES, fueron, sin duda, los *Pasos*, de Lope de Rueda, comedias como la *Eufemia*, ó tal vez las tragedias de Mal-Lara y del también sevillano Juan de la Cueva de Garoza, estrenadas—de las del último se sabe positivamente—en el célebre *Corral de Doña Elvira*, de Sevilla, donde es probable que asimismo hiciera sus farsas el insigne *bate-hojas*.

Ésta, y no otra, pudo ser la escuela del autor de *La Confusa*, y con asegurarnos su pluma de que él acertó á reducir las comedias á tres jornadas, de cinco que tenían, y á introducir en ellas mayores enredos y superior movimiento escénico, queda justificado el

© Biblioteca Nacional de España

aprecio que debemos profesar á sus obras de esta clase.

Son muchas las comedias suyas que, por la incuria de los tiempos, se han perdido, y de ellas, *La Confusa*, ya citada, era la mejor de todas, en sentir de CERVANTES. Por las que hemos llegado á conocer merece su autor cumplido respeto y justa alabanza. ¿No es acaso á ellos acreedora la *Numancia*, aunque sus partes no guarden la debida proporción y unidad, y puedan considerarse como aislados cuadros de aquel hecho memorable? ¿No los merece *Los baños de Argel*, comedia algo más que buena, rica de animación y colorido? ¿No podemos decir otro tanto de *El gallardo español*, y sobre todo, de su original y preciosa *Comedia entretenida?* ¿Por ventura nos hemos olvidado de las vivas, si bien algo libres figuras de sus entremeses, que rebosan de donaire y pintan de mano maestra las costumbres, dichos y agudezas de los coimes, soldados truhanes de los tercios de Italia, hermosuras de la *Casa-llana*, airados ó chuscos rufianes y demás perdida comparsa de las barbacanas de Sevilla y del Zocodover de Toledo?

Recordemos algo de las citadas obras, y hallarémos escenas notables, bien retratados afectos, rasgos felicísimos de su inagotable ingenio.

De mí sé decir, señores, que me encanta la lectura de la escena tercera, en la jornada segunda de *Los baños de Argel*, por las encontradas pasiones de *Alima*, *Zara*, *Don Fernando* y *Constanza*, y la verdad y frescura del diálogo; pero vamos á pruebas.

Hablando de la crueldad de los berberiscos, en la mencionada comedia, y del poco crédito que daban aun á las dolencias de los cristianos cautivos, exclama Vivanco:

> «Con vuestra incredulidad
> la muerte es testigo cierto;
> más creeis á un hombre muerto
> que al vivo de más verdad.»

© Biblioteca Nacional de España

En la jornada primera, el renegado Hazen, vuelto á la fe de sus mayores, y próximo al suplicio, tiene este sublime rasgo :

«¡Buen Dios, perdona el exceso
de haber faltado en la fe ;
pues al cerrar del proceso,
si en público te negué,
en público te confieso!»

El Conde de Alcaudete, en *El gallardo español*, hablando del enemigo, dice :

«..... allí acudirá primero
el enemigo ligero.
Mas que venzais no lo dudo,
que el cobarde está desnudo
aunque se vista de acero.»

Y Vozmediano, en la misma comedia,

«.....en los grados de alabanza,
aunque pervierta la usanza
el adulador liviano,
no alcanza un gran cortesano
lo que un buen soldado alcanza.»

Y oigamos estos otros versos :

«*Alima.*

»Ese amigo por quien lloras
y en quien pones tus tesoros,
las vidas quita á los moros
y las almas á las moras.»

¿Cabe una forma, una manera más poética de alabar el valor y la gallardía de un hombre, alabándolos una mujer enamorada?

Mas en ninguna comedia despliega tanto CERVANTES sus raras condiciones dramáticas como en la *En-*

© Biblioteca Nacional de España

tretenida, cuya acción pasa en Toledo, ciudad predilecta de nuestro autor, de la que dice que,

«espada, mujer, membrillo
á toda ley, de Toledo.»

Oigamos este soberbio trozo de versificación:

«*Cardenio* (estudiante que se dice náufrago, delante de la mujer amada).

»No fué huracán el que pudo
desbaratar nuestra flota,
ni torció nuestra derrota
el mar insolente y crudo.
»No fué del tope á la quilla
mi pobre navio abierto,
pues he llegado á tal puerto
y pongo el pié en tal orilla.
»No mis riquezas sorbieron
las aguas que las tragaron,
pues más rico me dejaron
con el bien que en vos me dieron.
»Hoy se aumenta mi riqueza,
pues con nueva vida y sér,
peregrino llego á ver
la imagen de tu belleza.»

Ahora puede buscar la crítica, en las comedias modernas, un trozo de versificacion que supere al citado. No lo hallará.

Hostigado el tímido Cardenio á que declare su pasión á la hermosa Marcela, dice:

«*Torrente.*

»Lugar tienes y ocasión
para rogar y fingir.

Cardenio.

»Yo tengo para morir,
no para hablar, corazón.»

Voy á aventurar una idea: de la *Comedia entretenida*, no obstante que, como he dicho, segun ciertos críticos, ninguna de CERVANTES es digna de ser cono-

© Biblioteca Nacional de España

cida, han nacido algunas felices imitaciones, que no hay nada de nuestro inmortal escritor que no haya dejado provechosa enseñanza.

Veamos, si no:

« *Ocaña*, lacayo.

» Aunque más sentencias hablo
y elevadas fantasías,
se me *trasluce* y *figura*,
conjeturo, *pienso* y *hallo*
que la cuadra y el caballo
han de ser mi sepultura.

Quiñones.

» ¡ Vive el dador de los cielos
que es la fregona bonita !.....
ordena, *manda*, pon, quita..... »

¿ No recuerdan estos versos al monomaniaco de sinónimos, al tio de la célebre *Marcela ó á cuál de los tres*, del ilustre Bretón de los Herreros? ¿ No hacen muy probable la conjetura, el terminar *sin casamiento*, cosa muy original en nuestro teatro antiguo, ambas comedias, y el tener ambos personajes el mismo nombre?

El uso moderno, en monólogos sencillos ó diálogos cortados y breves, del verso menor de ocho sílabas, tiene ya precedente en esta obra de arte : véase en la jornada segunda :

« *Cristina.*

» ¡ Tristes de las mozas
á quien trujo el cielo
por casas ajenas
á servir á dueños ! »

Los siguientes versos acerca del matrimonio,

« *Clavijo.*

» No fué de Gordïano el lazo fuerte
tan duro de romper, como este ñudo,
que sólo se desata con la muerte »,

© Biblioteca Nacional de España

¿no nos recuerdan algun drama moderno, cuya síntesis encierran?

No menor acierto, y como es natural, no menos gracia cómica hállanse esparcidos por sus entremeses. Pondré algunos ejemplos.

La dificultad de construir bien en castellano que encuentran los vascongados, como acostumbrados sólo al aglutinante euskaro, comparable no más á las primitivas lenguas americanas, es fuente para CERVÁNTES de felices ocurrencias cómicas; así como los tipos de ciertas mujeres, que no honran mucho á su sexo, manantial con que juega su traviesa pluma y malicioso estilo.

Lo siguiente, de *El Vizcaíno fingido*, es de lo dicho prueba:

« (Entran Quiñones y Solórzano.)

Quiñones.

»Vizcaíno manos bésame: V. que mándeme.

Solórzano.

»Dice el señor vizcaíno que besa la mano de V., y que le mande.

Cristina.

»Yo beso las de mi señor vizcaíno, y *más adelante.*»

De *Los Dos habladores:*

« *Escribano.*

»Despues de muerto sé yo
que ha de ponerse en lugar
de epitafio: *Aquí murió*
quien muerto no ha de callar
tanto como vivo habló.»

De *La carcel de Sevilla.*

« *Cuatro.*

»Mucha pesadumbre me ha dado la Beltrana, que en mi presencia se arañó la cara.»

© Biblioteca Nacional de España

« *Paisano* (condenado á muerte).

» Crea voacé que ha sentido la mujer en el alma esta pesadumbre que me quiere dar la justicia, pues se arañó *el retablo.* »

La gracia de las últimas palabras será bien comprendida en Andalucía.

En *El Hospital de los podridos*, muchos se pudren por mil cosas, todos se pudren de envidia, y con referencia á los poetas, CERVANTES puso en boca del

« *Secretario.*

» Pues hay en todo el mundo sesos de poetas para henchir media cáscara de avellana, cuanto y más para preparar una melecina? »

El ilustrado é incansable cervantista Sr. D. Adolfo de Castro, en un trabajo suyo que conozco, titulado *Lope de Rueda* y *Cervantes Saavedra* (1) atestigua de un modo evidente que el segundo fué imitador de aquel *varón insigne en la representación y en el entendimiento.* Fuélo, sobre todo, en el chiste de pronunciar mal uno de sus personajes una palabra y corregírsela cualquier otro. Además de los ejemplos aducidos por el Sr. Castro, pueden citarse éstos:

« *Clavijo.*

» Este que viene podria
contaros el caso grave
con más lengua narrativa,
que se halló presente á todo
con gran dolor de su *anima.*

Silvestre.

» *Ánima* querreis decir.....»

(*La Entretenida.*)

« *Panduro.*

» Hay *potra* médicos, haya *potra* alcaldes.

(1) Madrid, 1876.

© Biblioteca Nacional de España

Algarroba.

» *Prota*, señor Panduro.....»

(*Eleccion de los alcaldes.*)

«*Panduro.*

» Como vos no hay *fiscal*.....

Algarroba.

» *Fiscal*, pese á mis males. »

(Del mismo entremes.)

En el *Quijote*, después de la aventura de los arrieros yangüeses, Sancho Panza, aporreado y molido, pide al hidalgo caballero andante dos tragos del bálsamo milagroso de Fierabrás, en los términos siguientes :

« Querria, si fuese posible..... que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del *feo Blas*..... »

Pero..... ¿á qué citar más ?

Admirador fué CERVANTES é imitador inteligente de Lope de Rueda, padre del teatro español, que aquél mejoró después con su discreta y fecunda pluma; y aunque sea cierto que *entró luégo* (en el teatro) *el monstruo de naturaleza*, *el gran Lope de Vega*, *y alzóse con la monarquía cómica*, no lo es menos que este sol de la escena patria tuvo en el autor de *la Entretenida* una aurora esplendente y magnífica.

III.

En el año de 1613 publicó CERVANTES sus novelas ejemplares, poniendo al frente de ellas, que son doce, una discretísima dedicatoria al Conde de Lemos, su protector y Mecenas de siempre, que, por el

© Biblioteca Nacional de España

solo hecho de haberlo sido, obtuvo el privilegio de dilatar por la más remota posteridad su nombre.

No me parece fuera de propósito dejar aquí consignado que tuvo nuestro egregio escritor, además del mencionado Conde de Lemos, otro protector en don Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal Arzobispo de Toledo, aunque, á decir verdad, pobrísima y sobria de mercedes debió de ser su mano para con el manco ilustre, segun lo parco que éste anduvo hacia el último en las dedicatorias de sus libros — y en CERVANTES brillaba la gratitud como la perla finísima en el oro; — pero no muy generosa tampoco me parece la oferente mano del de Lemos, á juzgar por las estrecheces que hasta última hora asediaron al poeta.

En el proemio de las doce novelas de CERVANTES, capaces por sí de conquistarle renombre eterno, y en que dice que quisiera excusarse de escribirlo *porque* —son sus palabras— *no me fué tan bien con el que puse en mi* DON QUIJOTE, *que quedase con gana de segundar con éste*, hace constar que pudo hacer grabar su retrato en la primera hoja de aquel libro; aserto confirmado por la amistad que tuvo con el poeta D. Juan de Jáuregui, y especialmente con el famoso pintor y erudito sevillano D. Francisco Pacheco, á las reuniones del cual asistió cuando se hallaba en Sevilla, juntamente con el divino Herrera y otros célebres ingenios, y en cuya época fué por aquellos retratado.

Más hubiera agradecido la posteridad al autor del *Quijote* el riquísimo obsequio de su retrato, que todas sus dedicatorias al de Lemos; esto ha sido un desesperado imposible de las generaciones siguientes: anduvieron los tiempos, y hoy tenemos, como compensación, el gusto de ver en mil sosos libros los retratos de cien y cien célebres medianías.

Gracias que tuvo nuestro manco el feliz donaire de

© Biblioteca Nacional de España

escribir en el prólogo las siguientes líneas: «*Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no há veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña..... el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de piés.....*», etc.

Sin estas líneas nada sabriamos de la persona de aquel que, aunque tartamudo, no lo fué para decir verdades. Merced á ellas, más que al hallazgo del retrato anónimo de época de Felipe IV, el glorioso cincel del estatuario, el inmortal pincel del pintor, el lápiz inteligente del artista, han logrado devolvernos su imagen, arrebatada á los siglos y á la muerte. ¡Poder maravilloso del génio, eternidad sublime de la idea! En verdad, señores, que esto ennoblece y debe enorgullecer al entendimiento humano.

Pero volvamos al principal objeto. Los propios y bien imaginados cuadros de costumbres de *La gitanilla*, á la que dice CERVANTES:

«..... de hermosa
te pueden dar parabienes;
por lo que de piedra tienes
te llama el mundo Preciosa»,

y de quien el *teniente de la villa* afirma, así como de todas las gitanas, «*que tiene el diablo en el cuerpo*»; las complicadas aventuras de *El amante liberal;* los amorosos y no esperados sucesos de *La ilustre fregona*, en cuyo cuento hay un Carriazo, licenciado en los juegos de la taba en Madrid y del rentoy en las ventillas de Toledo, y doctor en el de á presa y á pinta en pié en las barbacanas de la morisca ciudad del Bétis; las vicisitudes de *Las Dos Doncellas* enamoradas, que, por mi cuenta y en mi con-

© Biblioteca Nacional de España

ciencia, juro que sólo deben de ser una; las virtuosas aflicciones y pecaminosos recuerdos, aunque forzados, de la bellísima Leocadia; en la preciosa tradición de Toledo *La Fuerza de la sangre;* el tan sabroso como picaresco y bien pensado *Coloquio de los perros;* la ingeniosa invención de *La española inglesa;* las escenas truhanescas presenciadas por *Rinconete y Cortadillo* en la casa de Monipodio; las figuras de relieve de *La señora Cornelia*, *El celoso extremeño* y *La tía fingida;* y sobre todo, las más que locas, cuerdas y felices sentencias de *El licenciado Vidriera;* este cúmulo de doncellas aventureras, gitanas de airosísimo cuerpo—que sin duda mueve el diablo que por dentro anda—rendidos galanes, ingratos seductores, fregonas insignes, graciosos rufianes y locos bizarros; este conjunto de cuentos, en que rebosan la más noble donosura, la invención más brillante, los tipos más gallardos, la fantasía más discreta y la imponderable magia de estilo de CERVANTES; todo esto, que bastaba para su gloria y para que se le apellidase *el regocijo de las musas*, no era más que una asombrosa claridad precursora del *Quijote*.

Oid ahora algunos donaires y sentencias escogidos entre sus novelas.

En el *Coloquio de los perros*, hablando de los peores sitios de Sevilla, albergues de rufianes y gentes de mal vivir (áun hoy es oportuna la ocurrencia), exclama el perro

«*Berganza.*—Oí decir á un hombre discreto que tres cosas tenía el Rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.»

En este *Coloquio* demuestra además CERVANTES su erudición, y retrata magistralmente algunas costumbres picarescas: tal es la de aquel corchete que obsequiaba á los rufianes para que le huyesen en pública

© Biblioteca Nacional de España

pelea y cobrar él fama y nombre de valiente, y la de los alguaciles que utilizaban á sus amadas como á anzuelos y hacian de ellas pretexto de granjería.

El mismo perro Berganza, hablando de un su dueño, que escribía comiéndose las uñas, dice:

«Y escribiendo apriesa en su cartapacio, daba muestras de gran contento; todo lo cual me dió á entender que el desdichado era poeta.»

En una fiesta improvisada en casa de Monipodio (*Rinconete y Cortadillo*) canta la enamorada Ganancíosa (¡hasta el nombre es significativo!) los siguientes pareados versos:

«Por un morenico de color verde,
¿cuál es la fogosa que no se pierde?»

Y Monipodio, al compás de unas tejoletas, canta, refiriéndose á una recién reconciliada pareja, estos otros:

«Riñen dos amantes, hácese la paz;
si el enojo es grande, es el gusto más.»

Vamos al *Licenciado Vidriera*. Preguntado si era poeta, respondió:

«Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso.»

«*Dejad*—exclama Víctor Hugo—*dejad que siga su senda ese hombre* (el poeta) *que está dotado*,

«de tan hermoso y tan fatal destino» (1).

Búrlase el bueno del licenciado de esos escritorzuelos que aprovechan cualquiera coyuntura para recitar sus versos con tono *melifluo y alfeñicado*.

(1) Hago esta cita de memoria de la magnífica traducción de Llorente.

© Biblioteca Nacional de España

Dijéronle en una ocasión que iba á ser azotada una mujer por lenocinio, y contestó:

«Si dijeras que sacaban á azotar á uno, entendiera que sacaban á azotar un coche.»

Preguntóle alguno qué haría para no envidiar á nadie.

«—Duerme—contestó—que todo el tiempo que durmieres serás igual al que envidias.»

De las cortesanas decía que tenían *más de corteses que de sanas*. ¿Á quién no recuerda esto análogo equívoco usado por Martinez de la Rosa en uno de los epitafios del *Cementerio de Momo?* ¿Cómo no comparar á CERVANTES con un árbol gigantesco y frondoso, capaz de adornar la llanura con el rico despojo de sus hojas y sus flores?

Fué CERVANTES muy propenso á intercalar en su prosa canciones, glosas y letrillas, como entusiasta de aquella gracia que creyó haberle negado el cielo. Muchas hay en el *Quijote*, *La Gitanilla*, etc., de las primeras. Conocida es, por lo demás, la glosa de *El Celoso Extremeño*, que empieza:

«Madre, la mi madre,
guardas me poneis;
que si no me guardo,
no me guardaréis.»

Exprofeso he dejado para lo último de esta parte de mi discurso el tratar de otras obras de CERVANTES; éstas son: *Galatea*, novela pastoral—1585—donde describió sus amores, logrados, poco después, en su casamiento con Doña Catalina de Salazar; *Pérsiles y Segismunda*, concluida cuatro dias antes de la muerte de su autor, que bien pudo poner en la

© Biblioteca Nacional de España

dedicatoria al tantas veces nombrado conde de Lemos, estas coplas antiguas:

«Puesto ya el pié en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo»;

y el *Viaje del Parnaso*; porque sin terminar quedaron las *Semanas del Jardín*, la segunda parte de la *Galatea* y el *Bernardo*, al ocurrir en Madrid la muerte del fecundo escritor, el 23 de Abril de 1616.

El *Viaje del Parnaso*, escrito «*á imitacion del de César Caporali Perusino*», según las propias palabras de CERVANTES, tuvo por objeto el de hacer un elogio de los buenos poetas y escritores de su tiempo, y alguna, aunque blanda, crítica de los malos; pero CERVANTES sólo supo elogiar: á Lope, el famoso autor de *La estrella de Sevilla* y su enemigo; al donoso, pero adusto Quevedo; al valenciano Guillén de Castro (autor de *Las mocedades del Cid*), á quien tal vez no conoció; á los poetas sevillanos; al cordobes Góngora; al doctor Mira de Mescua (ó Amézcoa), á quien asimismo celebró Calderón en *La dama duende*, cuando dice (jornada y escena primeras):

«Con que se hubiera excusado
el doctor Mira de Mescua
de haber dado á los teatros
tan bien escrita comedia.»
(*Hero y Leandro.*)

Festeja también á los Argensolas, no obstante que ambos tenían para nuestro escritor

«La voluntad, como la vista, corta.»

Aunque en este poema la versificación no es brillante, tiene el poeta algunos tercetos como el siguiente:

«Hacer al Tíber vimos blanca raya
dentro del mar, habiendo ya pasado
la ancha, romana y peligrosa playa.»

© Biblioteca Nacional de España

Y, predominando siempre su inimitable gracia, algunos chistes como éste:

> «Yo no sabré afirmar si era doncella,
> aunque he dicho que sí; que en estos casos
> la vista más aguda se atropella.»

Acompañando á Mercurio, llega CERVANTES al Parnaso, y allí se encuentra sin asiento, aunque enumera sus obras.

¡Y á cuántos versificadores contemporáneos pudiera aplicarse aquello de los convertidos en hinchados odres y enormes calabazas!

> «¡Oh falsos y malditos trovadores,
> que pasais plaza de poetas sabios
> siendo la hez de los que son peores!»

Más citaría, sobre todo de *Pérsiles*, obra que CERVÁNTES creyó superior, y es en realidad bien inferior al *Quijote*, pero debo terminar esta parte fijándome en dos esenciales circunstancias de su vida: su menguada suerte, por lo que nos robó de su ingenio, que aun más hubiera producido; su residencia en Sevilla, que tanto influyó en sus obras.

El erudito presbítero D. José María Sbarbi, en un notable artículo (1)—como suyo—que por fortuna conozco, con el que modestamente creía que llevaba «*una piedrecita para ayudar á subir una línea el monumento literario levantado en este día*—23 de Abril de 1876—*al defensor material y regenerador moral de su país y nuestro*», refiere con oportunas palabras la extrañeza de aquellos caballeros franceses al saber que CERVANTES era viejo, soldado, hidalgo y pobre, y la agudeza del otro caballero, que exclamó al oirlo: *Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia*

(1) Madrid, 1876.

© Biblioteca Nacional de España

para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo. Añade el Sr. Sbarbi que de las tres clases en que dividió la sociedad Fontenelle—mendigo, ladrón ó asalariado—CERVANTES perteneció á la primera.

¡Vergonzosa verdad, pero profundo error el del caballero francés! Ha dicho Moratín, hijo, que para madurar sazonados frutos del ingenio son necesarios ante todas cosas

«estudio, tranquilidad,
robustez, y el corazón
libre de todo pesar.»

¿Que CERVANTES, en la abundancia, no hubiera enriquecido el mundo con sus obras? ¡Disculpable error! La opulencia, como la miseria, sólo empequeñece á las almas vulgares.

Él mismo, con dolorosa experiencia, asegura en la *Adjunta al Parnaso*, hablando del poeta pobre, que «*la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento*»; porque, si bien él sabía

«que tal vez suele un venturoso estado,
cuando le niega sin razón la suerte,
honrar más merecido que alcanzado»,

y no trabajó vanamente para la gloria, sí para una merecida prosperidad y modesta fortuna.

Sufrió mucho, y no es extraño que en sus obras se hallen con frecuencia alguna amarga queja, alguna noble alusión. En el *Coloquio*, por ejemplo, al referir el recio perro Berganza cómo en casa de una señora principal fué arremetido de una perrilla, dice: *Consideré..... que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes cuando son favorecidos.*

A lo que añade Cipion, que

«Luégo se descubre y manifiesta su poco valor, porque, en efecto, no son de más quilates sus prendas que los que les dan sus dueños y valedores.»

© Biblioteca Nacional de España

Lope, Espinel, Villegas y Góngora desconocieron el oro puro de las obras de CERVANTES, y alguno de ellos, con Aliaga, fué su detractor. Tuvo su Zoilo Homero; Shakspeare su Blackmore; CERVANTES no tuvo sólo á Avellanada, tuvo además la ruín envidia de algún florido ingenio por él celebrado y por el capricho del vulgo á él antepuesto. Tal vez por esto afirmaba en el dicho *Coloquio* que *todas las cosas pasan, las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados.*

Pero no fueron solamente su manquedad y pobreza los fundamentos de su desgracia, aunque seguro es que la indiferencia de los grandes hombres de su siglo, muy más pequeños que él, abriría en su noble corazón ancha y profunda huella. Herido se halló en Lepanto, cautivo sufrió en Argel, preso estuvo en Sevilla, en donde hoy pasa en opinión de cosa juzgada que concibió el *Quijote* entre los hierros de la cárcel; preso estuvo en *Argamasilla*, ignorándose el motivo, y preso y calumniado en Valladolid por el malhadado suceso de D. Gaspar de Ezpeleta. Y áun en este último trance, probada como está su inocencia, ha sufrido durante muchas generaciones la acusacion de la incredulidad, de la envidia á los muertos, más pálida y rencorosa que toda otra envidia, por lo que podemos exclamar con Shakspeare: *¡ Calumnia, que algo queda!* (1)

La residencia de CERVANTES en Sevilla fué parte á que retratara á aquellos pícaros amaestrados en la

(1) Esta frase está sobreentendida en boca de Yago en varias escenas del *Otelo*, como en la escena VIII del acto II de *El Barbero de Sevilla* de *Beaumarchais*, y en la I del acto VI. *Voltaire* tiene otra casi igual frase; pero la encontramos por primera vez en *Bacon*, *De augmentis scientiarum* (l. VIII. c. XI): *Audacter calumniare, semper aliquid hæret.*

© Biblioteca Nacional de España

escuela del *Potro* de Córdova, ó en la universidad de la *almadraba* de Zahara, y contribuyó al mismo tiempo al perfeccionamiento de su gusto literario, con sus frecuentes relaciones é íntimo trato — ya lo he indicado — con el autor del *Arte de la Pintura* y el platónico amante de la Condesa de Gelves.

Conocía sus más apartados lugares y calles, por algunas de las cuales corrió en tiempos remotos el caudaloso y sesgo Guadalquivir, y conoció también el famoso *Compas*, recinto de la rica en escándalos *Casa-llana*, cuyo lucrativo arriendo se subastaba, sin que de este comercio con la moral y tráfico de las malas costumbres se escandalizase alguien, puesto que se daban para su régimen interior *Ordenanzas* especiales. ¡Qué semillero, por no decir fuente, de nobles ideas para los ilusos defensores de pasadas edades!

Al talento observador de CERVANTES nada de esto se ocultaría, ni ignoraría los ordenamientos sobre el uso forzoso de la *toca azafranada* ó el *prendedero de oropel* en la cabeza, parientes cercanos de los *picos pardos*, aun más cercanos de nosotros (1).

Á la permanencia de CERVANTES en Sevilla se debe, pues, el mayor número de sus curiosas novelas ejemplares, y el fiel retrato de las gentes de mal vivir y tipos de truhanería de la Casa-llana, aunque es de presumir, dada la elevación de ideas y sentimientos del escritor, que no la conociera por sus pecadores pasos.

---

(1) Dichos ordenamientos (D. Alfonso XI) prevenían á las rameras el uso de la *toca* para salir por la ciudad. Dieron las mujeres honradas en usar de ese ignominioso distintivo de las mujeres públicas, y en 1502 se ordenó la señal del *prendedero*, cuyo uso también se generalizó. (*Histoire de la prostitution chez tous les peuples du monde.* París, 1851. Pierre Dufour.—Don José María Asensio, nota á sus *Cartas literarias.*)

© Biblioteca Nacional de España

IV.

La primera parte del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* apareció en Madrid en el año de 1605, impresa por Juan de la Cuesta, y libro tan extraordinario, antes ni después superado ni igualado por otro alguno, reclama aislado examen y preferente estudio.

En el año 1614 se publicó una segunda parte de aquella obra por un tal Alonso Fernandez de Avellaneda, pseudómino con que intentó encubrirse Fray Luis Aliaga, escritor mediocre, de estilo duro, de invención trasnochada, desnudo de las altas cualidades que la empresa requería, y que tuvo la descarada ignorancia de acusar á CERVANTES de tener *estilo ó idioma humilde y de hacer ostentación de sinónimos voluntarios.*

Á fin de aquel año apareció la segunda parte verdadera de obra tan admirada y admirable, la de *Cide-Hamete-Benengeli*, es decir, la de CERVANTES. El éxito no fué tan lisonjero como debiera esperarse, á pesar de las tres ediciones, hechas en el término del año 1605, de la primera parte; las críticas menudearon y el autor tuvo necesidad de apurar el cáliz de la amargura (1).

---

(1) El mérito extraordinario del *Quijote* fué sancionado por Calderón en su comedia *La Dama duende*, escrita en 1629, poniendo las siguientes palabras en boca de un criado:

Cosme.

«¡Qué bien merecido tiene
mi amo lo que se lleva,
porque no se meta á ser
Don Quijote de la legua!»

En la misma comedia se escribe una carta en castellano anti-

© Biblioteca Nacional de España

¿Quién hubiera dicho al soldado de Lepanto que tendría, andando el tiempo, que defender—¡indignación causa decirlo!—la gloria de la herida que recibió *en la más alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros?* ¿Quién le hubiera dicho que de tal modo se cebaría la envidia en la más grandiosa de sus obras? Y sin embargo, ¡qué moderación en su lenguaje cuando renueva tan cobarde herida! Se limita á decir, burlando, que de infinitas partes le daban prisa porque terminase el *Quijote, para quitar el amago y la nausea* que el falso había producido; entre ellas del emperador de la China, *porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana;* se limita en el capítulo LXX, cuando Altisidora refiere lo que presenció en su muerte aparente, ocurrido entre varios diablos, á poner en boca de uno que habla de la parodia de Aliaga, que es el libro *tan malo, que si de propósito él mismo se pusiese á hacerle peor no acertara.* ¡Y se limita á decir esto él, que tenía la seguridad de que si se habían impreso treinta mil volúmenes de su historia, ésta llevaba camino *de imprimirse treinta mil veces de millares*, si el cielo no lo remediaba! (1) ¡Extraña y verdadera bondad!

Esta obra singularísima de todo encierra: de aquí su carácter permanente en la memoria de todas las naciones y en todas las literaturas. Discreción, erudición, fantasía, gracia, belleza, todo lo reune. No

---

guo que, según Lista, es una imitación de la de D. Quijote á Dulcinea.

Cítase tambien á CERVANTES, con encomio, en la comedia *Casa con dos puertas*..... escrita posteriormente.

(1) El tiempo cumplió la profecía de CERVANTES. Que yo sepa, su libro ha sido traducido á catorce idiomas: el francés, el inglés, el aleman, el dinamarqués, el bohemio, el húngaro, el holandés, el griego, el italiano, el polaco, el ruso, el sueco, el servio y el portugués. En cada lengua se han hecho numerosas ediciones.

© Biblioteca Nacional de España

hay duda en que la segunda parte es superior en orden y riqueza de estilo á la primera; en lo demás, sospecho que no sucede lo mismo. Invención, donaire, relieve en las figuras, combinación de episodios, todo esto es superior en la primera parte.

Las aventuras de los encamisados, los yangüeses y el vizcaíno; las maliciosas escenas de la venta, soñado castillo del andante caballero; las diabluras en ella de la fácil y sensible Maritornes, que aunque *estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana;* las dolientes historias de la hermosa Dorotea, de la bella Luscinda; la ideal figura de la arrogante y silenciosa mora Zoraida, cuyos sucesos, misteriosa caña y fuga de Berbería son los mismos de la Zara de la comedia *Los baños de Argel;* el escrutinio de los vanos libros de caballerías, y otras infinitas bellezas, me hacen sustentar aquella opinión. *El Caballero de la Triste figura* es indudablemente superior al *Caballero de los Leones.*

¡Soberbio trozo de brillante prosa, aquel en que don Quijote, á la vista de dos manadas de mansos corderos y pacíficas ovejas, hace descripción de los escuadrones que finge su locura! Especialmente desde cuando dice que distingue á *los númidas, dudosos en sus promesas..... los medos, que pelean huyendo..... los árabes de mudables casas*, hasta cuando enumera á «*los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Bétis, los que tersan y pulen sus rostros en el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas*..... etc.

La discreta novela de *El curioso impertinente* no tiene palabra ni sentencia inútiles; y á propósito de ella y de estos versos:

© Biblioteca Nacional de España

«Es de vidrio la mujer;
pero no se ha de probar
si se puede ó no quebrar,
porque todo podria ser,»

que creo son de CERVANTES, y cita Lotario entre sus consejos al imprudente y descarriado Anselmo, no puede menos de recordarse esta quintilla del malogrado Espronceda en *El Estudiante de Salamanca:*

«Tú eres, mujer, un fanal
trasparente de hermosura;
¡ay de tí, si por tu mal,
rompe el hombre en su locura
tu misterioso cristal!»

que, aunque más galanamente expresado, no deja de envolver el mismo poético pensamiento.

Imitó, pues, en esto Espronceda á CERVANTES, así como éste, al poner en boca de Camila las palabras: *Acaba, corre, aguija, camina*, imitó á Fray Luis de León en una de las más célebres frases de sus conocidas odas.

Y pregunto, siguiendo el hilo de mi narración; ¿quién no ha leido con encanto más de una vez el célebre discurso de las armas y las letras? ¿Quién no ha sufrido al compadecer las ridículas caídas, los villanos golpes, los miserables aporreos, ruín recompensa del enjuto, avellanado y antojadizo caballero, que no tenía más ley que *su espada, sus fueros, sus bríos, sus prematicas, su voluntad?* ¿Por qué causa despierta ese interés en nosotros aquel oscuro hidalgo de la Mancha, aquel «*cuerdo loco y loco que tiraba á acuerdo?*

Profundamente asevera CERVANTES que *la pluma es lengua del alma*, y á más de generosa y noble, grande debió ser la suya, á juzgarle especialmente por el *Quijote*. Desde la sentencia grave al dicho agudo y discreto, desde el más alto hasta el más

© Biblioteca Nacional de España

llano estilo, desde lo más sublime hasta lo más cómico, se desenvuelven en su obra inmortal; puede decirse que CERVANTES ha recorrido toda la escala del talento, como recorrió toda la escala de la vida, desde rey de la inteligencia humana hasta casi mendigo de los hombres.

En el capítulo XVIII de la segunda parte del *Quijote, el ingenioso manchego* aconseja á D. Lorenzo Miranda que si sus versos son de justa literaria *procure llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona; el segundo se le lleva la mera justicia.* Estas líneas parecen escritas para nuestro siglo, porque están escritas para siempre.

Ponderando la fuerza de la adulación—también parece esto escrito para nuestros menguados días—consigna algo más adelante: *¿No es bueno que dicen que se holgó D. Lorenzo de verse alabar de don Quijote, aunque le tenía por loco?*

Sancho también logra sus momentos de discreta lucidez, como al exclamar, pensando en su rusticidad y en su ínsula, que *las necedades de los ricos por sentencias pasan en el mundo*, y al hacer justicia á la demanda de la mujer que se dijo violentada por el rico ganadero.

Pero hora es ya de renunciar á tan detenido análisis y de fijarnos en la síntesis, en el pensamiento capital y supremo de esta obra prodigiosa. Varios son los pareceres en este punto, y, en mi humilde opinión, vanamente entre sí se esfuerzan y combaten. Hay que desechar desde luego la infundada creencia de que encierra el *Quijote* un sentido oculto: *entre* CERVÁNTES *y sus críticos*, CERVANTES, ha dicho en cierta ocasión D. José María Asensio, y yo creo que tiene razón sobrada, puesto que el mismo autor escribe al fin de su obra que ha sido su objeto *poner en aborrecimiento de los hombres las*

© Biblioteca Nacional de España

fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías; y no podemos dudar de la ingenuidad de un escritor ilustre, que, por no dar tributo á la baja adulación provechosa ni rendir vergonzoso culto á la mentira, pródiga de recompensas, supo luchar con su ingrata fortuna y morir en la indigencia.

Quedan, por lo tanto, divididas las opiniones entre si CERVANTES se propuso únicamente ridiculizar los libros caballerescos, ó por el contrario, ofrecer á la asombrada humanidad el espectáculo de la eterna lucha entablada por la vida entre lo ideal y lo real, entre el sublime espíritu y la tosca materia. Y es ocasión de preguntar, ¿pudo hacer lo uno sin hacer al mismo tiempo lo otro? Si los fantásticos libros á que me refiero realzaban el ideal social de la Edad media hasta los límites de lo absurdo, ¿qué otro medio de combatirlos sino presentándolos en toda la desnudez del ridículo? ¿Y qué modo de contrastar sus hiperbólicas ideas sino con las opuestas de la vida, en su mayor sencillez y naturalidad? La exageración de todo ideal pasado es el ridículo, como la de todo ideal futuro es el temor y la desconfianza.

El *Quijote* de CERVANTES es, pues, una sátira: CERVANTES es de la raza de Juvenal. Es grandioso, es inmortal, más todavía, es singular su libro, porque ridiculizó ideas, de las cuales la actual generación —¡quién sabe de las venideras!—aun conserva hondas reminiscencias. La fuerza puesta al servicio de los oprimidos es muy inferior al derecho puesto al servicio de los débiles. Los pueblos en que predomine en absoluto el amor de las leyes, son tal vez los en que soñó el gran CERVANTES al escribir su *Quijote*, porque en ellos la armonía de lo ideal y lo real, en el humano, y posible límite, será un hecho sólo entrevisto por el presente siglo. Su libro es, por lo tanto, humano, y á la humanidad entera pertenece; pero á fuer de escritor español, el carácter espa-

© Biblioteca Nacional de España

ñol es el esencialmente retratado en *Don Quijote*, y como buen hijo de su patria, no aduló las costumbres censurables de nuestro pueblo ni vaciló en criticar nuestros defectos individuales y sociales; de aquí también mucha parte de la grandeza de su obra.

Hizo el *Quijote* que cayesen en desuso los libros de caballerías, tan en boga entonces, que el hoy olvidado poeta D. Luis Barahona de Soto, autor de *Las lágrimas de Angélica*, en fama aventajó á CERVANTES, como también le aventajaron los Argensolas, á él tan inferiores, por composiciones líricas, débiles casi siempre, y por algunas malas tragedias. Achaque natural de las cosas. Para juzgar al *Príncipe de los Ingenios* requeríase un autor ó crítico que le igualase en talento, y ninguno pudo alzar sus ojos hasta él. Su propia grandeza fué, pues, su mayor enemigo.

Algunos indagadores publicistas contemporáneos se han impuesto la inútil tarea de analizar á nuestro Miguel y presentarlo como filósofo, como teólogo, como geógrafo..... ¡qué sé yo!..... hasta como médico. Esta tarea me representa la de alguno que tuviera el raro capricho de fijarse y recrearse en una de las múltiples ramas de un tronco gigantesco. Su erudición era mucha, y creo que basta con decir: CERVANTES *escribió el Quijote*. CERVANTES es en España el heraldo del Renacimiento.

Su erudición, como digo, fué tal, tal su discreción é ingenio, que motiva risa y lástima compasiva aquel que sospecha que el ilustre manco escribió su gran libro sin darse cuenta de su importancia. No; CERVANTES previó el alcance y el poder de su sátira: previó también la inmarcesible gloria reservada al que supo elevar á la lengua castellana tan glorioso monumento: adivinó, sin duda, que serían imperecederas las gracias á él solo concedidas, las aventuras

© Biblioteca Nacional de España

por él solo imaginadas, con que enriquecieron el *Quijote* su fecunda, inagotable invención y su opulenta fantasía; el secreto de la inmortalidad de su libro estriba en que él escribió una obra popular y humana, mientras que los ingenios de su tiempo consagraron sus fuerzas á una literatura aristocrática, perfumada y convencional; y es más bello que el romano acueducto, que se interna en el corazón de la sierra y prolonga hasta las ociosas ciudades sus interminables arcos, el grueso manantial que se desprende de la montaña, arrastra encontrados afluentes, forma el caudaloso rio y se confunde con el Océano; y CERVANTES no es ciertamente el surtidor que alimenta la cincelada fuente del palacio, sino el ancho río que en hondo cauce se precipita en el Océano inmenso de la humanidad: él supo sin duda que al estruendo de sus carcajadas se hundía en el olvido un mundo de quiméricos sueños y se alzaba la era del porvenir, la era del hombre; y al consumar su obra, y al espirar en tan inmerecida soledad, abrumado tal vez por la irreparable ingratitud de sus contemporáneos, si volvió sus ojos al olvidadizo mundo, al entonces degradado pueblo que así le abandonaba, y que él tan profundamente regeneró, bien pudo exclamar con el romano Catón estas palabras: *Delenda est Carthago!*

En el *Quijote* se hallan los dos principios fundamentales de la vida psicológica: lo ideal y lo real; pero no se ofrecen de manera que nos parezcan ambos principios irreconciliables. Al contrario, tienden á armonizarse. Semejantes á Cicerón y Roscio, que tuvieron la competencia de expresar respectivamente un concepto, aquél en mayor variedad de frases y éste con mayor variedad de gestos, ambos personajes, *Alonso Quijano, el Bueno*, y *Sancho Panza*, persiguen el mismo fin por diferentes medios y con diverso objeto. *Don Quijote* ambiciona amores y fama,

© Biblioteca Nacional de España

aunque *Dulcinea del Toboso* no concurra á la finalidad de la obra; su obeso escudero, el gobierno de la ínsula Barataria. La rústica sencillez de *Sancho* enfrena la locura de su amo, haciéndole ver la verdad, aun después de acometidas las espantables empresas del caballero andante, y aunque éste atribuya su desgracia á los encantadores, sus enemigos naturales. *Sancho* gobierna la ínsula con sentido práctico, pero con honradez y con justicia, y esto responde á los consejos de *Don Quijote*, señaladamente á aquellos en que dice: *Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo. Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.*

Creo que mi propósito no necesita más demostración. Citaré, sin embargo, y en su propio idioma, porque perderían de su vigor al ser traducidos, los siguientes versos de Beranger:

« ¿ Ne connais-tu pas Don Quichotte?
Voilà l'esprit pur, lance au poing.
Son ecuyer boit, mange et rote;
C'est la chair en grossier pourpoint. »

Por esto, y por lo que oportunamente dice M. Paul de Saint-Víctor, en sus estudios críticos *Hommes et Dieux*, esto es, *porque el bravo caballero de la Mancha oculta el alma de un héroe bajo las apariencias de un loco, y porque sus más absurdos actos no son sino desviaciones de una sublime idea*, el libro de CERVANTES es, como la humanidad, grande y eterno, y es á las letras lo que á la religión la Biblia. Y ¡raras semejanzas, señores! Alcalá de Henares es la cuna de CERVANTES y la tumba de Cisneros: éste dió al mundo la *Biblia políglota;* aquél ha dado á la humanidad la Biblia políglota de las letras.

© Biblioteca Nacional de España

Dice Saint-Víctor que nada le indigna tanto como la lectura de las burlas que hicieron á *Don Quijote* en el castillo de los Duques, que no pudieron entrever la grandeza oculta en la locura del manchego: sin duda este escritor no ha recordado que lo vulgar recluta sus ejércitos en todas las clases sociales, y que la voz *vulgo* es sinónima de *ignorancia*.

El renombrado, aunque á las veces extravagante autor del *Intermezzo*, el poeta alemán Henri Heine, al ocuparse en su obra *De la Alemania*, de la traducción del *Quijote* hecha por Tiek, establece un paralelo entre el libro de CERVANTES, que admiró mucho, la tragedia de *Hamlet*, de Shakspeare, y el *Fausto* de su compatriota Gœthe: dice que estos tres libros constituian la preferente lectura en su nación, y por su parte da la primacia al escritor español sobre William, aunque no sobre el autor del gran poema alemán.

Creo esta comparación más poética que cierta: sólo la *Iliada* y la *Divina comedia* logran competir con el *Quijote:* sólo Dante y Homero pueden ser iguales á CERVÁNTES. Diré por qué : Shakspeare fundó su admirable tragedia sobre una tradición popular en Dinamarca. Gœthe halló los fundamentos de su poema en otra, ya escrita en forma literaria, del doctor Fausto, y perfeccionó su obra humedeciéndola en el torrente de la poesía de *El Mágico prodigioso*, de nuestro Calderón, ya entonces conocido en Alemania por los sabios, y sabio era Gœthe de modo insuperable: el *Quijote* no se apoya en tradición alguna, porque tuvo por objeto un novísimo y raro pensamiento. Todas tres obras son prodigios de génio: todas tres son eternas—hablo del *Fausto*, de *Hamlet* y *Don Quijote*—porque afectan de un modo permanente al alma humana, mas ninguna iguala en originalidad al *Ingenioso manchego*.

Alguna crítica he leido, encaminada á demostrar

© Biblioteca Nacional de España

que Gœthe no imitó á Calderón en el poema *Fausto*, y ella me ha confirmado más y más en mi contraria creencia. En ciertas cosas, y me refiero á la primera parte de dicho poema, es la imitación superior al modelo, inferior en otras. ¿Pero cabe desconocer la semejanza? Margarita, caida, por su arrepentimiento y dolor salva al falso Enrique; Justina, pura, salva á Cipriano por la fe. Fausto siente el deseo de rejuvenecerse por un impulso de sensualidad, y ciegamente hace pacto con Mefistófeles: ésté, después le muestra, en la cueva de la Bruja, la figura de Margarita dormida, y la pasion despierta en el sabio. Cipriano entrega el alma al demonio por lograr su anterior pasión hácia Justina, y el demonio en otra cueva le presenta la falsa imagen de su amada..... Y en esto es superior *El mágico prodigioso*, como en las disertaciones de Cipriano con el rey de las tinieblas, más nobles que el célebre *homunculus* del *Fausto*. Y descendiendo á algún detalle, la escena en que Margarita deshoja una flor repitiendo *me ama..... no me ama.....* ¿no recuerda ésta del *Mágico?*

Clarín.

Dame los brazos.

Livia.

Paciencia
ten, mientras que considero
si es tu dia, que no quiero
recargar yo mi conciencia.
Martes sí..... miércoles no.....

Y en esto es superior el *Fausto*, pero creo dejar demostrado que por muchos títulos carece de la originalidad del *Quijote*.

Mientras que la Alemania despertaba á la poesía

© Biblioteca Nacional de España

con las primeras supersticiosas composiciones en lengua sajona, que se llamaron *carmina diabólica*, precursoras del *Niebelungen* (*Libro de los héroes*), que todavía no ha desterrado aquella extraña mitología de Willis, Ondinas y Walkirias, aun visibles entre los espesos bosques teutónicos y entre las brumosas nieves escandinavas, pues son comunes estas creaciones de la fantasía al pueblo alemán y al húngaro, cuyo gran poema es titulado *Kalewala;* mientras que los pueblos orientales yacían perezosos al enervante ritmo de sensuales y soñadas leyendas, en las que el destino era siempre el misterioso encargado de distribuir á los creyentes los amores, el poder y la fortuna; mientras que otras naciones europeas escuchaban soñolientas el rumor de los pasos de las hadas, oriundas del Norte, ó de las ninfas, sátiros y dioses, provenientes de los bosques de Grecia, España sublimó una mitología más humana, si bien igualmente enfermiza y quimérica, la de los andantes caballeros, princesas cautivas, sabios encantadores, gigantes monstruosos y deformes enanos, y ella sola tuvo un libro que sepultase todo ese mundo mitológico. No tuvo ni tiene en las orillas de sus sagrados ríos un templo de mármol que, á semejanza del *Walhalla* de riberas del Danubio, custodie las estatuas de sus grandes hombres; pero há más de dos siglos pronunció el *Resurgam* de su regeneracion intelectual y moral, y entregó al mundo el *Quijote*.

Réstannos de CERVANTES: una lápida conmemorativa en una humilde casa de Alcalá; otra en Valladolid, en una más que modesta vivienda del Campillo del Rastro; una mezquina estatua en la Córte, el ingrato recuerdo de sus amarguras y el inmenso reflejo de su gloria. Ha terminado mi voz desautorizada, si lo es alguna cuando á la verdad y al mérito rinde tributo. Háme movido á ello esta ocasión, pri-

© Biblioteca Nacional de España

mera en que Puerto-Rico celebra fiesta, que tanto la enaltece, en loor de ingenio tan peregrino, y me falta sólo daros las gracias en el nombre del muerto. ¡Honor á los que así saben honrar al hijo más ilustre de la patria española!

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LA TERTULIA DEL ENTRESUELO.

I.

Era doña Pascasia viuda de un comandante de ejército, muerto honrosamente por enemiga bala en una memorable acción de la gloriosa guerra de África; tenía dos hijas: Gertrudis, de veintidos años, y Teresita, de quince hermosos Abriles, y vivía en un reducido entresuelo de la coronada villa, en calle no muy céntrica ni muy apartada tampoco del corazón de la Córte.

Moraba yo, á la sazón, en el principal de la misma casa, que precisamente pisaba encima del entresueso, y algunos meses hacía que todos los jueves notaba en él durante la noche un bullicio y regodeo desacostumbrados, que se prolongaban, á las veces, hasta la una de la madrugada; y esto, y la hora matinal de arpegios y escalas de piano que con una constancia inalterable empleaba día por día Teresita, teníanme en contínua sobreexcitación y descontento. Á estas calamidades agregóse el comenzar yo á recibir la inesperada visita de una vergonzante revista

© Biblioteca Nacional de España

semanal, compuesta de dos míseras hojas y una descolorida cubierta tirando á tierra de siena, titulada pomposamente *La voz de Europa*, cuya lectura habiame hecho sospechar si se hallarían los bárbaros á las puertas del diccionario de la lengua. Componíase siempre su ameno y variado texto de un trasnochado artículo hebdomadario, encabezado ora *Repercusiones*, ya *Trancazos;* de una novela interminable y cursi sobre contrariados amores, cuya originalidad mayor refugiábase en el *se continuará* que al pié de ella en cada número aparecía; y de una larga fila de (con perdon, lector) composiciones poéticas, de las que pueden dar una idea títulos como *A mi hermanito en la cuna*, *A una hoja seca*, *En el feliz alumbramiento de mi hermana*, *En el cumpleaños de mi prima*, etc., firmadas constantemente por Gertrudis Esconda, Antón Velasco y Alfredo Salas. Tan interesante y bien escrito periódico era el organito, respiradero y válvula de la consabida tertulia.

Una noche aquel intolerable ruído de todos los jueves, que no me dejaba dormir ni estudiar (entonces era yo estudiante, para servir á ustedes), hízose de todo punto insufrible, y comencé á vengarme moviendo mucho estrépito en mi habitación, por la que me paseaba con persistentes y alborotados pasos, aunque sin resultado; enfurecido ya, dime á arrastrar mi pesado sillón por el suelo, cuando oí, de improviso, el piano de Teresita tocado por mano habilísima, y me sentí desarmado, porque bien dicen que la música dulcifica nuestro carácter.

Después de las febriles y sentidas notas de Chopin, surgieron de las dominadas teclas las magistrales melodías de Mozart, y á éstas siguieron los vagos y melancólicos acordes del infortunado autor de *Tristes presentimientos*. Parecióme entonces reconocer el estilo y manera de Luis Bueno, amigo mio, que en varios meses había dejado de ver, y que, luchando

© Biblioteca Nacional de España

valerosamente con la pobreza, lograba ya verse considerado, entre un círculo aun no muy ancho de relaciones, como notable pianista y músico distinguido.

No bien terminó la ejecución de la última pieza, como contenido fuego de que pronto se recrudece, estalló una infernal gritería bajo mis plantas, y de nuevo yo imité á mis inconsiderados vecinos, arrojando al suelo muebles y libros y haciendo rodar las gruesas bolas de plomo que constituían mi único aparato de gimnasia.

Á poco llamaba á mi puerta un sujeto, que entró con ademanes coléricos, diciendo:

—¡Caballero, me parece que esto pasa de burla!...

Mas al llegar aquí se detuvo agregando:

—¡Calle! ¿Eres tú, chico? ¿Te has trastornado? ¿Qué es esto?

Y entró en mi humilde cuarto saltando por encima de los tirados muebles.

Lo que sucedió después se explica, añadiendo que á los diez minutos bajábamos unidos del brazo por las escaleras, convenidos en que me presentase en la tertulia.

Mi excelente amigo Luis Bueno, porque era él, me advirtió momentos antes de bajar estas ó análogas cosas:

—Como conozco tu carácter, voy á hacerte algunas explicaciones: encontrarás la casa pobre y abigarrada; Gertrudis, la escritora, tiene un tinte romántico puro, desvanecido en líneas de afectación clásica; ¡su hermana es una perla! La mamá..... es una nulidad apreciable..... ¡Ah! se me olvidaba lo principal..... los contertulios. Antón Velasco es un poetastro de cementerios, castillos y ruínas, y Salas..... ha empezado á pelar las barbas ajenas antes de echar las propias.

Con estos datos, tiramos fuertemente del cordón de la campanilla y entramos.

© Biblioteca Nacional de España

II.

Lo primero cruzamos un oscuro y angosto corredor, cuyo techo amenazaba aplastarnos, tan rasante era con nuestra cabeza, y entramos en una sala no muy grande y cuadrada. Era el cielo-raso de aplomado color; á derecha é izquierda había puertas bastante bajas y cerradas; otra al frente daba paso al opaco resplandor de la calle, por lo que conocí que era un balcón; en los testeros de ambos lados de éste había dos mesas sustentando otros tantos espejos romos, cubiertos de gasa verde; encima de las mesas, algunas canastillas ó cestitas de mimbre con lazos de seda y descascaradas figuras de porcelana, y en la de la izquierda un quinqué con hueca pantalla de papel azul iluminando aquel ángulo; en el opuesto, el desvencijado piano de teclado amarillento, alumbrado por una triste bujía; varias sillas de *reps* azul, dos bajos é incómodos sillones y un sofá desnivelado, á la izquierda de la entrada, componían el resto del mobiliario de la habitación, cuyo suelo desigual cubría una modesta estera de cordelillo.

Ocupaba la mamá, obesa y nariguda riojana, el ancho sofá, y tenía á su izquierda á su hija mayor, rubia, de pequeña estatura, delgadas formas, escaso cabello y vivos ojillos velados por desdeñosos párpados y diminutos quevedos; sus finos labios y enjutas mejillas, su estudiada posición y estirado ademán, decían á las claras la idea de superioridad que de sí misma tenía y tan común es á las principiantes de su sexo. Á su lado estaba Antón Velasco, Velasquito, como cariñosamente le llamaban, de naciente bozo y ensortijado pelo, afectando en su rostro y movimientos cierta melancolía byroniana; enfrente

© Biblioteca Nacional de España

el *pollo* Salas, de aspecto retozón y travieso, de agudas facciones, con ese brillo que da á la piel el temperamento linfático, y anuncia una eterna ausencia de barba y aviesas inclinaciones; y cerca de él la angelical y bellísima Teresita, que, de piso á piso, ya había llamado mi atención por sus opulentas y correctas formas, su abundante cabello negro, sus lindas manos y su ingenuo y candoroso rostro, en que se ostentaban dos rasgados y magníficos ojos, unas cejas pobladísimas, una nariz perfecta y una graciosa boca, á cuya seductora sonrisa asomaban unos dientes tan unidos y pequeños como los piñones de Andalucía. Era, en fin, como dijo el poeta

«digna de ser morena y sevillana»,

pues, aunque era lo primero, no así lo segundo.

Después de las presentaciones de ordenanza, rogaron al complaciente Bueno que ejecutase en el piano alguna cosa.

—Yo—decia Gertrudis—soy eminentemente inclinada á la música clásica: Beethowen y Verdi son mis favoritos.

—¿Qué son, Tulita, los que cita usted al lado de Mozart? ¡Mozart es el autor del *Don Juan!*—dijo Velasco encrespando el cabello con su diestra mano y en acento melifluo é inspirado.

—¡Schumann y Schübert son los mios, porque son los padres de la música! Y ya conoceis—chilló Salas—mi sentido estético.

—¡No estoy conforme!—vociferó Velasco.

—Ni yo tampoco—con voz escasa confirmó Gertrudis.

—¡Pues yo digo que sí!

—¡Pues yo digo que no!

Y amenazaba aquello convertirse en campal bata-

© Biblioteca Nacional de España

lla, cuando ocurriósele á doña Pascasia preguntarme mi opinión.

—Yo—dije—deseo que Teresita lo resuelva.

—¡Si á mí todo me gusta!—confesó la muchacha.

—*La donna e movile!*—se atrevió á decir la señora de la casa.

—¡Ay, mamá!—prorumpió Gertrudis.—¡Qué gustos tan vulgares!

Miróla su madre con reprimido furor, y antes de que estallara, dije:

—Lo mejor es que ejecute Bueno lo que quiera, y él nos regalará con algo que haga honor á su apellido.

—¡Bravísimo!!—repuso Velasco, despues de lo cual el artista ocupó su puesto junto al piano.

Pero no bien poblaron el aire las primeras notas, se suscitó una ruidosa conversación sobre diferente materia, sin que nadie se cuidase de oir lo que se tocaba.

—¿Vió V., Alfredo, esta mañana á las de Alcatraz en misa?—preguntó Gertrudis.—¡Qué *cursis!*

—No me diga nada—repuso Salas.—¡Qué raras y qué feas, y haberse atrevido á devolver nuestro periódico! La mayor es jorobada, y luego con aquel abrigón azul.....

—¡No, hombre, si era verde!—dijo Velasco.

—Te digo que lo vi muy bien; era azul.

—¡Te digo que no!

—¡Te digo que sí!

Y cuando terminó nuestro pianista, el diapason estaba tan alto que todos se dieron cuenta de su arrebato y callaron á un tiempo.

—¡Qué linda polonesa!—exclamó la poetisa.

—Es *El viajero* de Schüber—dijo Bueno sensiblemente mortificado.

—Sí, sí, *El viajero*. ¡Ya lo decía yo!

—¡Ah, ese diablo de Schüber!—murmuró Salas con seguridad.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Y V., no escribe?—me preguntó doña Pascasia.

—No, señora—díjela mintiendo, pero gusto de lo bueno.

—El amigo Salas es el predilecto de Polimnia y Clío—observó Gertrudis.

—Gracias mil, Tulita. Y, señores, es la verdad—confesó Salas sin disimular su soberbia.

Preguntámosle los demás qué escribía, y él dijo así:

—Estoy acabando de traducir y poner en versos alejandrinos *Los miserables*, del gran Víctor Hugo, y dando los últimos toques á un estudio crítico sobre los poetas contemporáneos españoles. ¡Hay que echar abajo tanta reputación usurpada! Alarcón, Pereda, Tamayo..... ¿qué valen?

—¡No me toques á Zorrilla!—rugió Velasco.

—Pues ése es el primero—contestó Salas abiertamente—y después irán Campoamor y Nuñez de Arce. ¡Paso á la literatura del porvenir!

—Supongo que no negará V.—le dije—el sobresaliente mérito de los poetas que ha citado.

—Pues se equivoca V., señor mio. ¡Vaya si lo negaré! Como que no existe, y el primero es un mísero plagiario y el segundo no conoce el castellano.

—No pensaría así Cervantes si levantase la cabeza—dije.

—¡No la levantará—afirmó Velasco—y luego declamó con énfasis y convencimiento:

> «Que si, cantando victoria,
> se alzase en la tumba fría,
> en la tumba se hundiría
> bajo el peso de su gloria!»

—¡Cervantes!—exclamó la poetisa.—¡Me aburre soberanamente!

—¡Cervantes destrozaba el idioma!—añadió Sa-

© Biblioteca Nacional de España

las, á lo que Velasco respondió con un gesto desdeñoso.

—Pues yo me río mucho con el *Quijote*—se permitió decir Teresita.

—¡Calla, necia!—ásperamente le dijo su hermana.—Oye y aprende, y no contradigas á espíritus superiores que no puedes apreciar.

—Eso no—recalcó la mamá—que ella sabe lo que debe saber una niña bien educada. Tú si que..... y observando una mirada de almibar que Gertrudis dirigía á Velasco, añadió: ¡Pobre de V., no sirve para nada!

—¿Y Teresita Fiol?—Salas preguntó.

Se ha excusado de asistir esta noche—dijo Gertrudis con remilgado acento—por medio de una bellísima y poética epístola.

—¡Pido que se lea!—gritó Velasco.

—Tráela, Teresita; debe estar encima de la mesa marmórea de mi *boudoir*.

Traida que le fué, así leyó Gertrudis: «Mi carísima Safo—¡adulación, señores!—Abruma mi alma la pena de no ver esta noche el cielo de tu hogar; mas ¡ay! la respetable autora de mis días siente desde ayer su salud funestamente perturbada, y ha pasado toda la noche del lecho al púlpito y del púlpito al lecho. ¿Sabes lo que es una madre? Sí, pues bien, baste decirte que desde ayer me he desprendido de los brazos de Byron.

«Me consuela la grata esperanza de que ninguna falta hago en esa brillante constelación de poetas; el ferreo deber me detiene, pero mi alma vuela y se funde con la tuya.

»¡Ay, dulce amiga mia! Ha dicho Homero que el mundo es de los inteligentes que saben esperar. Adiós, á tu familia parte de mi sér, recuerdos mil al afortunado rival de Zorrilla y Nuñez de Arce y al émulo y vencedor de Cañete. Te besa profusamente, *Teté Fiol*.»

© Biblioteca Nacional de España

—¡Bravísimo!—dijo Velasco;—pero el pensamiento que atribuye á Homero es de Leopardi, me parece.

—Te equivocas—murmuró Salas—ni de uno ni de otro. Es de..... Fenelón.

—¿Y qué tal tu asunto, se arregló?—preguntó Velasco á Salas.

—¡Vaya! El individuo quería que me retractase so pretexto de que le perjudicaba mi crítica en su profesión de abogado. Le hablé gordo y..... se fué..... porque, mal está que yo lo diga, pero ¡soy muy hombre!

Una infernal confusión y gritería se produjo en esto.

Velasco púsose de pié mirando á todas partes con espantados ojos; desmayóse la poética Gertrudis dejando en uno de sus nerviosos saltos totalmente descubierta una pierna flaca y macilenta que contrastaba con las redondas y bien hechas de Teresita, que me las dejó ver al huir con estrépito, mientras doña Pascasia, subida y caída sobre un lado del sofá, chillaba sin tregua con toda la fuerza de sus macizos pulmones.

Restablecidos la calma y el silencio, y dándonos cuenta del suceso, motivado por un imaginario ratón, vimos que del balcón entraba Alfredo Salas, pálido y descompuesto, disimulando su miedo y repitiendo:

—No hay que asustarse; no es nada.

Sonó la campanilla, y á poco entraron un señor Intendente retirado, con sus dos niñas, alegres muchachas que repartieron entre sus aun asustadas amigas sonoros besos y cumplidos; la conversación se generalizó en forma que todos gritaban á un tiempo y nadie se entendía. Resolví limitarme al papel de observador y fumar; pero al encender un fósforo detuvo mi mano Luis Bueno, entregándome su yes-

© Biblioteca Nacional de España

quero y diciéndome al oído estas significativas palabras :

—¡El fósforo es muy indiscreto!

En esto hízose oir el recién venido, que se llamaba don Roque, y entregando un libro á Salas, díjole que deseaba conocer su opinión acerca de la obra.

Abrió éste las primeras páginas, hízose silencio, y no bien empezó á leer presentóse en la puerta del corredor una criada, recia valenciana, cuyas mejillas jaspeaba pletórica sangre, é interrumpió bruscamente la lectura anunciando que aguardaba el mozo de plaza y era preciso despacharlo para el siguiente día.

—¡Fámula estúpida!—prorumpió Velasco.

—¡Ya le he dicho que no me ponga apodos!—contestó la maritornes con ira.

—¡Silencio, atrevida—añadió Gertrudis—y traeme un vaso de líquido potable!

—¿De..... qué?—tartamudeó la pobre valenciana.

—¡De agua, imbécil!—díjole Velasco, mientras ella se disponía á marchar, no sin mirarle con furor.

Reanudada la tarea, no sin nuevas y grotescas interrupciones, así leyó Salas :

« *Pensamientos*, por Gil Amarra.» Atención, señores :

«El amor es la suma de dos energías espontáneas y complementarias de la variedad, que tienden á una unidad común.»

—¡Qué dislate! — objetó Gertrudis.

—¡Eso no es nuevo : lo he leído en Lamartine!—agregó Antón Velasco.

—¡Señores, no me interrumpan!—suplicó Salas. —Continúo :

«El régimen constitucional es un puente por donde cruza la humanidad del absolutismo del pasado á la democracia del porvenir.»

—Esto si es de Platón—dijo Salas interrumpiéndose á su vez.

© Biblioteca Nacional de España

«La moda tiene muchos puntos de semejanza con la coquetería: el lujo con la prostitución.

»El dinero no es la felicidad, pero no hay felicidad sin dinero.

»El valor es la virtud nacional de España.

»De igual modo que mientras más se mira un brillante muestra más luces, mientras más se trata á un sabio descubre más conocimientos.

»No debe discutirse cuál sea más grande entre los grandes poetas: siempre parece mejor el último que se lee.

»La constancia política, que tanto se pregona, es algunas veces amor propio, otras, conveniencia, y muchas, irresponsabilidad.

»El hombre no ama, y lo parece: la mujer ama, y lo oculta.

»La fatuidad se estira y ahueca la voz para hacerse creer, y como no lo consigue, puede decirse que el fatuo es un farsante que representa para sí mismo: todo el mundo lo desprecia, y él solo se aplaude.

»El arte es una religión que tiene también sus sacerdotes y su pueblo.»

—¡Qué serie de vulgaridades!—dijo la espiritual Gertrudis.

—Todo eso lo sabiamos—añadió Velasco.

—*Lo nuevo no es bueno, y lo bueno no es nuevo.*—Agregó Salas majestuosa y lentamente.

—Pues tanto lo siento—dijo D. Roque con cierta sorna—cuanto que es obra de un sobrino que quiero mucho y que celebran personas doctas. Y ha escrito ahora un trabajo sobre Calderón, que pensaba también consultarle á V.

—¡Yo me carteo con Octavio Feuillet!—insinuó Velasco.

—¡Calderón..... Calderón!—gruñó Salas algo confuso y desconcertado.—La crítica moderna lo derribará de su pedestal por desconocedor de las artes sin-

© Biblioteca Nacional de España

téticas y del *humanismo*. ¡Es muy inferior á Shakspeare y á Alfieri!

— Pues á mí me agrada mucho *Casa con dos puertas*..... — exclamó Teresita.

— ¡Oh, es terrible esto de vivir rodeada de vulgo! — suspiró Gertrudis. — Participo de la opinión de usted, Salas. No he podido leer nunca á Calderón.

Y mientras este tema acaloraba á aquellos caballeros, me fijé nuevamente en Teresita y cruzó un sueño por mi cerebro..... ¡Qué diferencia entre una y otra hermana! Es verdad que, malos y todo, la mayor hacía versos, pero la pequeña era poesía en acción; sus bellos ojos eran vivos y palpitantes poemas, ninguna aurora tan fresca y sonrosada como sus mejillas, y ningún idilio tan tierno y delicioso como su boca.

Interrumpió estas digresiones la entrada de la rechoncha Maritornes, que conducía una bandeja con varias copas de vino, y la parda voz de doña Pascasia que decía á sus convidados:

— Beban VV., que es *Pajarete* de á diez reales.

No me pasó inadvertido cierto movimiento giratorio que la valenciana comunicó á la bandeja al acercarse á Velasco; éste apuró su copa distraído, pero al momento empezó á toser y á escupir violentamente.

Acercóse la copa á la nariz y palideció Gertrudis.

— ¡Qué horror! — dijo trágicamente. — ¡Si es petróleo!

— ¡Que no fume ni enciendan fósforos á su lado! — gritó doña Pascasia.

— ¡Huf..... huf!..... — hacía el infortunado Velasco.

— ¡Imbécil, atrevida, infame! — declamó Tula.

— Pues era un resto de otra botella que estaba al lado — decía la criada con aflicción fingida, mientras miraba de reojo á Velasco. Y el rótulo era *Pajarete*.

— ¿Cómo es eso, si no sabes leer?

© Biblioteca Nacional de España

—Pues..... *velay*— dijo la valenciana—yéndose triunfante.

Cuando hubo pasado la chamusquina, aunque al triste poeta le quedó el inflamable líquido alojado en el estómago, reanimóse la conversación; Bueno ejecutó nuevamente algunas piezas al piano, y llegó la hora de servir el té con que doña Pascasia obsequiaba á sus contertulios.

Trajeron éste distribuido en tazas tan diferentes entre sí, de tan diversas clases y tamaños, melladas unas, sin asa las otras, como si desenvolvieran la historia de la cerámica, que hube de fijarme en ello, así como en las servilletas, grandes como manteles algunas, y otras pequeñísimas y en su mayor parte remendadas y zurcidas. El té era agua incolora y las galletas podian competir con las piedras más duras.

—Señores—anunció Gertrudis—el jueves próximo tendrémos el gusto de oir un drama inédito, y el vigésimo cuarto poema de nuestro amigo Velasco.

—¿Cómo se titula el drama?—preguntó don Roque.

—*Dime con quien andas ¿y te diré quién eres?*—dijo Velasco.

—¿Y el poema?—se atrevió á pronunciar Teresita.

—*El Sargento Bocanegra.*

—¡Qué recite algo Salas! ¡Sí, que recite algo!—gritaron á coro las dos hijas del Intendente.

Y Salas recitó un soneto, del que hago gracia al lector por temor de que se me enfade.

Hondo silencio reinó á la conclusión, que afortunadamente interrumpió Bueno tocando el miserere del *Trovador;* al llegar al aria de tenor, Velasco y Tula comenzaron á cantarla, desafinando á porfía.

Abrióse entonces una de las puertas laterales de la sala, y asomó la cabeza, cubierta con un gorro de dormir, un señor de alguna edad, diciendo al mismo tiempo:

© Biblioteca Nacional de España

—Doña Pascasia, esto es ya demasiado, y mañana busco otra casa de huéspedes más tranquila.

Pusímonos todos en pié, conteniendo la retozona risa, y al despedirme de Tula, ésta me dijo:

—¡Ay, amigo mio, la prosa de la vida! Mamá se ve precisada á tener huéspedes desde que murió papá y perdimos nuestra pasada opulencia.

Saludé y salí sin esperar á mi amigo Bueno, y ya á lo último del largo corredor, oí á doña Pascasia encargar á Velasco que no prendiera luz para acostarse. Salas, que bajaba las escaleras delante de mí, iba refunfuñando estas palabras:

—¡Necios! ¡No aplaudir mi soneto! ¡Envidiosos!

Y al subir mi último tramo convencíme de que Velasco y Gertrudis eran adictos á la poesía en acción, según el apagado beso y el furtivo apretón de manos que se dieron.

—¿Vendrás mañana?—decíale ella con desfallecida voz.

—¡No sé!—agregó el amante con melodramática entonación.—¡Estoy envenenado!

III.

Cuando entré en mi cuarto me arrojé en el lecho como fatigado de un largo viaje, y soñé que veía á Calderón y á Cervantes perseguidos por perrillos falderos. Y aun hoy que describo tan memorable noche, me estremezco, y lo mejor que puedo desearte, discreto lector, es que Dios te ponga á salvo de parecidas tertulias y te libre de *la literatura del porvenir*.

1884.

© Biblioteca Nacional de España

CARTA

Á D. ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

—

Sr. Don Alejandro Tapia.

Mi querido amigo: Tiene V. la bondad, inmerecida por mí, de preguntarme mi parecer leal y franco acerca de su último drama *La parte del león;* y no en razón de la amistad sincera que profeso á V., sino en mérito del muy subido que tiene dicha obra artística, quiero complacerlo de una manera pública, renunciando así por esta vez á mí propósito de guardar silencio en todas ocasiones, durante mi permanencia, más ó menos larga, en Puerto-Rico.

Empezaré por decir á V. que ha errado su camino al designarme para aquel honroso encargo; yo, amigo mio, que he consagrado mi no larga, pero laboriosa vida, al estudio de las obras maestras del arte; que quise después conocer el modo de apreciarlas por el análisis que facilita la ciencia estética de nuestros días; que guardador de un ideal artístico, de un elevado culto literario, he preferido en la vida real el

© Biblioteca Nacional de España

papel callado del soñador á las posiciones y fortuna del hombre práctico; yo, en fin, que odio con mis cinco sentidos y mis tres potencias toda preocupación de escuela, todo fanatismo de secta, todo capricho de lugar y tiempo, y estoy profundamente enamorado de la verdad, no puedo dar á V. un parecer acertado de su drama.

A otras personas ha debido V. dirigirse: tiempo hace que debe hallarse convencido de que la crítica, para ser tal y contundente y sólida, ha de caer de improviso, como gruesa avalancha, desde la cima de cualquiera rudísima y agria montaña, en medio de las escenas de los teatros, salpicando con la deshecha nieve y manchado lodo el rostro de autores, actores y público; ó bien saltar gallardamente desde detrás de un mostrador, y á manera de reptil entrar en el templo de Talía por cualquier descuidado agujero; ó escondida entre la maleza, cual víbora impotente y rencorosa, esperar á que pase el génio para morderle los tobillos.

Verdad es que, sin que V. las pida, tendrá de opiniones abundante y variada cosecha, y aun algunos le condenarán á V. en nombre del lirismo proso-dramático (pase también el neologismo, ¡tantos se inventan!) y en nombre de esa moral convencional, acomodaticia y casera, porque, como dijo Eguilaz, si mal no recuerdo,

«. . . . . la mujer
que no cose y que no reza
honrada no puede ser.»

Le acusarán á V., además, de *efectista*, á estilo de Echegaray, con quien tiene V. algun parecido, por lo ménos en escribir obras para el teatro; de frío y desmayado, aunque esto esté reñido con lo anterior, y de otra porcion de lindezas ingeniosas.

Pero vamos á *La parte del león*. Desde luego doy

© Biblioteca Nacional de España

á V. mi parabién por haber escrito el drama en prosa, y en la prosa breve, llana y concisa, propia de la precisión y de la vida. Aunque apasionado del verso mi oído meridional, reconozco que los triviales discreteos del diálogo en los momentos en que una pasión cualquiera se desarrolla, y que las sentencias de relumbrón, cuando la catástrofe debe embargar la inteligencia de los que de ella participan ó á ella contribuyen, son del peor gusto literario. Hace mucho tiempo que creo firmemente en la mayor dificultad que encierra la hechura de un drama en prosa sobre la de un drama en verso: tiene aquél un elemento menos de agrado y un elemento más de verdad: es decir, carece de una de las principales defensas.

Una de las ocurrencias de la moderna crítica y que más gracia me hace, es la de suponer que el teatro es un encerado donde se resuelven problemas algebráicos. A menudo se oye á cualquier ignorante mozalvete estas ó parecidas sentencias: —«Esa obra no vale nada, porque no resuelve el PROBLEMA» — «Sí, pero lo plantea» — responde otra voz tan autorizada como la primera.

Enemigo soy de esa impropia y petulante fraseología; pero aceptándola por un momento, fuerza es reconocer que *La parte del león* envuelve un problema de suma trascendencia y nuevo por completo en el teatro. No sólo lo envuelve, sino que lo desarrolla, y deduciendo de él todas las consecuencias, deja á la humanidad, al tiempo y al progreso su solución necesaria y definitiva, esa solución combatida hoy por tantos espíritus estacionarios, defendida por algunos hombres generosos, y que tiende, habida cuenta de las diferencias de inclinaciones y sexo, á la igualdad moral y social del hombre y de la mujer; esa solución de un problema planteado en los albores del mundo, latente hoy en las entrañas de nuestra sociedad reformadora, y que será resuelto en ese por-

© Biblioteca Nacional de España

venir glorioso que todos, amantes de él ó á él refractarios, prevemos, admiramos y sentimos.

Nada más positivo hoy: el hombre se reserva en el matrimonio, y la sociedad lo aprueba, la parte más ancha y cómoda. El mayor número de los maridos, triste es reconocerlo, está vaciado en el molde del Conde del drama que me ocupa; pero ¡ay de la mujer si comete la menor imprudencia! ¡Ay de la Condesa, que se atrevió á casarse juzgando muerto á un antiguo amante y comete la enorme falta de escribir á éste cuando sabe por él que existe, con el piadoso fin de detener una mano próxima al suicidio! Las consecuencias son funestas: el amante convertirá en sustancia el compasivo contenido de aquella carta, y atravesará el Atlántico en busca de una palabra de amor; vencido por la virtud heroica de su antigua amada, no sólo se contendrá en los límites de la prudencia, sino que hasta se desprenderá, en obsequio de ella, de aquel único testimonio de sus amores. Pero será sorprendido por el esposo al devolver esta carta á la Condesa, y para ello es necesario que aquel tenga ya una sospecha, que se encarga de despertar una amante culpable y resentida; y aunque allí no hay sombra ni conato de adulterio, bastará la idea del ridículo en que ha de caer ante los ojos de la sociedad para que el Conde tome venganza, y esta venganza ha de ser la muerte de su pretendido contrario y el abandono de su inculpada esposa y de su inocente hijo: que una vez en la pendiente, el hombre resbala hasta el abismo, que así es, y no de otro modo, el corazón humano.

Hay, pues, en el drama, grandioso y humanitario asunto; hay, pues, verdaderas y naturales pasiones; hay, pues, contrastados y propios caracteres; hay, en suma, un fin moral altísimo é innegable.

El primer acto desenvuelve con desembarazo la acertada exposición del asunto, prepara con inteli-

© Biblioteca Nacional de España

gencia artística la aparición del niño en el segundo, y amontona, con la llegada del amante desde América, espesas y oscuras nubes sobre la morada del Conde.

El segundo acto es inimitable, magnífico, magistral. La escena en que la Baronesa, vengativa amante del Conde, despierta en éste los celos acerca de su esposa; la en que ésta y la Baronesa se declaran su tremendo odio; la en que el marido sorprende á la Condesa recibiendo la carta de manos de Enrique, y la final, de inminente catástrofe, evitada por el niño que regresa del teatro, aturdido más que preocupado por el sangriento ideal de *El médico de su honra*, cuya representación acaba de presenciar, son de mano maestra, de primer órden, en sus justificados efectos y en las emociones que despiertan.

El tercer acto es digno del segundo. La catástrofe se precipita con todo el horror de lo verdadero, y el abandono de aquella infeliz esposa, salvada por el más puro de los sentimientos, por el sentimiento maternal, es conmovedora lección á nuestra sociedad egoista.

La combinación, la elección artística de esos esparcidos elementos que V., amigo Tapia, ha hallado en la realidad, es lo que constituye el arte verdadero. El conocimiento del corazón del hombre y de las preocupaciones sociales, por absurdas que sean, ha completado la obra.

Para los que algo conozcan de los arrebatos de la pasión y de los resortes escénicos, bastan las razones y explicaciones expuestas; pero voy á aducir otras. El drama de V., completamente original y atrevido, sobre todo en el tercer acto, como demostraré más adelante, tiene con algunos dramas esas analogías que hay siempre entre los hombres de génio y entre las obras maestras.

Por ejemplo, al presenciar la escena, por natura-

© Biblioteca Nacional de España

leza violenta, entre las dos mujeres rivales, la amante culpable y la esposa digna, no pude menos de recordar la escena x del acto IV del célebre drama *Adriana Lecouvreur*, obra del inmortal autor de *La calumnia*, y en parte, segun recuerdo, del no ménos famoso de *Luisa de Lignerolles*. Allí dos mujeres, la princesa de Bouillón y la actriz Adriana, se disputan el amor de Mauricio, conde de Sajonia, y en el momento en que ambas dejan estallar su odio mutuo, la segunda, *fuera de sí*, dirigiéndose á la Princesa, prorumpe en estos versos de *Fedra:*

«No soy de esas impúdicas mujeres
que en los brazos del crimen paz disfrutan,
y cubren de una máscara su rostro
donde no asoma la vergüenza nunca.»

Y de tal modo permanece señalando con el dedo á la Princesa, que provoca en los asistentes al acto un marcado movimiento de espanto.

Como V. sabe de sobra, la escena de las dos rivales, en *La parte del león*, está más justificada. En *Adriana* sólo se comprende por la imprudencia de una mujer enamorada. En la obra de V. no se trata de un amante de ambas, sino del marido de una esposa honrada, en cuya propia casa se encuentra la mujer culpable.

La escena en que Enrique se niega á entregar al furioso marido la carta que trataba de volver á la Condesa, es también inmejorable. Y vaya de citas.

Pero seré parco.

Me fijaré, por ejemplo, en el *Drama nuevo*. ¿Recuerda V. el pasaje de aquella carta, no arrebatada á tiempo y tan fácil de ser destruída, y sobre la cual descansa el desenlace de la obra?

La carta del drama de V., por el contrario, no debe ser entregada ni puede ser destruída. Entregarla,

© Biblioteca Nacional de España

fuera un indicio de baja cobardía: destruirla, confirmar de un modo indudable la sospecha del Conde; es verdad que el público siempre sabría la inocencia de la Condesa, pero no la sabrían los personajes del drama. Y sobre todo, aun destruída, el desenlace sería el mismo, el drama continuaría; no es, pues, una carta *pretexto*, es una carta *resorte*.

El final del acto es sorprendente y sumamente natural y sencillo, aunque artísticamente preparado. En su conjunto lo hallo muy superior al segundo acto de *Un drama nuevo*, cuya situación culminante es sólo la uniforme y solitaria de la confesión de la esposa á Yorik.

El acto tercero es, sin disputa alguna, muy superior al respectivo de la mencionada y sublime obra de Tamayo. Allí es algo violenta la representación de otro drama, en el que encaja el verdadero como en ajustado marco; es algo inverosímil que Yorik, despues de leer la carta reveladora, continúe por largo rato fuera de su papel y dentro de él, y que mate sobre las tablas; y es algo exagerada la pasión de la envidia en Walton.

Que el tercer acto de *La parte del león* no tiene los resortes dramáticos ni el movimiento escénico del segundo, es cierto y natural. Todo cuanto existe obedece á las mismas eternas leyes: desarrollo, apogeo, descenso y muerte; que en el drama, sola manifestación de que hablo, pueden traducirse por exposición del asunto, apogeo de la acción ó trama y desenlace, que, en ciertos temas, ha de ser rápido y terrible. Así acontece, aunque no en lo último, en *El tanto por ciento;* y así sucede completamente en *Achaques de la vejez*, en *El nudo gordiano* (y no lo cito por su mérito, que creo escaso), en *Doña Urraca de Castilla*, hermosa joya literaria, y en el mismo *Drama nuevo*.

Acaso digan á V. algunos que su obra es inmoral,

© Biblioteca Nacional de España

por el tipo de la Baronesa y por el final del drama, en el que, á su parecer cortísimo, la virtud queda ultrajada y la maldad triunfante.

Pero á esto puede V. contestar que lo inmoral no está proscrito de la escena, siempre que se admita para condenarlo, y que la virtud triunfa en la desgracia y el vicio cae humillado en la fortuna. Que no se trata de vencimientos materiales, sino de vencimientos morales; que también en los circos romanos, en el espectáculo de los cristianos mártires arrojados á las fieras, la virtud sucumbía y la maldad triunfaba; y sin embargo, ante el resplandor de la cruz de Cristo, cayó, envuelto en las sombras y en el olvido, el trono de los Césares. ¿Qué condenación de aquellos extravíos más enérgica que las frases puestas por V. en boca de don Justo, cuando afligida la esposa por el espectáculo de la maldad, al parecer triunfante, exclama: *¡Qué te importa! ¡No los envidiemos!*

¡Y qué! ¿Acaso es moral y edificante que una madre ahogue á sus hijos como sucede en *Medea?* ¿Lo es por ventura la famosa *Dama de las Camelias*, que, abandonando á su amante ante la voz de un padre exigente y á virtud de un movimiento que algunos creen de abnegación, cae de nuevo en la más abyecta prostitución del alma y en los más negros horrores del vicio? ¿Lo son las esposas adúlteras creadas por los autores actuales, esos corruptores de la escena española? ¿Lo son los galanteos y escalamientos nocturnos de nuestro teatro del siglo XVI y XVII? ¿Lo es la escena II del tercer acto de *Le Roi s'amuse*, en que Blanca, á presencia de viles cortesanos, entra en la cámara de Francisco I, al salir de la cual habrá ya perdido las virginales rosas de sus mejillas? ¿Y no son célebres estas obras? ¿Y no pasan muchas de ellas, y en realidad lo son, como obras maestras del arte? ¿Quién dice, pues, que no cabe en la escena lo simplemente inmoral, como el pecado, si

© Biblioteca Nacional de España

cabe lo inmoral trascendental, como el crimen? Lo único que puede decirse es que lo inmoral ha de contenerse dentro de los límites de lo decente, y el crimen no traspasar los límites de lo repugnante, regla, sin embargo, trasgredida por la magnífica tragedia de D. José María Díaz, *Gabriela de Vergi*. Que el teatro, en suma, no es más que un aspecto artístico de la vida humana, del alma racional, donde se riñen diariamente esas inacabables batallas entre los dos eternos principios de la existencia: la virtud y el vicio, el bien y el mal.

He dejado para lo último tratar de otros puntos importantes del drama de V. Tales son la doble salvación de la Condesa en el segundo y tercer acto, respectivamente, por la presencia y el recuerdo de su tierno hijo; la existencia en el drama del tío del Conde, término equidistante entre lo exaltadamente apasionado y lo severamente justo; la de Valdemar, y la concurrencia al sitio del duelo de la Baronesa y la Condesa, y forma de aquél.

Vamos por partes: no hay en el drama nada más conmovedor que la doble salvación de la Condesa, pero es aún más poética la del tercero que la del segundo acto. La razón es muy sencilla: en el último de los mencionados actos se salva materialmente, salva su existencia de la muerte; en el primero, moralmente, porque al salvarse del suicidio redime su alma.

En cuanto á la presencia del tío del Conde en el drama, y señaladamente en el duelo, está más que justificada: bastante más justificada que la de Shakspeare en *Un drama nuevo;* aquí es el amigo oficioso que lucha y mata, en *La parte del león* es el pariente juicioso y desinteresado que prevé y razona. En cuanto á Valdemar, que sólo aparece en el tercer acto, es un personaje secundario, menos importante que el Rey en *Don Francisco de Quevedo*, en cuyo

© Biblioteca Nacional de España

nombre, no obstante, se hace todo sin que salga á la escena.

Justifican las agitadas pasiones de todos los personajes la concurrencia al sitio del duelo de las dos rivales: ambas están interesadas en su resultado; la Baronesa no tiene otro medio de vindicación y venganza, la Condesa debe impedirlo á toda costa. Pero á mayor abundamiento, recordaré á V. la tragedia *El Cid*, de Corneille, acto II, escena VIII. Jimena aparece á pedir al rey Fernando justicia contra el matador de su padre, y entre otras cosas, dice:

«Sire, mon père est mort; mes yeux ont vu son sang
couler à gros bouillons de son genereux flanc.
J'ai couru sur le lieu, sans force et sans couleur,
je l'ai trouvé sans vie.....»

Clásico Corneille, no se atrevió á presentar el duelo en la escena, pero hace saber que Jimena lo presenció ó procuró evitarlo.

En *Las mocedades del Cid*, del valenciano Guillen de Castro, y en el drama de análogo título de nuestro contemporáneo Fernandez y Gonzalez, se presenta al público el duelo á presencia de Jimena, que acude á impedirlo. Esto es lo natural y lógico; más aún, esto es lo dramático en todas las edades y tiempos, mientras sea invariable el corazón humano.

No conozco obra alguna en que se ofrezca al público un duelo, de levita, y V. recordará lo que le indiqué sobre esto cuando tuvo la bondad de leerme su drama; pero visto ejecutar, afirmo la opinión de que es altamente dramático, y por esta innovación atrevida merece V. mis plácemes.

Parece que aquí debiera terminar este escrito, pero no es así. Me es indispensable decir algo más. Yo, que me maravillo ante la extraordinaria y rara ver-

© Biblioteca Nacional de España

sificación de los dramas al uso, en que no sé qué admirar más, si la impropiedad de la frase, lo rebuscado del concepto, ó lo falso de la imagen; porque pasman los efectos sin causa por la habilidad de hallarlos y hacerlos pasar al paciente público; porque aturden los *problemas* sociales, contrarios á las sociedad, á la moral y á la familia; porque condeno desde el fondo de mi conciencia de hombre y de mi sensibilidad de artista los extravíos representados en obras donde no hay más que enfermizos rugidos de calenturientos leones; yo, amigo Tapia, que aun admiro á Moratín y á Ventura de la Vega, y á Ayala, García Gutierrez, Hartzenbusch y Tamayo, no puedo menos de reconocer en el drama de V. cualidades de primer orden.

Y tenga V. entendido, aunque otra cosa le digan, que su drama de V. no pertenece á la escuela del realismo, ni del naturalismo, ni del efectismo, pequeñas teorías que intentan disputarse la esfera inmensa de la dramática. Pertenece á la eterna escuela de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero en el arte. Este no copia la naturaleza, sino que la imita, asimilándose y embelleciendo los elementos de lo real; y los grandes efectos teatrales, que son de todos los pueblos y de todas las épocas, surgen del acertado movimiento de las pasiones. Puesto que el amor contrariado llega hasta el crimen en lo real, bien puede, dentro del arte, atravesar el Océano para escuchar una palabra de consuelo: puesto que en la vida real puede un indicio vehemente conducirnos al vértigo, bien puede el arte hacer morir á Desdémona por el hallazgo de un sospechoso pañuelo. Lo que hoy llamamos realismo, efectismo, naturalismo en el arte, no son más que aspectos de éste, que aislados nada representan, y reunidos superiormente, constituyen su vasta acción, su acción creadora y fecunda. Al penetrar en el teatro abandonamos el mundo sensi-

© Biblioteca Nacional de España

ble para entrar en un mundo espiritual más perfecto.

Si participa V. de estas creencias, como supongo; si en algo estima mi opinión humilde, y así lo considero, puesto que ha tenido la dignación de pedírmela, que la mal llamada crítica, que la diatriba grosera ó anónima—que casi siempre son lo mismo—no le hagan vacilar ni un minuto sobre el grande é indisputable mérito de su obra. Tenga presente que la envidia, al revolcarse en el lodo, sólo á sí misma puede salpicarse de fango.

Y piense, por último, qué dirian de V. si, á semejanza del autor de *Hamlet*, describiendo personajes anteriores á Jesucristo, nos hablase por boca de éstos de varios santos, invenciones y usos posteriores al cristianismo.

Recuerdo de nuevo á Moratín—tengo la debilidad de admirarlo mucho—y no han podido menos de venir á mi memoria aquel su gracioso epigrama á Geroncio, que se metía á censurar lo que no sabía leer, y más aún este otro, que aconsejo á V. tenga presente en algunas ocasiones:

«Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera:
Más pesadumbre tuviera
Si te gustaran á tí.»

Resumiendo, le diré que el asunto de su drama es nuevo é importantísimo; el desarrollo de las pasiones natural, progresivo y á más no poder interesante; los caracteres, fijos y uniformes; los efectos teatrales, muchos de oro de ley, de primer orden; el sentido moral intachable; el lenguaje, conciso y corriente, como cuadraba á la obra, y esmaltado de perlas de subido valor; tales son, en mi juicio, la sentencia del tío del Conde en el primer acto, cuando afirma que el delito lo es en sí y no por sus conse-

© Biblioteca Nacional de España

cuencias; la comparación de la Baronesa al expresar en el último acto, revelando su deseo de venganza, que, como Macbeth, ha asesinado el sueño, y el recuerdo iracundo del Conde, también en el tercer acto, de los suspiros que, enviados al supuesto amante, habría exhalado la hermosa garganta de su esposa, pensamientos grandes y nobles, que sólo habrán pasado desapercibidos para la ignorancia.

Y voy á hacer una digresión que será la última. Con verdadera satisfacción, con legítimo orgullo lo recuerdo: hace dos años, recién llegado aquí escribí y publiqué la opinión de que el malogrado Gautier Benitez era el primer poeta lírico puerto-riqueño, y usted, mi querido Tapia, el primero entre los dramáticos. Anónimos, cartas no anónimas, artículos de la prensa periódica me combatieron; pero llegó el día de la justicia—¡cuándo no llega!—y es hoy mi opinión la unánime.

Si el estudio psicológico del alma humana; si el análisis de las pasiones y la anatomía del corazón del hombre; si el conocimiento profundo del teatro, de sus efectos, de sus resortes escénicos; si el lenguaje propio de los afectos terrenales y de las aspiraciones del espíritu, aunado todo, reunido feliz y armónicamente, constituyen y señalan la obra maestra del arte—y ésta es mi creencia—la de V. alcanza ese grado. Reciba, pues, mi enhorabuena y no dude de los sufragios del porvenir ni de la admiración de cuantos aman la literatura española y hablan esta inmortal y gloriosa lengua de Cervantes.

Pero me dirá V.: ¿y los defectos que el drama tenga?—No sé, amigo mio, ó por mejor decir, no me he fijado en ellos.

¿Qué dejaría entonces á tanto envidioso Zoilo y descontentadizo Aristarco?

Abril, 1880.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

AB INITIO.

(NARRACIÓN COSMOGÉNICA.)

I.

A la caída de una abrasada tarde, durante un viaje por la caduca India, nos detuvimos cerca de Patna, á las orillas del sagrado Ganges, junto á las ruínas de una pagoda, y á la sombra de corpulentas palmas.

Despues de dar descanso á los sufridos camellos y de causar no escasa merma en nuestras frugales provisiones, permanecimos sentados en las gastadas piedras del antiguo templo, mientras una noche serena y clarísima cuajaba el cielo de tembladoras estrellas, presididas á poco por una luna diáfana y resplandeciente. Mi imaginación, de suyo errabunda y soñadora, tornóse á los pasados tiempos, y pobló en un instante el vetusto edificio de graciosas bayaderas, y creyó ver surgir de las plateadas ondas del río cien

© Biblioteca Nacional de España

esbeltas y bulliciosas apsaras, y como por hilo invisible rehizo las muertas teogonías de aquel primitivo mundo y aquellas remotas razas, hoy confundidas en el polvo.

Un anciano asceta, habitador de aquellos lugares, é iniciado en la tradición y en los misterios de las antiguas ciencias, completó la ilusión por mí evocada, y accediendo gravemente á una invitación que le dirigimos, con reposada palabra hizo la narración siguiente, confirmada por él en el trascurso de muchos años, después de interpretar los confusos rumores de las aguas del Ganges, y vivir algún tiempo extático en contemplar el enigmático loto y en traducir las leyendas que forman los astros en el infinito.

Símbolo de una poesía primitiva y vigorosa, y génesis deslumbrador y extraño, la copio á continuación, tal cual la recogí de labios del solitario asceta, á cuyas palabras parecían tributar mudo respeto el silencio de la noche y el esplendor de las estrellas.

II.

El Sér creador había tenido ya tres sueños consecutivos al dar vida y forma al plan de la existencia universal.

El primero fué un sueño de majestad y poder, y engendrada en su trascurso la masa enorme del sol, aun apagada y fría, rodó pesadamente por el espacio, y fué á situarse, inmóvil y silenciosa, donde permanece hace ya centenares de siglos. El pesado hierro, el calcio, el tenue hidrógeno, el blanquecino titanio y otras sustancias sabiamente constituidas y combinadas, para arder en combustión poderosa, sólo aguardaban el contacto de un átomo del fuego creador.

© Biblioteca Nacional de España

Fué el segundo un sueño de amor, y nació la luna, que, esperando el primer beso de la luz, marchó á ocultarse, cual virgen tímida y pudorosa, en los más profundos senos del éter.

Y en el tercer sueño, que fué de gloria, habiendo el Sér entreabierto sus fecundantes ojos, poblóse el cielo de menudos átomos y partículas de plata, innúmeros, rutilantes y bellos, formados para ser mudos testigos de la primera y no repetida escena grandiosa de la vida, y para combinar después, perpetuamente, ante los ojos del mortal, como solitarias estrellas de la noche, el nombre y la gloria del absoluto Espíritu.

En esta creación última de los astros comenzó á azulear la infinita bóveda, determinando á través de millones de estadios los contornos sombrosos y opacos del venidero padre del día y de la futura dulcísima reina de la noche.

III.

El Sér abrió sus eternos ojos, y miró aquellos dos globos oscuros y aun informes; y en el momento el sol, inflamado súbitamente, se coronó de llamas: de hirviente lava arrojada por cien mil volcanes á un tiempo, parecía su seno ondulante y móvil como el de virgen, que se deprime y llena, y explosiones formidables y continuas ensordecieron el espacio Ni una intermitencia tenía el fuego del majestuoso planeta, ni una mancha se observaba en la inmensa superficie del joven y ponderoso astro.

Agradó al Sér aquel grandioso y sublime espectáculo, y satisfecho de su obra hizo que el sol girase sobre sí mismo para poder á su sabor contemplarlo.

© Biblioteca Nacional de España

La luna, en tanto, aunque alejada del sol, había ya recibido el primer destello de su luz ardiente y generadora, y á un deseo del Sér, paseó por el espacio su virginal y argentado reflejo.

Mas no era aquella luna la que hoy veis, de calcinadas crestas, áridos valles, luz opaca y macilenta, y casi extinguida atmósfera, que se eleva solitaria y se ofrece á nuestra vista como espectro tristísimo de perdidos recuerdos; no era el pálido emblema de pasados amores, ni la representación de huída fortuna y malogradas glorias, ni el astro de la melancolía y el dolor funerario; era una luna exuberante de resplandor y belleza, cubierta de vegetación lujuriosa, de cimas animadas, fértiles llanuras y removidos mares, y en cuyo seno bullía la savia primera de la juventud y la vida. Aun no era *la pupila de la noche* que dijo más tarde el ilustre Beocio, sino hermoso globo de azulada luz que compartía con el sol el dominio del primer día.

IV.

El Ser descansó y quedaron frente á frente el sol y la luna, sin más testigos que las lejanas y deslumbradas estrellas, contemplándose á través del espacio.

Él era el emblema del poder, la fuerza y la energía; ella era la imagen del amor y la ternura, de la belleza y la gracia; él era la acción, el principio fecundante, la facultad generadora; ella, el movimiento, el molde reproductor, el seno apto para ser fecundado.

El sol, la poderosa hoguera, el centro del calor, el padre del fuego y de las llamas, sintió que lo abrasaba el deseo de poseer á su hermosa y distante com-

© Biblioteca Nacional de España

pañera, y redobló sus ardientes miradas é inflamó el éter palpitante con sus besos; recibíalos la luna, y aspiraba con deleite aquellos átomos del amor primero, conducidos hasta su seno virgen por las vibraciones y ondulaciones del aire, y centuplicaba su belleza, y suavemente atraída y dulcemente inclinada hacia el sol, le enviaba sus más tibios rayos á manera de apasionadas sonrisas.

Uno y otro astro gozaban de las delicias del amor correspondido; uno y otro escribían la primera página de ese gran libro que la humanidad ha llenado después con sus suspiros y sus deseos, sus esperanzas y sus temores, sus placeres y sus desencantos.

Mas la pasión del sol era irresistible y formidable como su naturaleza, y seguro y firme, aunque suave, el amor de su compañera; sólo faltaba la mutua posesión para coronar sus deseos, y los dos astros resolvieron unirse en el espacio.

V.

Adelantóse el sol majestuosamente, agitando su espesa cabellera de llamas, y la luna, trémula de emoción, movióse hacia su amante como para recibirlo en su seno. Por donde él pasaba, quedaba luego ancha senda de oro, y luminosa huella de plata en el tranquilo tránsito de la luna.

La unión iba á efectuarse: vibraba el espacio como lira inmensa pulsada por manos titánicas é invisibles, y el éter inflamado parecía trazar con signos misteriosos el epitalamio gigantesco del primero y más grande amor de la creación nueva.

Á medida que el sol se adelantaba, enrojecíase más y más, y la luna se encendía más y más, cual

© Biblioteca Nacional de España

virgen que siente agolparse el rubor á sus mejillas, ó como si participase del cariñoso fuego de su amante.

Uniéronse por último en una larga caricia y en besos innumerables y apasionados: el fuego del sol abrasó y consumió la energía vital de la cándida luna, y en aquel momento supremo de delicia sin fin, en que se conmovieron las lejanas estrellas como envidiosas de tal ventura; en que se alteraron las eternas leyes siderales y el espacio se estremeció en sí mismo, el sol se despojó de parte de su ingente fuego, sintió su seno desgarrarse la luna, y cayeron y rodaron por las inmensidades de la celeste esfera, como chispas de brillantes, polvo de oro enrojecido, átomos de fundida plata é inflamados topacios, los planetas todos, los errantes cometas, los imperceptibles asteroides, los meteoros cósmicos, en número tan infinito que jamás podrá conocer el hombre, y como hijos de aquella grandiosa unión y de aquellos imponentes amores.

VI.

Al estremecimiento universal, el Sér despertó, vió con asombro lo ocurrido y miró con amor á los hijos de la unión primera.

Fijó al sol su anterior sitio en la inmensidad, y trazó su eterno derrotero á la luna; escribió con su pensamiento en el espacio el problema y ley de la atracción, é hizo surgir la vida en los planetas.

Dejó al sol en castigo sus perennes manchas, como acusacion y remordimiento de su culpa, y la luna fué condenada á vivir sin vida y eternamente á consumirse en el fuego de su pasion primera, recorriendo siempre el espacio, apagada como un recuerdo,

© Biblioteca Nacional de España

triste como un dolor, descarnada y sola, como espectro que abandonase su tumba.

VII.

Y aquí teneis por qué nunca jamás han vuelto á unirse y se evitan ambos esplendorosos astros, porque esa ley divina es la ternura de los padres hacia el fruto de sus amores.

Y aun el sol, poderosa hoguera, centro del calor, rey del fuego y de las llamas, siente que lo abrasa el deseo de poseer á su hermosa y distante compañera; y aun la luna se siente atraida por su gallardo amante; pero conocen que su union quebrantaría las leyes eternas y sus hijos perecerían, y á distancia infinita inflaman el éter con sus miradas y sus besos, y se contemplan reproducidos, él en el rojo Marte, ella en la azulada Venus.

Y hé ahí por qué se abrasan en el fuego de ya imposibles é irrealizables amores: y hé ahí por qué está la luna siempre tan triste, como llorando una viudez anticipada y eterna, y por qué la sigue el sol perpétuamente á través del espacio.»

1884.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

VIAJE

AL REDEDOR DE LA CORTE EN BUSCA DE LA JUSTICIA.

Ante todo, lector amable, debo decirte en descargo de mi ánima y para que no me acuses de mendaz ni superchero, que el viaje que vas á hacer conmigo, si de ello gustas y no se te antoja penoso, no es, propiamente hablando, al rededor, sino por dentro de la corte; pero háme agradado el titulillo, epígrafe, rubro ó nombre, como quieras llamarle, que he puesto al frente de este mi verídico relato, y cierto y positivo suceso, y si no formas reparo, puedes legitimarlo concediéndome que sea corte solamente el corazón y centro de la gran ciudad que vamos á visitar, y suburbios lo demás de ella, lo cual no te imagines que es mucho concederme.

También quiero advertirte, para calmar tu zozobra y llevar la tranquilidad á tu ánimo, dos cosas: es la primera que no vamos en busca de la justicia ordi-

© Biblioteca Nacional de España

naria, sino de otra que dista de ésta, así como el concepto del hecho y el original de las llamadas traducciones libres; y la segunda es que no se trata aquí de la corte de España, como por el título pudieras sospechar, y contigo cualquier otro; y sí de la corte de Aspadania, célebre nación que ha venido á ménos, circunstancia, sin duda, que habrá influido en los geógrafos contemporáneos para excluirla de sus tratados y mapas.

Pero no há muchos siglos era un gran pueblo el de los *aspadanos*, y su corte, llamada *Dradmi*, emporio de las ciencias, las artes y la riqueza nacional; del carácter y valor de sus hombres formarás idea, áun débil, con decirte que, invadido en una ocasión su territorio por el feroz Kambises, y en otra por uno de los más poderosos Faraones, rechazó á los hijos de Perseo y á los egipcios heroicamente; y si bien Herodoto guarda envidioso silencio de ambas memorables victorias, sábese por desenterrados *papirus* y grupos escultóricos é hipogeos recién descubiertos, que persiguiendo á los primeros llevaron sus armas hasta Asmira, junto á los montes Imaus, cuyo rey ninguna ofensa les había hecho, y dando alcance á los segundos, llegaron, despues de arrasar á Menfis y á Tebas, hasta las orillas del Coloe, cerca de los famosos montes de la Luna. Lo más raro del caso es que los caudillos de las dos expediciones se oponían á tan disparatada dispersión de sus gentes, segun la versión de un sabio alemán que ha descifrado un bajo-relieve donde un gigante, Júpiter, es decir, un príncipe ó un jefe, queriendo impedir á los *aspadanos* que acosen al enemigo, que está representado por un ciervo, da un terrible puntapié á una montaña, la cual vuela en pedazos por los aires, como diciendo: no pasaréis de aquí.

Sea lo que quiera de esto, cuya averiguación dejo á la inofensiva cohorte de egiptólogos, arqueólogos y

© Biblioteca Nacional de España

anticuarios, lo que está fuera de duda es que los *aspadanos* son algo tercos y un tanto cabezi-duros, en términos de que ni uno haya vuelto de los que tal hazaña realizaron, ignorándose á estas horas si perecieron al filo de los enemigos aceros ó si capitularon ante los retozones ojos de algunas hermosas nubias, ó bellas escithas, pues dicen que por allí habia entonces, y hay todavía, irresistibles muchachas.

En lo reseñado habrá comprendido el lector estudioso que la *Aspadania* está situada en el Asia mayor, *la abuela del mundo*, según la expresión feliz de un gran poeta que ha olvidado España demasiado pronto. Forman sus fronteras, al Norte los célebres montes Khorassan, el golfo pérsico al Sur, y Caramania y Susa por donde nace y muere el día.

Sus habitantes han desdeñado siempre toda industria, ricos con el feracísimo trigo que producen sus fecundas vegas y el abundante oleo que rinde, al ser prensada, la agria aceituna de sus espesos olivares. Profundos ríos cruzan y fertilizan su territorio, el *Tisbe*, el *Jaot* y el *Roeb*, y poseen grandes y famosas ciudades, siendo las principales *Arlonaceb*, *Llasevi*, *Lanvecia* y otras; mas ninguna compite con la capital y corte, *Dradmi*, que lame un simulacro de río, llamado *Rhesnazaman*, sobre cuya débil espalda los *aspadanos* han tendido, algo portugueses en esto, inútiles y ponderosos puentes.

Hechas las anteriores descripciones y aclaraciones, para que el lector sepa el terreno que va á pisar, entro sin ambajes en mi relato.

Hallábame una tarde contemplando la caida del sol en un bellísimo paisaje de esta tierra tropical, en donde está ¡oh lector! hace seis años, y no muy á su gusto, este tu dolorido y humilde servidor. Había leído, momentos ántes, un periódico *aspadano* en que se aclamaba la paz y prosperidad, la equidad y justicia imperantes en aquella nación, la cual, agre-

© Biblioteca Nacional de España

gaba, iba á ser al fin admitida como potencia de primer orden en el concierto asiático y en el equilibrio de la India. Con tan halagüeñas imágenes é ideas dulcísimas, me sentí como trasportado y fuíme quedando dormido poco á poco, mientras el acicate del deseo lanzaba mi alma por los espacios infinitos en demanda de la nueva Arcadia. En lo más embelesado de mi sueño apareciósemе un singular personaje, de larga, inconmensurable estatura, escuálido rostro en que brillaban como ascuas dos hundidos y penetrantes ojillos, puntiaguda barba y descarnadas manos, cuyos dedos parecían látigos flexibles.

—¡Hola!—me dijo con vocecilla de falsete.—¿Conque sueñas con *Aspadania?* Pues vas á verla de cerca. ¡Eh, no tiembles ni temas!

Y esto diciendo, acercó su boca á la mia, aspiró fuertemente, y como si hubiese extraído mi espíritu, oí rodar mi cuerpo inerte, y sentíme sin peso, arrebatado por el espacio.

Híceme cargo después de que el tal hombre debía ser el mismísimo diablo, y como cruzásemos el aire por encima de una llanura inmensa y negruzca, que me pareció el mar, sentí cierto frío y desazón interiores.

Pero todo ello duró cinco minutos, al cabo de los cuales tomamos tierra y nos encontramos en una sucia estación de ferro-carril, llena de extrañas gentes é infernal movimiento; veíanse grupos de hombres de aguileña nariz y negra y poblada barba, vestidos á la usanza europea, pero con gorros cilíndricos de borla; otros llevaban dudosos trajes blancos y turbante del mismo indefinible color; allá un viejo de nariz de loro, ojos de avaricia y barba rala, narraba cuentos ó anécdotas, que pagaban con risotadas una porción de muchachos vagabundos, de chata nariz, salientes pómulos y ojos imbéciles; acá revisaba gravemente sus billetes de viaje un *gentleman*,

© Biblioteca Nacional de España

acompañado de su impávida mitad, mujer cuya belleza no podía causar muchas zozobras á su marido.

Confieso que me creí en Turquía; pero algunas palabras que llegaban hasta mí, entre las que sonaban con frecuencia el *Sudan*, *Gordon*, *Suakin* y el *Mahdi*, me hicieron sospechar que nos encontrábamos en Egipto. Alcé la vista y leí en uno de sus muros esta inscripción: *El Cairo*.

Cuando bajé los ojos tuve que detenerlos, asombrados, en una linda joven..... ¡Qué belleza! ¡qué ojos! ¡cuánta gracia en los movimientos de sus redondas y bien proporcionadas formas! Acompañaba al matrimonio inglés, que he citado antes, acaso como esclava adquirida en algun mercado, segun la autoridad con que ambos cónyuges la llamaban, y respondía al nombre de *copta*.

Pero ¡qué diferencia entre ella y las coptas que nos pintan las revistas ilustradas, de nariz desmadejada, boca inconmensurable, agitanado rostro y cabello escaso y descaecido! Ésta era un espléndido tipo de hermosura circasiana, de correctas líneas y nobles facciones, y ya llevaba yo camino de una novela, en que figuraba mi heroína como descendiente en línea recta de Sesostris, cuando oí á mi lado estas palabras:

—¡Eh, amiguito, que no tenemos sobrado el tiempo!

Y sin saber cómo, halléme encaramado sobre la techumbre de un coche de ferro-carril, y éste en marcha vertiginosa. Y así, con rapidez sostenida, salvamos porción de pueblos y ciudades, de los que recuerdo á *Syena*, *Stradisi*, *Meroe* y *Auxuma;* cruzamos un gigantesco puente tendido sobre el mar *Rojo*, entre *Arsinoe* y *Ocelis*, y despues de hacer breves paradas en *Safara*, *Ofir* y *Nagara*, empezamos á ver, á la dudosa luz de una luna amarillenta, llanuras sin término y sin vegetación.

© Biblioteca Nacional de España

La verdad es que yo sentía frío, y hube de manifestárselo tímidamente á mi callado compañero de viaje, el cual prorumpió en una risita mortificante y burlona; pero me ofreció que, llegados á *Marata*, seguiríamos la marcha cómodamente instalados en el interior de un coche.

Figúrate, lector, mi sorpresa cuando en la estación de *Marata* me vi de improviso sentado frente á frente de mi interesante *copta* y de los dos tiesos y acartonados ingleses, ella entornando los cansados párpados majestuosamente y él leyendo un libro.

Movíme en el asiento para ver si llamaba la atención de la hermosa, y á no dudarlo, virginal copta, la cual permaneció impasible, acariciando tal vez, y reteniendo entre sus largas y espesas pestañas negras, los sueños de rosa de algún amor ideal.

Comprendí sobradamente que mi compañero y yo éramos formas invisibles, y á beneficio de este descubrimiento precioso me aproximé al grave caballero inglés con el fin de averiguar qué leía. ¡Era la noventa y una edición francesa de *Las Memorias de Sara Barnum!* Después de esto, fíese usted de la circunspección inglesa.

Miré entonces y me acerqué á la lindísima egipcia, y á título de invisible se me ocurrieron algunas diabluras sin consecuencias tales como estampar un ósculo silencioso entre sus frescos labios ó tirarle un pellizco en la pantorrilla; mas al ir á hacerlo sentí que carecía de labios y de manos.

La verdad es, ¿por qué negarlo? que la bellísima copta me interesaba vivamente; pero ¡oh desilusión terrible! la señora inglesa empezó á roncar suavemente, y su compañero, sin soltar el libro ni cambiar de postura, volvió sus ojos á la hija de los Faraones, le cogió una mano cariñoso y.....

En este instante dió un salto el wagón; oyóse un

© Biblioteca Nacional de España

grito general, y yo estas palabras de mi personaje misterioso:

—¡Qué torpe es la humanidad!

. . . . . .

Seguramente estarían aún recogiendo las víctimas del funesto descarrilamiento, cuando el sér infernal que me trasportaba por los aires haciame cruzar el golfo Pérsico y descender á tierra en el extenso muelle de *Zidac*, primer puerto de mar de *Aspadania* y ciudad que llora su perdida opulencia.

Desde allí nos trasladamos por ferro-carril á *Dradmi*, la espléndida, la renombrada corte *aspadana*. Era ya de noche, y al salir el tren de un repliegue del camino, dióse á conocer desde lejos por un foco inmenso de luz.

Llegamos, y el bullicio, el movimiento, el ruído, los carruajes, las luces, todo aturdía y deslumbraba; de ello puede formarse precisa idea quien conozca á Madrid, con cuya capital tiene la corte de *Aspadania* no desatendibles puntos de semejanza.

Bien hubiese querido detenerme en admirar escaparates lujosos, atestadas librerías, elegantes cafés y hermosas mujeres; mas de improviso se produjo gran alarma en las calles porque un ratero había robado un reloj, y fué inútil perseguirlo y buscar policía, y mi conductor me dirigió estas palabras:

—No dispongo de mucho tiempo, porque me ha caído que hacer con unos esquimales en la isla Melville; prepárate, pues, que todo lo curioso que encierra *Dradmi* pasará al rededor de tí como extenso y giratorio panorama. ¿Ves? Este es el clásico *Teatro Aspadano*. Entra, y te advierto que vas á presenciar el estreno de un drama del sabor llamado *realista*.

Llena estaba la incómoda, fea y pobre sala cuando empezó la representación. En el primer acto el público aplaudió calurosamente; en el segundo gritó

© Biblioteca Nacional de España

como un energúmeno, y hubo desmayos y accidentes entre las señoras; en el tercero hízose salir al autor ochenta y cuatro veces consecutivas á las tablas.

Y no había para menos : imagínese el lector benévolo que la acción era contemporánea. Aparecía un señor, no viejo y muy bueno, casado y viviendo en santa paz con sus suegros, su mujer, lindísima morena, una cuñada, rubia, todavía más linda, una hija, que era un sol, y un amigo de la infancia que había encontrado en la miseria y recogido piadosamente en su casa; visita ésta un cura de un regimiento, muchacho guapo, que canta *por lo flamenco* y viste de noche de teniente de húsares. En este estado de cosas, el protagonista, que se llama D. Inocencio, tiene que hacer un viaje á Conchinchina para recoger una herencia; pasa el tiempo, y su mujer se enamora perdidamente del cura; pero el amigo de la infancia se apercibe y queriendo evitar una caída á la esposa de Inocencio, suplanta al cura en la cita, en la que pierde los flacos estribos ante la pérfida mujer y la lleva á un doble adulterio, no sé si moral (quiero decir inmoral), ó de qué orden; pero la hermana de la adúltera, que ama al amigo de Inocencio, y ha sido seducida por él, promueve un fuerte escándalo en la casa, escándalo que el fingido teniente de húsares quiere evitar propinándole un soberbio mogicón, que recibe la suegra de Inocencio al entrar en la habitación inopinadamente. La hija del repetidísimo Inocencio llama al juez; pero se entabla una competencia de jurisdicción entre éste y el alcalde de barrio. Hay un duelo entre el suegro y el amigo de Inocencio, que procuran evitar la suegra, la mujer y la hermana de éste, yendo envueltas en sendos velos sucesivamente á la casa del cura; allí las tres se reconocen y se arañan, y el fingido teniente huye.

© Biblioteca Nacional de España

La situación se complica con el regreso del esposo, que viene perseguido por una muchacha japonesa, que se dice seducida por un individuo que se le parece. El conflicto surge ; la japonesa resulta prima hermana de Inocencio y víctima del amigo de la casa ; éste es hermano del protagonista y el cura hijo clandestino, y la niña que pasa por hija del matrimonio lo es del suegro de Inocencio y de la japonesa, todo lo cual se averigua por un diminuto puñal que trae oculto la ex-doncella oceánica, y en cuyo dorado pomo está cincelado por hábil artista chino el árbol genealógico de tan apreciable familia.

El desenlace es tremendo : la inocente niña se precipita por un balcón á la calle; el protagonista se dispara á un tiempo dos pistolas por entrambas sienes, y el juez se lleva á la japonesa, que va á dar con su asendereado cuerpo en la cárcel.

Decían varios sabios á mi alrededor que el tal drama envolvía un gran problema social y jurídico-militar-eclesiástico-internacional ; mas yo juro al lector que me quedé en ayunas y con tamaña boca abierta. Y aun faltaba la más gorda. A la salida del teatro inmenso gentío con encendidos hachones y alegres músicas aclamaba al afortunado autor y esperábanlo para acompañarlo á su morada. Pregunté el motivo de aquella ridícula forma de entusiasmo literario, y me contestó mi guía que semejante jauría dramático-bufa era *la última novedad* en el arte de los éxitos y de las ovaciones.

—Esto que ves—añadió—es de todos los días; háse apoderado del *Teatro Aspadano* lo que podríamos llamar el *cuarto estado literario*, y la escena es patrimonio de logreros y génios de nuevo cuño, cuyo principal mérito constituyen sus influyentes valedores. Sus dramas se parecen como monedas acuñadas en el mismo troquel : esposa adúltera..... marido engañado..... casamiento probable entre dos hermanos;

© Biblioteca Nacional de España

en fin, *conflictos de familia*. Y lo peor es que á este paso cuando hallemos en la calle á un esposo..... infeliz, tendrémos que decir: *Ahí va un..... protagonista de un drama al uso.*

Desviamos nuestros pasos de los ruidosos y caldeados manifestantes, y pensando iba en la rareza de hallar en el Asia *aficiones flamencas*, cuando me vi en un café de ese género, rebosando en gente de rompe y rasga; allí la pintada prostituta, descendiente directa de las famosas *estufas* de París, y la quemajosa y descarada *chula*; y mano á mano con ellas los verdaderos *charros* de los barrios últimos de *Dradmi* y los aristócratas *sietemesinos* que pretenden parecerlo. Sobre un tablado, un majo punteaba y rasgueaba con ejercitada mano una quejumbrosa guitarra; otro, á su lado, cantaba con aguardentosa garganta tristes *soledades*, y una hembra del partido, de airosísimo porte y formas y rostro muy agraciados, desenvolvíase y bailaba con toda la flexibilidad de la lascivia.

—No te extrañe—me dijo mi desconocido amigo—lo que ves, que en su mayor parte son costumbres originarias del Egipto. Lo raro del caso es que esta gente desdeña ilustrarse y desprecia á las clases más elevadas, que tienen como á honra el confundirse con ellos.

Salimos de allí muy tarde y pasamos en claro la noche, llamando mi atención que mucha gente en *Dradmi* hiciera otro tanto, porque tal costumbre dificulto que se avenga muy bien con los hábitos de trabajo que hacen á los pueblos prósperos y grandes.

Iba ya algo avanzado el nuevo día cuando un espectáculo de otra estofa hizo que nos detuviésemos en mitad de una calle que, si mal no recuerdo, se llamaba *Deverval*. Apretado gentío, en que predominaban elegantes damas y muchos hombres calvos

© Biblioteca Nacional de España

y viejos, dirigíase á una casa, á la que también se encaminaba majestuosamente un asno, algo flaco, pero engalanado con cabezada lujosísima y ancho serón de hilillo, urdimbre y flecos dorados, atestadísimo de libros vetustos, manuscritos insípidos, apolillados y polvorientos, y citas laboriosas y raras. Llevaba el llamativo cuadrúpedo negro birrete alojado entre ambas descomunales orejas, y sobre él no pude contar cuántas borlas de diversos colores, en forma de parecer un íris. Al pasar cerca de mí notéle cierto olorcillo de sacristía y una sonrisilla á la vez cándida y burlona, y parecióme distinguir, por entre la red del aureo serón, las lustrosas y desgastadas cuentas de un rosario.

Dijéronme que aquél era el celebérrimo *Asnosabio*, monstruo y portento de las presentes y venideras generaciones, y que de allí á poco rato se verificaba su recepción en el *Gran Aspadán*, ó sea la Academia del reino, donde leería un discurso acerca de la poesía mística prehistórica. Atravesamos por entre damas que lo saludaban conmovidas con sus pañuelos, y notabilidades que le hacían profundas reverencias, y vimos llegar á un individuo, casi un muchacho, estrambóticamente vestido, de enjuto rostro, miembros raquíticos y aspecto desenfadado y risible, á quien todos abrían paso con cierto involuntario respeto, aunque lo miraban de reojo con mal disimulado coraje.

—¿Ves ese barbilampiño, enfermizo y enteco — díjome mi Asmodeo — de tan endeble cuerpo que cualquier hombre medianamente constituido podría de un solo golpe aplastarlo? Pues aun es más pequeña, ruín y miserable su alma.

Vino á *Dradmi* desde lejanas tierras, donde era, con justicia, despreciado; algunos vergonzosos sucesos lo llevaron á una triste notoriedad, y á beneficio de ella fundó un desvergonzado papel, eco fidelí-

© Biblioteca Nacional de España

simo de la bastardía de su corazón y la impureza de su sangre; háse propuesto llegar á término de fortuna por el camino del escándalo, y el sólido mérito, el legítimo nombre, la honra acrisolada, son objeto de irrisoria mofa bajo la hiel reptílea de su asquerosa pluma.

—Pero bien—dije á mi vez—¿y cómo la execración social, cómo el desprecio ó el castigo no le anonadan y confunden? ¿Cómo él no se desprecia, y maldice y oculta al menos una existencia incompatible con el honor, la dignidad y hasta la decencia? Porque ya lo dijo el poeta:

«La culpa engendra la pena,
Pena que nadie detiene.
Sólo quien honra no tiene
Puede jugar con la ajena.»

—¡Crédulo eres!—prorumpió mi guía.—La sociedad lo tolera y le finge afecto porque lo teme. Todos le odian en secreto y todos lo atienden y ayudan á su elevación; llámanle escritor eminente, crítico ilustre y periodista fogoso, y hasta creo que él mismo ha llegado á convencerse de que tiene talento. ¡Ah, amigo mio! El poder de la calumnia, el atractivo del insulto cuando no nos atañe, la irresponsabilidad de la cobardía..... ¡Buen camino! Se llega más pronto.

En esto entramos en un café. Un periódico que hallé sobre una mesa y leí, titulado *El Barullo*, trataba del dramón estrenado la víspera en los términos que copio:

«Verdadero acontecimiento literario fué anoche el estreno del magnífico drama *La familia en el puñal:* en él lo bello raya en lo deforme y lo sublime llega hasta lo monstruoso; es verdad que la trama es absurda, inverosímiles los personajes, falsos los caracteres y las pasiones poco humanas; es cierto que

© Biblioteca Nacional de España

algún crítico exigente y descontentadizo pudiera pedir más propiedad en la frase y más armonía y flexibilidad en el verso; pero el génio portentoso de su autor ha sabido vencer esos obstáculos y anonadar al público, que ante tal vigor dramático se retuerce angustiado, gime y chilla á la fuerza, y perturbado hondamente el sistema inervador, rechina los dientes de placer y de coraje.»

Arrojé el impudente periódico, salí acompañado del hombre sobrenatural que me conducía, y á poco entramos en el *Areópago*, ó congreso nacional, en que estaba hablando en aquel momento un diputado de la oposición. Con magníficos rasgos de elocuencia demostraba al Gobierno que no sabía lo que tenía entre las manos, y concluyó, al cabo de dos horas, pidiendo instrucción para el pueblo y reformas para dos islas *aspadanas*, situadas en el mar de la China. Levantóse el Ministro de Instruccion pública, y con no menor elocuencia declaró que el país tenía lujo de reformas y hartazgo de enseñanza pública. Pero habiendo yo observado en esto que muchos diputados abandonaban el salón, insté á mi compañero para que los imitásemos, á fin de conocer el motivo y ver por otra parte si buscaba y lograba topar con la enseñanza de que había hablado el Ministro.

Ya en la calle, me informé de que la salida de los diputados obedecía á que había aquella tarde corrida de toros, á la que, en innúmeros carruajes, se dirigían los *aspadanos* muy diligentes, y las *aspadanas* ataviadas con graciosas mantillas blancas.

—La afición á los toros—me dijo mi guía—la trajo aquí un hijo de Pepe-Hillo, que tuvo que salir de España lo menos voluntariamente posible.

—Bien—le contesté;—pero es lo cierto que estamos hace cerca de veinte horas persiguiendo esa idea de equidad y justicia de que tanto se enorgullecen los periódicos *aspadanos*, y maldito si hay señales de

© Biblioteca Nacional de España

que demos con ellas. Hasta la hora presente otra cosa no he visto que entronizado el error y sobrepuestas la audacia y la charlatanería, vergonzosas madres del éxito, cuyos padres son el oropel y la fortuna. Hasta el fin nadie es dichoso, y un francés, cuyo nombre no hace al caso, dice que reirá á más y mejor el que se ría el último. ¡Paciencia, que todo se andará!

—Y—agregó mi Mentor—veamos ahora qué significa este compacto grupo.

Nos acercamos á uno de numerosa gente, en cuyo centro un ciego, acompañado de una bandurria, cantaba las hazañas de un ladrón muerto en la horca, mientras todos lo escuchaban estupefactos.

—¡Aquí está—dije yo—aquí está la popular enseñanza de que hablaba el Ministro! ¡Oh mil veces afortunado país, en que se olvida á los héroes y se canta á los bandidos!

Y en esto vimos venir un lujoso entierro con largo séquito de personas y carruajes: en el carruaje mortuorio apenas se veía el féretro, totalmente cubierto de flores, coronas y cintas; nuevas coronas caían desde los altos balcones enlutados, y en una que hacia mí rodó pude leer esta dedicatoria: «Al egregio, al inmortal escritor *Paródar*, el *Ateneo de Dradmi*.»

Ensanchó mi alma este espectáculo de un país que así honraba á sus hombres ilustres, y casi me sentía impulsado á unirme á la comitiva y pronunciar en el cementerio un discurso sobre la gratitud de los pueblos á sus sabios y á sus artistas; pero una hoja impresa, que hacían circular profusamente y pude leer, calmó mis naturales ímpetus. Decía así: «Suscrición para aliviar la inmediata miseria en que han caido la viuda é hijos del inolvidable Paródar.»

¡Oh *Aspadania*—prorumpí—madre próvida para tantos espúrios hijos, fría madrastra de los buenos y fieles, no te engrandecerás hasta que sepas medir y premiar en vida á tus hombres de mérito! Dicho lo

© Biblioteca Nacional de España

cual, separéme y dí paso á la comedia de la muerte.

Oscurecía, y mi compañero me llevó al antiguo *Ateneo Aspadano*, donde debía verificarse aquella noche una velada literaria en que leería algunas de sus composiciones el célebre poeta Aralegui; era temprano, y mientras llegaba la hora designada me entretuve en hojear periódicos y revistas, de esas que solemos llamar *ilustradas*.

Una, señaladamente, atrajo mi atención. Titulábase *La Civilización Chino-Aspadana;* ostentaba primorosos grabados, y vi que trataba como á intonsos estudiantes á Bismarck y al Conde de Beut. Al frente presentaba dos retratos, de un general y de un hombre de letras, y un letrero que, cambiados nombre y fecha, así decía:

«El muy alto y poderoso general ***; † en 3 de Abril último.»

Perplejo quedé tratando de descifrar el jeroglífico representado por la cruz, que no sabía si era signo ideográfico ó cuneiforme, hasta que leí la biografía de ambos personajes y vine en conocimiento de su vulgar significado.

«Nació en Llasevi—decía la explicación del primer grabado.—Afírmase que dió voces de mando en el vientre de su respetabilísima mamá, y luego mordió con furia sus pechos. Obtuviéronle sus amantes padres, á los siete años de edad, el empleo de alférez, y trascurridos cinco, fué capitán por antigüedad. Ascendió á coronel más tarde, ingresó en el colegio de Nobles, donde cursó latín, saliendo ya brigadier del establecimiento. Fué después profesor de equitación en la escuela de Caballería, y al subir al poder el partido persa, afilióse en él y fué nombrado Ministro de la Guerra; después ha permanecido alejado de la política. Tales son los principales hechos del ilustre guerrero que acaba de bajar al sepulcro.»

Y la segunda biografía:

© Biblioteca Nacional de España

«Vió la luz en Arlonaceb, en cuya Universidad cursó la carrera de abogado, viniendo luego á *Dradmi*. Figuró en el partido persa, y una vez diputado, habló frecuentemente en el *Areópago* para explicar su voto, siempre favorable á la mayoría. Al advenimiento de su partido al poder fué nombrado Ministro de Instrucción pública, dejando muy buenos recuerdos en aquel departamento, después de su salida. Ha escrito famosas obras, entre ellas un folleto sobre la *Manera de derribar las columnas de Hércules*, y un artículo acerca de la *Teosofía de los etíopes*. Séale la tierra ligera.»

Como quien ve musarañas permanecí, hasta que me sentí impulsado hacia el salón de sesiones. Iba á empezar la velada. El poeta Aralegui, de pié detrás de la mesa presidencial, esperaba para comenzar á que el ruido cesase. Era de mirada segura y serena, de espaciosa frente coronada por la nieve de los años, de blanca y venerable barba, de reposada voz, ademanes modestos y expresión afectuosa.

Leyó cuatro poemitas titulados *Las Estaciones*. El entusiasmo del público fué profundo, contenido y respetuoso. Nada se ha escrito en *Aspadania* después que pueda competir con ellos; y respecto de la impresion que me causaron, sólo diré que son unas *estaciones*, en las que se podría vivir eternamente.

Terminado el acto, pregunté á mi Mentor y guía si aquel grande hombre era miembro del *Aspadán* ó académico, á lo que me contestó con sorna:

—Nunca lo ha sido, y probablemente se morirá sin serlo.

Me encontré cansado y comprendí que el espíritu necesitaba reposo y sueño. Concedióseme que durmiera, después de tantas decepciones, y tuve pesadilla horrible en que me vi perseguido por la justicia; y al salir del alba desperté al ruído de cornetas y descargas de fusilería. Me sobresalté en términos de acu-

© Biblioteca Nacional de España

dir trémulo y convulso á mi compañero, que me acogió con malévola sonrisa:

—Se me olvidó—repuso—advertirte que esto sucede aquí con mucha frecuencia. Pero no te alarmes, añadió.

—Vámonos de aquí—agregué con voz angustiada.

—Poquito á poco—díjome él;—todo ha terminado ya y la revolución puede considerarse vencida.

—¿Qué tengo que ver con eso?—repliqué.—Desde ayer estoy presenciando cosas que sólo acontecen en *Aspadania*.

—Calla, majadero, ¿y dónde se tiran, se compran y se devoran con deleite noventa ediciones de ese asqueroso libro titulado *Sarah Barnum*, si no es en la llamada capital y cerebro de Europa?

—Bien está—grité encolerizado;—eso es en la patria de Zola, pero no en mi querida España.

—Necio—díjome cruelmente,—¿necesitarás que te recuerde la historia del *perro Paco?*

Callé y me sentí llevado por él, que así me decía:

—La revolución *aspadana* terminó, pero el Gobierno, débil é imprevisor, ha caído, y en estos momentos se está formando nuevo gabinete. Vén y presenciarás la escena.

Y en el salón de un regular edificio vi como unos ocho personajes reunidos. Uno de ellos, el de más consideración y edad, hablaba así á los otros:

—Ello es preciso distribuir esos puestos, porque si no se nos desmembra la mayoría.

—Y ¿qué hacemos con el general Karkates?—otro preguntó.

—¡Fusilarlo!—añadió un tercero.

—No, porque aun después de muerto se sublevaría. Se le dará una satrapía de la China. Estamos, pues, constituidos y debemos jurar..... ¡Ah! se me olvidaba, ¿y Firdusi?—terminó el más viejo.

—Firdusi..... Firdusi.....—exclamó un hombrecillo

© Biblioteca Nacional de España

obeso y reluciente.—¿No es poeta? ¡pues Ministro de Ultramar!

No bien acabadas de oir estas palabras, nosotros repasábamos la inmensa llanura negruzca que me sobrecogió en un principio.

Cuando llegamos al punto de partida díjome aquel sér extraordinario:

—¡Vaya, adiós, y mientras vivas en este planeta ni creas en periódicos ni sueñes con esa justicia imaginaria; y sabe para tu gobierno que *Aspadania* en sanskrito prehistórico significa universo!

—¿Eres Satanás?—me atreví á preguntarle.

—¡Satanás, Satanás!—exclamó riéndose descaradamente.—Soy tú mismo.

Y era verdad, porque á la sazón despertaba.

1884.

© Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO

Á LAS POESÍAS DE LA SEÑORA RODRÍGUEZ DE TIÓ.

I.

Los indiferentes á la poesía; los sectarios del llamado moderno naturalismo; los que opinan que la mujer sólo ha nacido para alentar, cambiados nombre y forma, en la sensual ignorancia de los harenes orientales; los Bentham del arte contemporáneo; los que no crean, con un célebre autor de la antigüedad, que *ninguna cosa está más lejos de la verdad que la vulgar opinión;* los partidarios del *hablar horrendo* del sevillano Juan de la Cueva, enamorados, según la atinada frase de Cañete, de un churriguerismo fraseológico, no menos extravagante y ridículo que el arquitectónico; los que no admitan, por último, con Lamartine, que para formar un gran poeta en todos

© Biblioteca Nacional de España

los siglos son necesarios un amor, una fe, y un carácter, deben evitarse, desde luego, la tarea de hojear este libro, á cuyo frente ha podido estampar su esclarecida autora la conocida sentencia latina:

Odi profanum vulgus et arceo.

Cosa es singular el espectáculo que ofrece el arte contemporáneo contemplado desde cualquiera altura del pensamiento; como si no fuese el arte la manifestación más suprema del sér humano; como si no debiese revestir, verdadero Proteo, todas las formas, y recibir en su seno y reflejar, después de sublime y lenta labor, todos los elementos de la vida real y todas las perfecciones del mundo ideal; como si no fuese la más alta síntesis, no de una generación, no de una época, no de un siglo, sino de todos los siglos, de todas las épocas, de todas las generaciones, cada uno de los escritores de este período decadente se enamora de una tendencia, corta y limita su horizonte como pintor que va á copiar reducido paisaje, exagera esa deprimente monomanía, y grita y defiende que fuera de aquel estrecho espacio no hay belleza. Creen algunos, con La Bruyére, que la reproducción exacta de lo real es el único fin del arte, y comulgan en la iglesia del flamante *realismo;* sustentan otros que la poesía cruza el arroyo, en forma de desbridada mujerzuela, á través de cuyos rotos harapos ha de verse la carne palpitante y lasciva, y éstos se llaman defensores del *naturalismo;* aquéllos, cuya biblia es lord Byron, y cuyos modelos son Heine, Leopardi y aun el mismo Musset, de quien dijo Lamartine que no fué un literato en toda la extensión de la palabra, porque careció de una filosofía, se declaran antiformistas, sin duda porque es muy difícil obtener la forma, y como si sus ídolos literarios, exceptuando algún tanto el último, no hubieran pro-

© Biblioteca Nacional de España

curado encerrar sus ideas, buenas ó falsas, sublimes ó estrambóticas, en los moldes de la más clásica hermosura; opinan unos que la literatura es oficio de colorista, á lo Giovanni da Fiesole, Tintoretto ó Makart, y se pierden en penosas ó abigarradas descripciones, ó en altisonantes frases sonoras al tosco oído de las inconscientes multitudes, pero de una verdad dudosa y de un gusto deplorable; otros, los más jóvenes, se empeñan en recoger el amargo fruto del análisis y la crítica, que sólo sazona con la edad madura, y extravían la general opinión, de suyo dudosa y movediza; los más, halagan el estragado gusto de las brutales muchedumbres, y éstos son los Aretinos de las letras modernas..... y en tanto el arte prosigue su camino de peligrosas aventuras, como la bellísima Alatiel, la infeliz desposada del rey de Garbe; la anarquía desoladora se adueña del campo, crece la confusión, aumenta el aturdidor vocerío á que sucumben no pocos espíritus débiles; la prensa, esa fácil repartidora de éxitos y nombres, *saca los diamantes del cofre, los pone en su dedo y brillan*, siquiera sea por un momento, y la masa más temible de la sociedad de este siglo, esa que oye con indiferencia un nombre y lo olvida con desprecio, no importándosele un ardite del poeta que la honra, del sabio que la impulsa, ni del profeta que la guía, con atronadoras voces grita, por boca de sus cien mil Yagos, al talento: *¡Fill thy purse with money!* «¡Llena, llena tu bolsa de dinero!»

Bien está que las letras reflejen la realidad de las cosas, y giman con los dolores del hombre y gocen con sus alegrías, y vibren con sus aspiraciones y su entusiasmo: de la pasion vive el arte, y nada más humano que las pasiones. Digámoslo de una vez: el arte es la suprema teleología del espíritu humano, en actividad constante y pasmosa dentro del espacio y del tiempo; jamás yo, hijo de mi siglo, empapado

© Biblioteca Nacional de España

en sus dudas y formado en medio de sus hondos terremotos morales, repetiré, comparando lo antiguo con lo moderno, la hermosa frase esquilea *los muertos matan á los vivos;* siempre creeré que un Hugo vale un Píndaro, que un Quintana vale un Tirteo, que un Goethe vale un Homero. De otro lado, leyendo los eolios versos de Eugéne de Manuel, las valientes si incorrectas estrofas de Deroulede, las odas paganas y magistrales de Carducci, se me alcanza que el arte ha descendido del Calvario y franquea de nuevo las derruídas gradas del Partenón; pero desarrollemos aquellas pasiones que elevan y ennoblecen el corazón y el entendimiento: que alimente nuestra alma, casta Vestal del templo de la idea, la eterna llama de los más puros anhelos; *idealicemos lo real*, que es embellecer la vida y dignificar al hombre; sin esto, sólo quedarán á la humanidad los instintos del bruto y los apetitos de la fiera; no: el arte es la suprema religión de los espíritus superiores; el arte, la poesía, que es su manifestación más alta, no cabe en las mezquinas realidades del mundo; lo pequeño se relaciona con lo pequeño, lo grande derívase de lo grande, y nada contiene en sí más grandeza que el arte, que, semejante al mar, debe copiar las trasparencias del cielo y reflejarlas en las vastas inmensidades del pensamiento humano.

Con todos los defectos que deben reconocérseles, es preciso convenir en que los ligeros poemas á la moda, á pesar del abuso de las descripciones, de sus héroes discutibles y de sus, por lo común, desmayadas acciones, son, con algunas, aunque muy pocas novelas, las únicas obras literarias dignas de aprecio, que de algunos años á esta parte mantienen la tradición y el brillo de nuestras letras. Es verdad que las dudas teológicas y filosóficas del agustino de Erfurt ó del olvidado monje de Cluny, ya se prescinda de Catalina de Bohren, ya se glosen los malogrados

© Biblioteca Nacional de España

amores de Eloisa, escasa y débilmente pueden afectar á los hombres de nuestro siglo; cierto que esos trabajos de un género pseudo-épico no vienen á enriquecer el cauce de la lírica contemporánea; pero á lo menos conservan y perpetúan el culto de la forma, manteniéndola á envidiable altura, mientras invade en desordenado tropel la infortunada escena española el actual y mísero culteranismo dramático, del cual podríamos decir con el erudito Forner:

«La alabanza común llamó el remedo
de la turba, y cundió el perverso estilo
en tanto grado cual decir no puedo.»

Pero prescindiendo de esos nuevos mercaderes del templo, que en su día serán de él arrojados por mano vigorosa y justiciera; y haciendo completa omisión de tanto y tanto escritor mediano que, á semejanza del *ilustre Delobelle* de una famosa novela, esperan resignados la hora de una reparación imposible, conviene á mi intento recordar una bellísima frase del egregio creador de *Jocelyn: Hay*, dice, *una literatura que no tiene más objeto que lo bello, lo útil, lo grande, lo verdadero, lo santo..... la literatura del alma. Hay otra que tiene por principal objeto lo agradable y lo ameno..... la literatura de los sentidos.*

Palabras parecen éstas escritas para los momentos presentes. Hay que decirlo muy alto: existen, sí, dos escuelas y dos literaturas, por lo tanto: la escuela de los Esquilos, los Homeros, los Shakspeare, los Cervantes, los Corneille, los Herreras, Leones, Riojas.....; dioses caídos para los falsos dioses de esta literatura que duerme ó que agoniza; y la de los Chaucer, Saint-Evremon, Byron, Heine, Leopardi, Musset, Espronceda..... La primera se llama la escuela de lo clásico, esto es, de lo permanente, lo escogido, lo grande, lo sublime, que esto nada más es

© Biblioteca Nacional de España

el clasicismo..... La otra..... la otra..... ¡no tiene nombre todavía!

II.

Mucho se ha debatido acerca de la palabra génio, negándole algunos en su nueva acepción hasta la carta de naturaleza en nuestro idioma; mas, á despecho de las estrecheces académicas y de nimios escrúpulos individuales, háse aceptado por célebres escritores, críticos y filosófos en el sentido de entidad psíquica extraordinaria.

Pasaron ya los tiempos en que se consideraba al poeta como un sér predestinado, y la inspiración como una especie de revelación sobrenatural ó divina. La ciencia ha descorrido siquiera una punta del antes espeso velo, y si bien ignoramos todavía el determinismo psico-físico, el proceso inconsciente de esa maravilla intelectual, sabemos lo bastante para desterrar todo agente que no obre sometido á las inquebrantables leyes de la naturaleza.

El genio, en mi sentir, es el sér que logra reunir ó desarrollar, en la medida conveniente, y en casi perfecto equilibrio y armonía, todas las facultades intelectuales. Desde luego precede á su nacimiento una poderosa dinamia ; desde luego aquellas facultades, aun en estado de potencia, deben exceder al límite común, no sólo cuantitativa, sino cualitativamente. Una vez las facultades en acto, la atención y la asimilación deben manifestarse con energía, primero en el instinto, que es la necesidad inconsciente, después en la inteligencia, que es la espontaneidad consciente. Su desarrollo es una perpetua evolución, afectada por las modificaciones subjetivas del carácter é influída por el contacto, la adaptación y la lucha con

© Biblioteca Nacional de España

el medio social, y por la mútua compenetración con la naturaleza.

El génio es, pues, ante todo, una gran energía. Multitud de accidentes desconocidos ó concausas, para expresarlo mejor, contribuyen á su aparición y desarrollo; entre otras, la herencia. Buscad, si no, la genealogía de los más grandes poetas, de los filósofos más ilustres. Un escritor célebre lo ha dicho al afirmar que *es una rareza que se carezca de abuelos en el génio como en la fortuna:* y así es en efecto; en arte, señaladamente, *se desciende de alguien*, ya por herencia directa, ya por lo que se puede llamar selección intelectual. ¡Sólo el dinero carece de origen!

Ya ántes he dicho algo sobre ciertas cercanas genealogías: Valmiki, Homero, Virgilio, Dante, Camoens, Tasso, Milton, Federico Mistral, el eximio autor de *Mireya*, la soñadora *virgen de las moreras*, constituyen una dinastía; otra empieza en Esquilo, se desarrolla en Shakspeare y Calderón, Corneille y Alfieri, y acaso termina en nuestro insigne Tamayo; más numerosa, aunque no menos preclara, es la que inicia Píndaro, continúa Horacio, enriquecen Petrarca y Garcilaso, Hafiz y Dryden, Francisco de la Torre y Wallin, Monti y Lamartine, Schiller y Burns, Hugo y Herculano, y que parece suspendida entre nosotros, detenida tal vez en la tumba del tierno y sublime Schiller español, el inolvidable Ruiz Aguilera. ¿A qué continuar? Son muchas todavía.

Tal es la genealogía del génio, del verdero espíritu formidable de que nos habla Esquilo; parecido á un gigantesco demiurgo, clava sus plantas en el planeta, hunde su frente gloriosa en el cielo, y extiende sus brazos en el espacio como para medir y regular el movimiento de los soles y de los mundos, y abarcar á un tiempo todas las fuerzas de la vida universal. Entonces pierde su carácter individual y se trasfigura en el génio humano, del que sólo es

© Biblioteca Nacional de España

átomo consustancial y microcosmos viviente; en ese eterno y sublime obrero que en la barbarie guerrera de la antigüedad se refugia en los silenciosos templos de Egipto y en los sagrados bosques de Eleusis, y más tarde conmueve los robustos cimientos de Roma desde las hondas y sombrías catacumbas; que durante la barbarie feudal se esconde y labora en el fondo de los claustros con el corazón sumergido en las frías negruras del misticismo ascético y la mente llena de los sueños, de las teogonías y del plasticismo de la forma pagana de los triunfales siglos de Pericles y Augusto; que en cada período de renacimiento, que en cada crepúsculo de libertad, reaparece con el cincel de Fidias en la mano de Miguel Angel, el génio de Zeuxis y Parrasio en los lienzos de Rafael y en la mente de los Dantes, Tassos y Petrarcas, el sublime pensamiento de Homero; que lucha infatigablemente como Jacob con el ángel, viendo descender á sus piés la escala de fuego que le ofrece ascenso hasta el seno de la Divinidad; y que en la dorada barbarie presente, cuyas apretadas mallas forman la ilustración á medias, que es la peor de las ilustraciones, el egoísmo, que es el peor de los vicios, y el positivismo naturalista, que es la peor de todas las filosofías, custodia y defiende en el sagrado tabernáculo, cuya duración es el tiempo, cuya extensión es el espacio y cuya techumbre es el cielo, el arca santa de todos los principios, todas las creencias y todas las aspiraciones del espíritu humano.

El escritor, el poeta sobre todo, soldado de honor de esa generosa vanguardia de la civilización y del progreso, tiene que sufrir rudas pruebas y librar inacabables batallas para la realización de sus fines individuales y de los fines sociales que asume y representa. Mientras consume su actividad luchando por desasirse de la adversidad y de las sombras, suelen cercarle los amigos de Job, que siempre abundan

© Biblioteca Nacional de España

en la miseria. En cuanto aparece, rodéale la moderna crítica, que es la laguna pontina del arte; intenta abrirse paso por entre la espesa y ciega muchedumbre, ve á lo lejos la *Porta aurea* del que juzga templo de la gloria, y al acercarse á él, si tanto logra, le halla convertido en el *Palacio de las lágrimas* de los cuentos persas; á su alrededor suele estar la fortuna, á su alcance el éxito, y los desprecia con sereno ánimo, mientras lo oscurecen y brillan cerca de él, unánimente aclamados, los que no se desdeñan de remover la piedra del escándalo en este siglo, que tales son el materialismo disfrazado en filosofía y el pseudo naturalismo en las letras. Si mira en derredor, humedece con sus lágrimas, nuevo Mario, las ruinas de sus esperanzas, las cenizas de sus sueños, los restos del naufragio moral y de las catástrofes de su alma. La ignorancia lo desdeña, la envidia lo insulta, el poder lo escarnece, el oro lo vilipendia, ellos, los dueños del mundo, porque, como aseveró el famoso Rodrigo de Cota: *no hay lugar tan alto que un asno cargado de oro no lo suba.*

Entre las injusticias del medio social, ordinariamente nace, vive y muere; si le basta con respirar el *ambiente impregnado del hálito de los dioses;* si entiende que el arte es un sacerdocio; que así como la elocuencia es hija de la sabiduría, la poesía sólo es hija del génio y que la pluma es ante la posteridad el comprobante de la gloria, que se aperciba para el combate y que se resigne al silencio y al olvido. Al emprender esa áspera senda, bien puede exclamar con el Dante:

«Per me ve si va nella città dolente,
per me ve si va nell'eterno dolore.....
. . . . . .
»Dinanzi á me non fur cose create,
se non eterne, ed io eterno duro.
Lasciate ogni speranza voi che'ntrate.»

© Biblioteca Nacional de España

Ha dicho un ilustrado escritor contemporáneo que la justicia social es un pagaré cuyo vencimiento es la muerte. ¡Dolorosa es la frase, pero notable y verdadera! Sólo al pié de la tumba adquiere la gloria conciencia de sí misma.

III.

Á los conceptos del arte y del poeta, que de modo imperfecto dejo indicados, responde en un todo la personalidad poética de mi excelente amiga Lola Rodríguez de Tió, que ha querido asignarme, sin merecerlo el que escribe, este puesto de honor en el presente libro.

De nadie tanto como de ella es digna esta antigua y conocida frase : tiene un corazón romano y un espíritu ateniense. La fábula del panal de dulcísima miel que fabricaron las abejas en la boca de Píndaro, símbolo de las armonías que allí esperaban el supremo «Sésamo, ábrete» de los persas, para invadir y poblar el espacio, parece ideada para la egregia poetisa y noble dama puerto-riqueña.

De haber nacido en aquella edad y haber sido acariciada por las brisas del sagrado mar Jónico, seguramente hubiera cantado en sus himnos al robusto púgil, á Gerón, vencedor en las carreras, á los Agesias, triunfadores en los juegos olímpicos: más tarde hubiese, con Safo, celebrado el ideal eterno de los amores; después hubiera gemido con Ovidio en el destierro; pero nació en el siglo más inquieto y más grande de la humana historia, y ensalzó su lira, azotada por vientos de tempestades sociales y políticas, los ideales modernos. *La sociedad como la tierra*, dijo un célebre poeta, *nunca es tan fecunda como*

© Biblioteca Nacional de España

cuando ha sido removida por el hierro de las revoluciones, y en verdad que el presente siglo no desmiente esta afirmación.

En arte, nuestra insigne poetisa huye el contagio del realismo y del naturalismo imperantes. Su privilegiada naturaleza la aleja de cuanto no es ideal; su sensibilidad estética es exquisita y delicada. Su dinastía es la de los Herreras y Riojas, la de Luís de León y Meléndez, Lista y Cadalso; Safo; Teresa de Jesús, Sor Inés de la Cruz, Elisabeth Carret, Madame Stael y Carolina Coronado son sus antecesoras.

Su poesía es pagana en la forma y cristiana en el fondo; apropiándose el consejo de Timón, escribe para decir algo, y dice bien y claro, después de sentir recio y pensar alto. Y tiene además para mí el encanto de ser andaluza en la exuberancia y belleza de su forma poética, y en esas imágenes que parecen sorprendidas entre los rayos del sol, las nubes blancas y los tonos diáfanos del cielo azulado de Sevilla.

Con frecuencia, al leer muchas de las composiciones de este libro, sobre todo los cantares, que en reducido número se han tomado de un volumen anterior publicado por la autora y se incluyen en el presente, me he trasportado á aquel país y á otros lejanos días.

¡Cuántas grandezas, cuántas ruinas, cuántos recuerdos! Allí el *despedazado* anfiteatro, las solitarias termas de la antigua Sancios, patria de Lipsios, Teodosios y Trajanos, lecho espléndido de amor, eterno sepulcro de muerte de la bella Protis y el enamorado Tullianus; allí, en aquel ancho, trasparente y sagrado río, la *perpetua risa de las ondas*, de que habla el gran trágico de Atenas; y en sus floridos márgenes, las tupidas y deliciosas arboledas, los frescos y orientales jardines, el aire embalsamado con el penetrante olor de los perpetuos azahares, é impregna-

© Biblioteca Nacional de España

do del tibio dulzor de las espléndidas moreras. Allí los radiantes días, las clarísimas noches que embriagan el corazón é inspiran la mente, á punto de poder decir que cada noche es una promesa de felicidad y cada día una promesa de gloria; allí el aura cargada de vagos suspiros, de dorados sueños, de voluptuosos perfumes, de cálidos besos..... Allí, por último, el soberbio, el histórico Alcázar sustentado por la soberana trinidad de tres artes, el sensual mauritano, el severo gótico y el gracioso mudejar..... ¡Y cuántas tradiciones dormidas bajo aquellos arcos ojivales y bajo aquellas bóvedas de doradas estalactitas! ¡Cuántos sueños de rosa, cuántas palabras de fuego, cuántas promesas de amor, cuántos gritos de muerte, de desesperación y de celos, detenidos aún en aquellos artesonados de oloroso alerce, en aquellos ajimeces calados, entre las esbeltas columnas de jaspe y los finísimos encajes berberiscos de blanca piedra!.....

Cuando hace más de seis años vine á establecerme en Puerto-Rico, y quise escribir acerca de su naciente literatura ya sustentada por ilustres personalidades, nadie me dió noticia de la señora Rodriguez de Tió, así que su nombre no honró ninguna de mis *cartas puerto-riqueñas*; próximas éstas á aparecer en un tomo, he salvado la involuntaria omisión que cometí. Aunque aquellos escritos que entonces obtuvieron aceptación ruidosa, hoy parecen olvidados, tengo la esperanza—y permítaseme esta aclaración que no puedo excusar—de que algún día habrá de reconocerse que inicié aquí la crítica seria literaria, que la ejercí desapasionadamente, y que logré unir, aunque hoy se pretenda oscurecerlo, mi modesto nombre á los ya gloriosos de Gautier y Tapia.

No dependió de mi incuria la enunciada omisión, porque seguramente nadie con más derecho á figurar en aquellos humildes trabajos que esta distinguidísima poetisa, á la sazón residente en Venezuela.

© Biblioteca Nacional de España

Brevemente daré las pruebas. Hojeando este libro á la ligera, y escogiendo poco menos que al azar algunas de sus numerosas bellezas, hállanse de tan subido mérito que exceden á todo encomio; véanse las siguientes estrofas de la espléndida oda *Á la caridad:*

«Sé tú la noble guía
que mueva á dulce pasto la manada,
y antes que vuele el día
convierte tu mirada
á la grey que te sigue atribulada.

. . . . . .

»Mas ¿no á Jairo renace
por tí la virgen que lloró perdida,
cuando Jesús rehace
la terminada vida
diciendo: No está muerta, está dormida?

»¿Y no por tí procura
allá en Samaria la mujer liviana,
el agua viva y pura
que en larga vena y sana
apaga en breve la sedienta gana?»

¿No se recuerda, al leer estos versos, la serenidad de espíritu y el estilo inalterable y terso de Fray Luis de León?

Al mismo género pertenecen *El Arpa hebrea*, en que se halla la siguiente bellísima estrofa.

«La descarriada oveja,
ora mansa, al redil torna sumisa;
el agrio risco deja,
porque al Pastor divisa
que apacienta en la miel de su sonrisa»,

© Biblioteca Nacional de España

y *El triste aniversario*, de donde son las que copio:

«Áun resuena en mi oído
el golpe sordo de la lluvia fría,
y el eco enronquecido
con que á la mar bravía
el viento proceloso respondía.

. . . . . .

»Mas en pos de mi anhelo,
libre otro hogar hallé de odios insanos,
y vió el alma, sin duelo,
que es patria á los humanos
toda la tierra que sustenta hermanos.»

El valiente romance *Á Arecibo* es digno de la pluma de Góngora; leed los siguientes versos:

«¡Qué extraño, ¡oh mar! que mi acento
á tus acentos responda,
si es tu ritmo el del poeta
y uno mismo nuestro idioma!
. . . . . .
»Esto un día me contaron,
y hoy revive en mi memoria
con el calor del recuerdo
que es para el alma otra aurora.»

Lo mismo puede afirmarse de esta imagen de *La última hora del año:*

«¡Triste se aleja la noche,
negros sus corceles son!»

Leed el tierno y sentidísimo madrigal *Á mi esposo ausente*, y fijaos en estos últimos versos:

«¿Qué cosa hacer podría
para lograr ¡ay, dí!
que siempre estés llegando
y al mismo tiempo aquí?»

© Biblioteca Nacional de España

¿No se parecen á los del ilustre autor de *Sancho García*, el dulce é infortunado Cadalso?

Citaré, por último, cuatro versos que sintetizan la vida de tan excelente escritora, resumiéndola en tres bellísimos y nobles cultos: el culto de la amistad, el culto del hogar y el culto apasionado de las flores.

¡Desgraciado el que en su corazón no los sienta y no ame con intensidad y no espere con energía!

«Feliz me llamaré si una vez sola
la *llama de mi amor* tu pecho inflama,
y dices en mi ausencia..... ¡Pobre Lola!.....
ella cree..... ella espera..... y siempre ama.»

Pero serían interminables las citas y exigirían copiar y trasladar á este sitio muchos trozos de las tituladas *Contemplación*, *Á Gigante*, *Á Cesarina*, *En una tarjeta*, *En la muerte de Isidro Ortea*, *Lejos de la patria*, *Sobre una tumba*, *Nieblas*, *Á Patria*, etc. En todas ellas se observa la misma forma correcta y pura, los mismos nobles pensamientos, las mismas brillantes imágenes. No puedo, sin embargo, dejar de trascribir estos magníficos y al mismo tiempo sencillos cantares:

«Dos almas que á unirse vuelan
en el altar del amor,
tienen que elevarse mucho
porque el sacerdote es Dios.

»De la flor que se muere
brota semilla
que de la muerte surge
siempre la vida.
Por eso dicen:
cuando mueren los cuerpos
las almas viven.

© Biblioteca Nacional de España

»El pueblo es el sacerdote
que nos dice la verdad;
el dolor es su doctrina
y el sacrificio su altar.»

Ni puedo olvidar el siguiente profundo y poético pensamiento de la melancólica poesía *Siempre Mercedes;* hélo aquí:

«Vuelve á mí tu mirada, y sé la egida
contra el dolor que á mi pesar me embarga;
contra el tedio mortal que hace á la vida,
siendo tan corta, parecer tan larga.»

Pero las obras maestras de esta eximia escritora, las que por sí solas bastan á su reputación y á su gloria, son, á no dudarlo, las tituladas *La vuelta del Pastor*, la *Oda en alabanza de Calderón* y el soneto al mismo asunto.

De la primera escribió el sabio crítico venezolano don Cecilio Acosta un notabilísimo artículo, del que extracto los párrafos siguientes: «Lenguaje, estilo poético, dicción, imágenes, ritmo, pausas métricas, pausas de sentido, pensamientos, epítetos, todo está en su regla, en su oportunidad y en su puesto; es un trasunto feliz del numen..... Distínguela entre otras prendas la sobriedad, desesperación ésta de los que quieren cautivar escribiendo. Fray Luis de León la hubiera adoptado por suya, y, sin embargo, no es imitación.» Y más adelante sintetiza su juicio en la forma que sigue: «Los versos son numerosos; las cadencias, oportunas y variadas; la música rítmica, apacible; las transiciones, líricas, sin ser arrebatadas; las alusiones, propias; los sentimientos, tiernos; las quejas, dignas; la religión pura, y las estrofas con-

© Biblioteca Nacional de España

chas de nácar, donde caben al justo las perlas del ingénio.»

No puede obtenerse por poeta alguno mayor aplauso ni de más discreta y autorizada pluma. Ni de esa notabilísima composición, ni de la valiente y magnífica oda á Calderón de la Barca, he de extractar versos ni pensamientos, quede íntegra la impresión á los lectores.

Diré, no obstante, de la segunda, que es la superior del tomo y la en que se han unido en inmortal consorcio la entonación viril de Quintana y la incomparable forma del divino amante de la Condesa de Gelves.

Es tiempo ya de terminar; débese manifestar aquí que dos hombres eminentes han ejercido decisiva influencia en el gusto poético y en los rumbos literarios de la autora; el mencionado D. Cecilio Acosta y el erudito escritor y excelente poeta D. Juan Ignacio de Armas. ¡Feliz quien halla tales maestros en su camino!

BIBLIOTECA NACIONAL

Del último, admirador de los talentos de la viril poetisa, trascribiré una estrofa, tal vez de las mejores, de una composición que le dedicó y que tiene una aplicacion constante :

«¿ Por qué no puede ahora
luchar el génio en tan honrosa lidia,
y no que con traidora
faz, la engañosa insidia
prepara el triunfo á la cobarde envidia ?»

Ni una palabra más. La egregia escritora, honra de Puerto-Rico y de la patria, decídese á publicar sus esperadas poesías, á instancia de muchos amigos

© Biblioteca Nacional de España

y admiradores, entre los que tengo á orgullo ser de los primeros. ¡Gloria á la tierra que la vió nacer! ¡Honor á las letras españolas!

Puerto-Rico, 1884.

BIBLIOTECA NACIONAL

FIN.

© Biblioteca Nacional de España

INDICE.

BIBLIOTECA NACIONAL

		PÁGINAS.
	PRÓLOGO.	5
I.	La educación oficial y el teatro por dentro. . .	9
II.	Un encuentro..	27
III.	Estudio sobre la necesidad de una nueva escuela filosófica.	33
IV.	Discurso de apertura del *Liceo Sevillano*. . . .	49
V.	Observaciones sobre la decadencia del teatro español contemporáneo.	55
VI.	Una cita..	71
VII.	Don Francisco Escudero y Perosso.	81
VIII.	Cervantes y sus obras. (Discurso premiado.). .	95
IX.	La tertulia del entresuelo.	131
X.	Carta á D. Alejandro Tapia y Rivera.	145
XI.	*Ab initio*. (Narración cosmogénica.).	159
XII.	Viaje al rededor de la corte en busca de la justicia.	167
XIII.	Prólogo á las poesías de la señora Rodríguez Tió..	185

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Los pedidos á la Administración general de esta obra, librería de M. Murillo, calle de Alcalá, núm. 7, Madrid.

Único agente en Puerto Rico, D. Bonocio Tió y Segarra, Mayagüez.

Tres pesetas en toda España. — Ultramar y Extranjero, cuatro pesetas.

© Biblioteca Nacional de España